



Seducción salvaje

Susan Napier



Benedict le confesó divertido que encontrarse una atractiva joven en la cama con la intención de seducirlo era la fantasía de cualquier hombre. Vanessa tuvo ganas de abofetearlo. Había sido un malentendido… ¿cómo se atrevía Benedict Savage a insinuar que pretendía seducirlo? Aunque fuera su jefe, Benedict iba a tener que vérselas con ella si continuaba pensando que estaba dispuesta a caer rendida en sus brazos.



Susan Napier

Seducción salvaje

Bianca - 785

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *Savage Courtship*
Susan Napier, 1996
Traducción: Maggie Mildare

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

EL interior de la casa de piedra estaba oscuro, pero la falta de luz no era un impedimento para el hombre que se deslizaba sigilosamente por la escalera. Se movía con la seguridad de alguien acostumbrado a usar del todo el potencial de sus sentidos. No había tenido necesidad de luz para abrir silenciosamente la puerta principal, y una vez adentro había encontrado las escaleras instintivamente y había cambiado la carga que llevaba a la mano derecha para poder agarrarse a la barandilla con la izquierda.

Cuando llegó a la parte superior de la escalera caminó con seguridad en la oscuridad. Después de andar varios metros, giró a la izquierda, buscó a tientas el picaporte de la puerta y entró en la habitación sin siquiera detenerse.

Cuando cerró la puerta, la oscuridad era casi absoluta y después de un muy ligero titubeo caminó hasta la pared opuesta y corrió una cortina, dejando al descubierto una hilera de ventanas pequeñas que daban a un pequeño lago iluminado por las estrellas. La superficie era regular pero cambiante. El faro de Southern Cross dibujaba su silueta contra la bóveda celeste.

Tenía la mano cerrada con fuerza, pero se relajó al tocar el marco de la ventana y, como si esta sencilla acción lo hubiera liberado de toda la tensión reprimida, se sentó, suspiró aliviado y dejó el maletín cuidadosamente en el suelo. Se apoyó en la ventana; su silueta oscura se dibujaba contra la oscuridad. Después volvió a suspirar, se puso de pie y se dirigió a una segunda puerta.

Benedict Savage encendió la luz del baño, entrecerró los ojos para protegerse de ésta y abrió el grifo, fijando la temperatura y la presión justo como a él le gustaba: fuerte y tan caliente que casi era insoportable. Se quitó las gafas, las dejó descuidadamente en el

lavabo y se restregó el puente de la nariz.

No recordaba haber estado nunca tan agotado, tal vez porque el cansancio que sentía cuando volvía a Nueva Zelanda se escondía siempre tras la euforia que le ocasionaba el terminar otro trabajo. Pero aquella vez la euforia se combinaba con una gran insatisfacción que lo enfurecía. Quizá había trabajado demasiado aquella vez y el resultado no había sido el deseado. Era lógico que tuviera sensación de derrota, y más cuando no volvería a tener ningún proyecto tan emocionante como ese.

Benedict sacudió la cabeza para tratar de sacudir el cansancio que le invadía la mente.

Se quitó el traje y la corbata y tiró la ropa descuidadamente en una esquina; una discreta sonrisa se dibujaba en su boca al pensar en la posibilidad de que se estaba haciendo viejo. Al día siguiente cumpliría treinta y cuatro años y, aunque estaba seguro de que estaba en la cima de sus capacidades intelectuales, tal vez su cuerpo le estaba diciendo que ya era hora de que bajara un poco el ritmo de trabajo y la frecuencia de los viajes. En particular, aquel vuelo al otro lado del mundo había sido una auténtica pesadilla llena de fallos y retrasos, y había estado a punto de perder su famosa paciencia.

Benedict se metió en la ducha, no sin antes echar un vistazo al espejo empañado. Advirtió con cinismo que no tenía tan mal aspecto como pensaba. Los ojos de color azul claro, aunque los sentía hinchados, reflejaban la tranquilidad de costumbre. Tenía el pelo negro y muy corto con canas prematuras, pero estaba tan en forma como siempre, gracias, sobre todo, a la sana costumbre de no hospedarse nunca en un hotel o apartamento que no tuviera piscina. Todos los días nadaba dos kilómetros, y el ejercicio solitario le ayudaba a tranquilizar su mente y a mantener su cuerpo en forma.

El agua caliente cumplió su propósito, relajando sus articulaciones. Salió de la ducha y se secó con fuerza con una toalla blanca. La dejó caer perezosamente, apagó la luz y salió a la habitación, restregándose la barbilla con los dedos y agradeciendo no tener que volver a afeitarse antes de irse a la cama. Más de una mujer había hecho comentarios acerca del contraste de su barba con su pecho lampiño.

Encendió la lámpara que estaba al lado de la ventana y abrió los

ventanales para disfrutar de la ligera corriente de aire sobre su piel húmeda. A mediados de marzo en Auckland hacía frío, pero aquella noche se podían sentir los ecos del verano. Se estiró, lentamente pero con fuerza, prolongando un bostezo y saboreando el placer que se aproximaba. Se quitó el Rolex y lo dejó en el escritorio que también hacía las funciones de tocador. La idea de meterse entre las sábanas frescas y limpias desnudo era seductora, aunque los únicos brazos que lo esperaban eran los de Morfeo. ¡Quizá fuera cierto que se estaba haciendo viejo!

Se dio la vuelta, burlándose de sí mismo, y se quedó paralizado.

La cama ya estaba ocupada.

La débil luz de la lámpara apenas llegaba a las sábanas, pero la iluminación era suficiente para indicarle que había alguien en la cama: una mujer tumbada boca abajo, con un brazo extendido hacia él y el otro doblado. Su pelo brillaba como oro viejo y tenía la cara completamente hundida en uno de los pocos lujos de Benedict: las grandes almohadas de plumas.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza, convencido de que aquello era una alucinación inducida por el cansancio.

Se acercó sigilosamente a la cama, todavía negándose a confiar en su vista casi perfecta.

Entonces pudo ver el ligero movimiento de la espalda de la mujer y oír el sonido de su respiración. Era real.

Tenía la cadera y las piernas cubiertas por la sábana blanca de algodón, y la parte superior por un trozo de satén blanco, aunque a juzgar por el desorden de la cama cualquier pudor era puramente accidental. Un tirante se le había caído casi por completo, dejando al descubierto parte de la espalda, de textura suave y del color de la miel oscura.

Benedict se sintió ultrajado. Ni siquiera se le ocurrió preguntarse quien era; lo que sentía era que lo habían traicionado. ¡Su intimidad había sido invadida!

—¡Despierta, Ricitos de Oro! —dijo inclinándose sobre la cama y hablando en voz fuerte—. Papá Oso quiere su cama.

No hubo respuesta alguna. La referencia a la que había acudido inconscientemente era ridículamente adecuada, pensó cuando se enderezó y se miró en el espejo que había al otro lado de la cama. No sólo se sentía como un oso, sino que físicamente también lo

parecía.

Estaba dándose la vuelta para ir a sacar el albornoz del baño cuando sonó el teléfono celular. Aunque estaba agotado, no pudo ignorar la llamada. Fue a su maletín y lo sacó.

—¿Ya has llegado a casa?

Benedict se pasó la mano por el pelo al reconocer la voz de su amigo y colega.

—Sí, Dane, acabo de llegar… ¡Y no sabes lo que me he encontrado!

—¿Y qué opinas? —la risita característica de Dane Judson sonó en su oído—. ¿No soy un experto? ¿No es la cosa más maravillosa que hayas visto en tu vida?

Benedict se dio la vuelta y miró incrédulo a la mujer que estaba en la cama.

—Esto… yo… ¿tú eres el responsable de esto?

—Aja. ¿Te he dejado sin habla, eh? Me habría gustado estar ahí para verte la cara, pero tengo que quedarme en Wellington hasta la semana que viene.

—¿Qué es lo que…?

—Muchas felicidades mañana, amigo —se oyó el sonido de un brindis.

—¿Esta es tu idea de un regalo de cumpleaños? Por amor de Dios, Dane…

—No te preocupes, amigo, es sólo placer y nada de responsabilidades —Dane no comprendió lo que Benedict le quiso decir—. No es para siempre, es sólo un préstamo para el fin de semana. He prometido que volvería en perfectas condiciones, así que úsalo con amor.

—¿Qué? —Benedict se acercó a la cama, asombrado al comprender que la belleza que estaba en ella era sólo para su deleite temporal.

—Siempre he dicho que mucho trabajo y nada de diversión hacen de ti un chico aburrido —otra risita—. Y no me digas que no te ha gustado, porque te conozco lo suficiente. Tienes que animarte con un poco de diversión y, créeme, el regalo es de lo más relajante. Con unos días te sentirás como si tuvieras dieciocho…

—No le desearía a mi peor enemigo una segunda vuelta a la adolescencia —dijo Benedict con cinismo, se inclinó sobre la cama,

preguntándose qué diría Dane si supiera que su regalo de cumpleaños se había cansado de esperar y estaba completamente dormida. Benedict decidió no estropearle el placer a su amigo—. Y mucho menos a mi mejor amigo. No me gustaría inyectarle una dosis de realidad a tus fantasías de adolescente, Dane, pero ¿no crees que este tipo de cosas son peligrosas?

—¿Tienes miedo de que te dé un infarto de la emoción? —Dane se rió divertido—. Vamos, Ben, ¿te daría yo algo si creyera que pudiera hacerte daño? ¿Cuándo fue la última vez que te divertiste de veras? ¿Hace un año? ¿Hace un año y medio? Confía en mí, no tienes de qué preocuparte. Está en excelentes condiciones.

—Por amor de Dios.

Benedict sintió que el calor le subía a la cara, como si se avergonzara en lugar de la chica, que obviamente era una prostituta o una mujer liberal a la que le gustaba tener relaciones sexuales con desconocidos. Sabía que había pasado mucho tiempo desde su última relación con una mujer, pero había estado tan absorto en su trabajo que nunca se había preocupado por su libido. Por lo visto Dane no pensaba igual. Su vida sexual era tan activa como su extraño sentido del humor.

—Dane.

—No tienes que agradecérmelo, amigo. ¡Limítate a disfrutar! Y recuerda que el lunes por la mañana se convertirá en calabaza.

Benedict sintió otra oleada de cansancio cuando apagó el teléfono y lo dejó encima de la mesilla de noche. Luchó por mantener los ojos abiertos mientras consideraba sus opciones.

Había otras camas en la casa, pero tenía preferencia por aquella en particular.

A pesar de estar tumbada de un modo tan desgarbado, su regalo de cumpleaños no ocupaba más de la mitad de la cama; la cadera y el brazo izquierdo estaban en el borde del colchón individual. Observó el brazo que tenía extendido. Casi le tocaba la rodilla con la punta de los dedos. Con suavidad la agarró por la muñeca y le levantó el brazo para colocárselo en la cama. Así quedaba espacio suficiente en la cama para un hombre.

Se preguntó si su pelo dorado sería tan sedoso como parecía, y si el color sería natural. Se preguntó si la parte delantera de su cuerpo sería igualable a su espalda. Sus movimientos debían de ser fuertes

y coordinados. Se la imaginó arqueando la espalda al ritmo de sus acometidas. La penetraría lentamente al principio y después… después…

Se miró a sí mismo con gesto burlón. Y después… nada. Estaba tan cansado que era físicamente incapaz de hacerle justicia a su vivida imaginación. Si se acostaba con ella aquella noche, sería para dormir con ella, en el sentido literal.

Pero de repente la idea de despertar con ella a su lado le pareció encantadora.

Después de una buena noche de sueño el niño del cumpleaños estaría en mejores condiciones de apreciar aquel regalo inesperado y, sin duda, muy caro.

Capítulo 2

VANESSA Flynn estaba sentada a la mesa de la cocina con la primera taza de café del día cuando Benedict entró en la cocina. La señora Riley lo miró sorprendido, mientras preparaba una bandeja para el desayuno.

—¿Piensa desayunar temprano esta mañana, señor Savage? —le preguntó decepcionada por aquel cambio en la rutina—. No nos dijeron en su oficina que llegaría anoche, así que no tenemos nada preparado. Ni siquiera sabía que me iban a necesitar hasta que Vanessa me ha llamado hace un rato.

—No, no —Benedict Savage la interrumpió con un gesto de la mano y frunció el ceño al ver los cubiertos que había colocado en la bandeja—. No tiene que apresurarse.

Vanessa se estremeció cuando Benedict levantó la mirada, y después de inspeccionar la cocina, la detuvo sobre ella.

Deseó que su vergüenza interior no se notara. Se había puesto su mejor ropa aquella mañana; una falda gris a la altura de la rodilla y una blusa blanca de manga corta. Tenía el pelo recogido en un moño, la cara discretamente maquillada y un ligero toque de lápiz de labios; suficientemente ligero para que no se notara, pero capaz también de satisfacer su vanidad femenina.

No era que tuviera muchos motivos para ser vanidosa. Era muy alta, pero carecía del garbo que le hubiera dado a su estatura la elegancia. Su cara era de facciones fuertes: barbilla demasiado cuadrada, la boca demasiado grande y ancha, los ojos oscuros demasiado profundos y con largas pestañas, lo que le daba un aspecto adormilado que parecía desmentir su eficiencia.

Dio un sorbo a su café tratando de sostenerle la mirada al hombre con el que se había despertado en la cama aquella mañana.

Detrás de las gafas de carey encontró sus ojos azules impenetrables. La expresión de Benedict Savage no era fácil de interpretar, a ella siempre le había parecido tan precisa y controlada como los dibujos arquitectónicos que decoraban las paredes del estudio que estaba al lado de su habitación.

También era un hombre muy reservado, hasta el punto de ser frío. De hecho era esa reserva la que lo convertía en un jefe ideal para Vanessa; eso y el hecho de que sus visitas a su histórica casa en Coromandel Península fueran pocas y espaciadas, y nunca sin previo aviso.

Hasta ese momento…

Vanessa apretó con fuerza la taza. Tenía la impresión de que aquella visita iba a cambiar el placentero estilo de vida en Whitefield House completamente y para siempre. Su percepción de Benedict Savage ya había sido transformada. Ya no era sólo su jefe, sino que lo veía como un hombre…

Todavía la estaba observando, y ella se estremeció ante lo que debía estar pensando.

¡Si al menos pudiera recordar lo que había sucedido!

Desgraciadamente, la noche anterior se le había borrado por completo, desde el momento en el que se había quedado dormida después de haber bebido más champán de la cuenta en la cena con Richard, hasta que había empezado a advertir los sonidos de la mañana que entraban por la ventana que ella sabía había cerrado firmemente la noche anterior.

Cuando había abierto los ojos y se había encontrado cara a cara con su jefe desnudo, con el brazo sobre él y la pierna entrelazada con las suyas, al principio había pensado que estaba soñando. Y no porque otras veces hubiera tenido sueños eróticos con Benedict Savage. Realmente no era el tipo de hombre que Vanessa encontraba atractivo. Era demasiado intelectual, no era apasionado, y era demasiado perfeccionista para Vanessa, que prefería la comodidad a la perfección.

Por suerte, estaba demasiado sorprendida para gritar cuando el resto de sus sentidos habían confirmado la realidad de la situación. Se había quedado paralizada, temiendo despertarlo, incapaz de creer que la mano que tenía suavemente sobre el pecho era la de Benedict Savage… sin mencionar la dureza que sentía en el muslo

que tenía entre las piernas de su jefe. Podía estar dormido, pero no permanecía del todo inconsciente. La vergüenza y la incredulidad se habían apoderado de ella durante los largos segundos que había tardado en darse cuenta de que todavía podía estar a tiempo de escapar de las consecuencias de su locura. La respiración profunda y ronca de Benedict. del señor Savage se había corregido burlonamente, le había indicado que todavía estaba dormido, y Vanessa había rezado para que continuara así hasta que ella pudiera escaparse, moviéndose cuidadosamente y separándose de él sin quitarle la vista de encima.

Todo había salido bien hasta el último segundo, cuando él había gemido por la separación definitiva, pero por suerte no se había despertado.

Cuando finalmente se había bajado de la cama, llevándose la mayor parte de la sábana, él había dado media vuelta y había abrazado la almohada. Vanessa le había tapado con la sábana y había salido corriendo, sintiéndose un poco incómoda al pensar que su presencia había sido tan fácilmente sustituida por una almohada.

Había necesitado quince minutos bajo la ducha para tener la sensación de que se había quitado por completo el aroma masculino de su piel, pero el recuerdo de su olor todavía la perseguía.

Una vez más, maldijo a Benedict Savage por haberse aprovechado de un inocente error. ¿Por qué no la había despertado? O, peor que eso, ¿y si la había despertado y, por el efecto del alcohol, ella se había negado a levantarse…?

Se estremeció y lo miró preocupada. ¿Por qué se quedaba ahí parado? ¿Por qué no le decía nada? ¿Por qué no le pedía una explicación, por qué no le exigía que hiciera las maletas y se marchara? ¿Por qué no hacía algo para romper la tensión?

Nerviosa, trató de descifrar su actitud. No se había afeitado y tenía el pelo alborotado; no era un buen signo para un hombre que siempre presentaba una imagen impecable. Tenía una expresión extraña en la cara. Sin embargo su camisa de rayas blancas y oscuras y sus pantalones azules combinaban perfectamente, así que no se había puesto lo primero que había encontrado.

El silencio se prolongó tanto que le ganaron los nervios y preguntó:

—¿Quería algo, señor?

Vanessa advirtió demasiado tarde la ambigüedad de la pregunta.

—Yo… —la chica sintió que la tensión se aflojaba un poco cuando Benedict desvió la mirada, buscando algo por la cocina—, ¿soy el único que va a desayunar?

Vanessa se dio cuenta de la mirada que le dirigió la señora Riley, pero se negó a compartir su curiosidad ante la confusión tan poco característica de su patrón. Estaba demasiado preocupada tratando de averiguar por qué estaba prolongando su agonía o si simplemente quería humillarla delante del ama de llaves.

—Pues… sí. Vanessa no me había dicho que había traído algún invitado esta vez… —contestó la señora Riley.

—No, no he traído a nadie. Así que… estoy sólo yo, entonces… —elevó ligeramente la voz, lo suficiente para sugerir que se trataba de una pregunta.

Nadie le contestó y él miró de nuevo a Vanessa, que no tuvo tiempo para borrar de su rostro la expresión de preocupación.

—¿Puedo verla un momento en la biblioteca, Flynn? —se dio la vuelta y cuando estaba a punto de llegar a la puerta se detuvo—. Por cierto, señora Riley, no tengo hambre esta mañana, así que creo que sólo quiero una tostada y un té…

—Qué lástima, señor Savage, acabo de poner a calentar las gachas.

—¿Gachas? —pareció tan impactado ante la sugerencia que Vanessa, tensa por el nerviosismo, soltó una risita y se convirtió de nuevo en el foco de atención.

—¡Vamos a la biblioteca! —para Benedict Savage hablar en voz baja era el equivalente a gritar.

—¡Sí, señor! —contestó Vanessa sin aliento, se levantó llevándose la chaqueta azul que tenía colgada del respaldo de la silla.

—¡Vaya! —dijo Kate Riley moviendo la cabeza—. Como si le estuviera ofreciendo arsénico. ¡Siempre le han gustado mis gachas!

—Tal vez sólo esté de mal humor —contestó Vanessa, intentando apaciguar su orgullo herido.

—El señor Savage no tiene cambios de humor; siempre es un perfecto caballero —señaló la señora Riley—. Nunca se levanta de la cama con el pie izquierdo, pero parece que así ha sido esta mañana.

Vanessa musitó algo incomprensible y salió corriendo de la cocina.

«Tranquila, tranquila», se dijo mientras caminaba por el pasillo. «Si te despide, puedes acusarlo de acoso sexual». ¿O estaría planeando acusarla a ella? Estuvo a punto de soltar un grito de espanto. Sucediera lo que sucediera, habría preguntas y no podría continuar trabajando en Whitefield. Tendría que dejar el lugar al que había llegado buscando paz y tranquilidad, para escapar de la locura del mundo. ¿Y se lo diría a Richard? ¡Diablos, diablos, diablos!

—¿Y bien…? —por suerte Benedict Savage no había adoptado una postura intimidante detrás del escritorio antiguo que estaba frente a las ventanas francesas. Estaba de pie a un lado de la puerta, con una mano apoyada en una de las repisas de la estantería.

—¿Sí señor? —Vanessa estaba muy erguida, con los hombros echados hacia atrás, esperando el ataque inminente.

—Me disculpo si mi llegada anticipada ha causado algún problema, pero necesitaba unos días de descanso y Whitefield me pareció el lugar adecuado —se aclaró la garganta—. El apartamento de Auckland está en un lugar demasiado accesible —se encogió de hombros—. Sé que la señora Riley se pone un poco nerviosa. Sólo asegúrese de que sepa que yo no espero que todo esté tan organizado como siempre… que no quiero armar ningún alboroto…

Vanessa tuvo que esforzarse por no poner cara de sorpresa. ¿El Señor Perfecto estaba diciéndole que no esperaba que todo fuera perfecto? ¿Estaba hablando de cosas de la casa cuando lo que tenía que estar haciendo era hablar del otro asunto más importante?

—¿Quiere decírselo, por favor? —Benedict dejó de mover la mano.

Vanessa vio que él la estaba observando preocupado. Trató de buscar una justificación. ¿Estaba nervioso por ella? Le parecía imposible.

—Ah, sí, sí, claro, señor —le aseguró.

—Bien —se quitó las gafas, limpió los cristales con un pañuelo perfectamente planchado que sacó del bolsillo derecho del pantalón y se las volvió a poner—. No ha venido nadie conmigo.

—Ya nos lo ha dicho usted, señor, en la cocina, hace un momento —respondió.

—¿Eso he dicho? Ah, sí, claro que lo he dicho —se alejó de la estantería y comenzó a caminar—. Me pregunto dónde estará la otra invitada.

—Si está sugiriendo que… —Vanessa dio un respingo.

—¿Sugiriendo qué?

—Que me aprovecho de su ausencia para invitar gente a su casa —estaba enfadada porque creía que estaba tratando de inventar alguna excusa para despedirla. ¡Si quería despedirla por haber dormido con él, tendría que admitirlo!

—No, nada de eso —su respuesta fue tan rápida que pareció sincera—. Si no confiara en usted no seguiría contratándola. Sólo me pregunto si sabe…

—¿Si sé qué? —contestó nerviosa.

Benedict se detuvo a un paso de ella con los brazos en jarras. Había llegado el momento de la verdad.

Vanessa alzó la barbilla orgullosa, advirtiendo con gusto que con zapatos bajos medía por lo menos tres centímetros más que él.

—Había una mujer…

—¿Una mujer? —Vanessa sintió que comenzaba a acalorarse. Por Dios, ¿iba a tratar de suavizar las cosas diciendo que lo que había sucedido la noche anterior había sido un momento de pasión y que no tenía que darle importancia al hecho de que hubieran dormido juntos porque había otra mujer en su vida?

Benedict musitó algo parecido a una grosería. Las palabras de Benedict Savage siempre eran tan tranquilas y medidas como su persona, dichas con el mínimo esfuerzo y el máximo resultado, de modo que Vanessa abrió los ojos extrañada.

—Sí, una mujer —continuó Benedict—. Sabe quién es esa mujer, ¿no es cierto, Flynn?

Vanessa se sonrojó.

—Lo siento, fue algo de muy mal gusto… —Benedict se pasó la mano por la barbilla y continuó hablando—. Quiero decir que… anoche cuando entré, justo antes de la medianoche había una mujer… este… en mi habitación.

—¿En su habitación? —no pudo evitar repetir sus palabras y se mordió el labio.

—En la cama. Una rubia.

—¿Una rubia?

Vanessa se quedó paralizada, imaginándose escenas increíbles. ¿Habría participado en alguna clase de orgía sin darse cuenta? ¿Habría participado en un *ménage a trois?* Su jefe nunca había llevado a ninguna mujer a Whitefield, aunque incluía a mujeres solas en algunas de las reuniones que celebraba durante algún que otro fin de semana. Vanessa siempre había creído que su vida sentimental debía ser tan privada como el resto de sus cosas, pero en aquel momento comenzaba a sospechar de esos fines de semana.

—¡Por amor de Dios! —su reproche silencioso causó una explosión de furia. Benedict apretó los labios y continuó hablando —. Tenía el pelo largo y suave… como fuego dorado —ella lo miraba confundida. Benedict Savage le sostuvo la mirada y empezó a sonrojarse—. ¿No la habrá visto esta mañana? No está por ninguna parte…

¿Dorado? ¿Suave? Vanessa abrió los ojos todavía más y resistió el impulso de tocarse las puntas del pelo para asegurarse de que lo tenía perfectamente recogido.

De repente se le ocurrió que Benedict nunca la había visto con el cabello suelto. Para él, ella era sólo Flynn; discreta, asexual, la mujer que atendía su casa y le ayudaba a supervisar la restauración de la antigua posada mientras él viajaba por el mundo construyendo edificios que eran la antítesis de Whitefield.

Vanessa, al igual que el resto del personal, era uno de los enseres que había adquirido cuando había heredado la propiedad de un pariente lejano y, después de quejarse en un principio al enterarse de que el mayordomo del fallecido juez Seaton era una mujer joven, había aceptado las excelentes referencias que le había referido el abogado que le había entregado la propiedad del juez. Sin embargo le había dicho a Vanessa en privado que la aceptaría siempre y cuando su condición de mujer no le impidiera cumplir con sus funciones, lo cual nunca había sucedido.

—Además de ser rubia, ¿qué aspecto tenía? —preguntó Vanessa con voz estrangulada.

—No lo sé —contestó—. Estaba oscuro… no pude verle la cara. Y antes de que me lo pregunte le diré que no sé su nombre; no llegamos a presentarnos. Ahora que ha satisfecho su curiosidad, ¿le importaría contestar a mis preguntas?

Pero Vanessa estaba demasiado sorprendida para hacerlo. Sólo

había habido una mujer en la cama de Benedict Savage la noche anterior, y esa mujer era ella.

—Yo… pero yo…

Mientras el no se enterara de quién había sido la mujer que había dormido en su cama, el empleo de Vanessa estaba a salvo.

—¡No estoy imaginándome cosas! —explotó.

—No, claro que no —Vanessa se pasó la lengua por los labios, preguntándose durante cuánto tiempo podría mantener la actuación.

Benedict interpretó aquellas palabras como si fueran un comentario sarcástico.

—¡Estaba aquí! Era tarde y yo estaba cansado, pero no estaba alucinando.

—Yo no he visto a nadie más que a la señora Riley esta mañana —dijo Vanessa, evitando cuidadosamente decir una mentira que pudiera tener repercusiones más adelante—. Tal vez fuera uno de los fantasmas de la residencia, señor —bromeó.

—No sabía que los tuviéramos. De todas formas no creo en fantasmas.

Su escepticismo era justo lo que ella esperaba de una mentalidad tan lógica. Bastaba con ver sus edificios para darse cuenta de que era una persona fuertemente apegada a la realidad.

—La gente dice que hay varios.

—¿Femeninos?

—Un par de ellas, sí… —estaba desconcertada por su insistencia ante algo que había sido sólo un comentario frívolo.

—¿De pelo rubio? ¿Casi sin ropa? ¿Una sirena que seduce a un hombre a las puertas del infierno?

—Creo que una de ellas fue una persona que se hospedaba en la casa y fue asesinada por uno de los mozos del establo aquí en la posada. Era una… bailarina que se dirigía a las minas de Coromandel.

—¿Era una prostituta? —dijo claramente—. Bueno, pues todo encaja.

—¡No hay pruebas de que fuera una prostituta! —dijo Vanessa acaloradamente. No estaba segura de estar defendiendo al fantasma o a sí misma.

—¿Y lo de anoche?

—¿Lo de anoche? —Vanessa tartamudeó. ¿Le habría hecho pensar que quería que le pagara por lo que había hecho?

Benedict la miró con impaciencia, interpretando su azoro como miedo.

—Olvidemos a los fantasmas. No existen. Las apariciones llamadas sobrenaturales suelen ser fantasías creadas por gente crédula, que busca publicidad, o simplemente trastornada. Dice que no ha visto a nadie esta mañana. ¿Y anoche? ¿No estaba aquí? ¿Vio o escuchó algo?

—Salí. Fui a cenar a Waihi —no había necesidad de mencionar que a las diez y media de la noche ya había vuelto y que se había acostado en su cama.

—¿Con quién?

Durante los tres años que llevaba trabajando con el nunca le había hecho una pregunta personal y Vanessa dudó. Tenía la sensación de estar exhibiendo una faceta importante de su personalidad con aquella información.

—Con Richard… Richard Wells.

—¿El criador de caballos, el del establo de caballos que está a un lado de la carretera? —frunció el ceño.

Obviamente estaba tratando de recordar la relación que tenía con su vecino más cercano; y probablemente también se estaba preguntando qué era lo que Richard veía en su empleada, pensó Vanessa amargamente; sin embargo, pronto pudo darse cuenta de que no era eso lo que desconcertaba a su jefe—. ¿No estuvo con Dane?

—¿El señor Judson? —Vanessa carraspeó—. Claro que no. Por lo que yo sé está en su casa, en Auckland.

—En Wellington. Así que no le dijo nada de este encuentro —comenzó a caminar de nuevo, parecía un poco más relajado, pero Vanessa no se podía permitir bajar la guardia.

—¿Encuentro?

—No importa —se asomó por la ventana a la parte trasera de la casa y se detuvo—. ¿Qué…? ¿De quién es el coche que está en el garaje?

Desesperada por cambiar de tema, Vanessa se acercó para ver el coche blanco que estaba aparcado bajo los arcos de lo que alguna vez habían sido los establos—. Ah, ese. Es…

—¡Qué coche más increíble! —Benedict la interrumpió sorprendiéndola con una exclamación infantil—. ¿No es un…? —se acercó más al cristal—. Sí, creo que es un Duesenberg convertible modelo 1935… igual al de Clark Gable. ¿Quién…? —se enderezó y dejó escapar una carcajada medio de disgusto y medio de admiración—. Por Dios, estoy seguro de que vino en él. Típico de Dane. Eso quiere decir que todavía está por aquí.

Vanessa lo observó, confundida por sus palabras.

—Yo pensé que era suyo.

—¿Mío? —arqueó las cejas—. ¿Por qué? Sabe que yo tengo un BMW.

Sí, una excelente pieza de ingeniería que parecía encajar a la perfección con su personalidad introvertida. Y sin embargo se encontraba prácticamente babeando por un coche que era todo lo contrario.

—Bueno… yo… llegó ayer a su nombre, así que pensé… creí que era una forma de inversión… —era la única explicación que encajaba con su imagen.

—¿Llegó ayer? ¿De parte de quién?

—Lo trajeron dos hombres ayer por la tarde. Venía con una carta, que yo pensé que era del distribuidor. La dejé encima de su escritorio, con las llaves del coche.

Después de echar un último vistazo al coche, Benedict desgarró el borde del sobre con la uña, impecablemente cortada.

Lo que sacó no era una carta, sino una especie de tarjeta larga. Se quedó mirándola. Vanessa actuaba como si no le interesara mirar, pero no podía contener su curiosidad. Cuando leyó el contenido de la tarjeta, el suave color que teñía las mejillas de Benedict se convirtió en rojo fuerte. Ahogó algún comentario en la garganta.

Vanessa estaba fascinada. Nunca lo había visto tan trastornado.

—¿Disculpe, señor? —musitó con tranquilidad.

—Dane me ha regalado un coche…

—¿Le ha regalado un coche?

La joven comprendía su asombro. Sabía que Dane era un hombre adinerado, como la mayoría de la gente que se relacionaba con su patrón, pero aunque Vanessa no sabía nada de coches, sabía que el modelo que se encontraba en el garaje valía cientos de miles

de dólares. Dane Judson tenía un extraño sentido del humor y le gustaban las sorpresas, pero nunca había hecho nada parecido.

—Por mi cumpleaños —miró la tarjeta de nuevo y se corrigió—. No, no me lo ha regalado, me lo ha prestado; lo recogerán el lunes. Eso le parecía más lógico.

—¿Es su cumpleaños? —Vanessa nunca se había imaginado que su jefe pudiera tener cumpleaños como la gente normal. Siempre se había comportado de manera tan distante, que parecía atemporal, libre de frivolidades como los cumpleaños.

—Hoy. Cumplo treinta y cuatro años —le confesó distraído observando la tarjeta y leyendo una y otra vez su contenido como si estuviera escrito en algún lenguaje desconocido y le resultara difícil traducirlo.

—Muchas felicidades —musitó Vanessa débilmente, deseando poder recordar los regalos que ella había recibido en la víspera de su cumpleaños.

Benedict no respondió, se pasó la mano por la cabeza, alborotándose más el cabello.

—Dios mío… anoche cuando hablé con Dane él se refería al coche que me estaba prestando, y yo pensaba que estaba hablando con metáforas —Benedict cerró los ojos—. Si supiera lo que yo pensé me lo recordaría durante toda la vida —se tapó la boca con la mano y gruñó disgustado—. ¡Debo de estar loco! ¿Fantasmas? Podría jurar que no me imaginé nada de lo que sucedió.

—¿Por qué? ¿Qué creyó que le estaba regalando? —preguntó Vanessa con curiosidad.

Su jefe le dirigió una mirada fría como el acero.

—¡Nada de su incumbencia!

Pero Vanessa sabía perfectamente el «encuentro» que él pensaba que su amigo había planeado.

Se sintió humillada al pensar en que podía haber sido utilizada como regalo de cumpleaños. Al menos ella habría tenido excusa de estar borracha si hubiera hecho cualquier locura. ¡Pero él no tenía ninguna excusa! ¡Y ni siquiera se había molestado en mirarle la cara! Su cuerpo era lo único que le había importado.

—No, señor.

Benedict entrecerró los ojos, como si entreviera la insolencia que ella quería expresar, pero la joven permaneció imperturbable,

mientras él recogía las llaves del coche, las lanzaba al aire y las atrapaba, en una actitud desafiante.

—Creo que voy a ir a ver este generoso regalo de Dane.

—Le diré a la señora Riley que espere con el desayuno —dijo Vanessa. Sabía lo que su jefe estaba haciendo y una maliciosa sonrisa de satisfacción curvó sus labios.

Benedict Savage, el impasible, estaba escapando. Vanessa había sido testigo de la desintegración temporal de su cínico autocontrol y eso lo hacía sentirse incómodo. Él sabía que Vanessa era muy perspicaz al juzgar el comportamiento humano; por eso era tan buena como mayordomo. Era tan responsable de las necesidades de Benedict y de sus invitados, que hasta podía anticiparse a sus deseos. Hasta ese momento Benedict había tenido la seguridad de jugar el papel dominante en la relación de amo a sirviente y después de lo ocurrido tal vez tenía la impresión de que aquella relación no era inmutable, el poder que un sirviente adquiría a través de los años con los conocimientos lo convertían en el amo.

¡Bien! Le vendría bien preguntarse cuánto sabía ella. Quería que se sintiera a disgusto cuando la viera. ¿Por qué no dejarlo sufrir al menos un poco de lo que ella sentía cuando estaba en su presencia?

Lo observó caminar por el patio que conducía a los establos con paso ligero. Estaba resentida, y deseó no haber estado tan avergonzada cuando se había bañado. Debía haber revisado su cuerpo. Cualquier cosa que hubiera sucedido habría dejado alguna prueba. ¿Prueba?

¡Si le diera a aquella mente lógica cualquier tipo de prueba, ella no tendría la mínima oportunidad de ganarle!

Se endureció, el corazón le latía a toda velocidad. El pánico la hizo ponerse en acción. Cerró la puerta con llave antes de salir corriendo por el pasillo y subir las escaleras de tres en tres.

La puerta de la habitación de su jefe estaba cerrada, pero Vanessa ignoró los escrúpulos que le impedían invadir su intimidad y entró.

La cama estaba exactamente como ella esperaba encontrarla; vacía y sin hacer. Vanessa agradeció que Benedict Savage hubiera crecido en una familia adinerada en la que no le habían enseñado las tareas básicas que cualquier persona normal como Vanessa tenían que hacer por sí mismas.

Rápidamente levantó la sábana, la enrolló antes de tirarla al suelo y siguió con las almohadas, a las que les había quitado las fundas. El corazón le latió con fuerza al ver algunos pelos sueltos en una de ellas. No sabía que se moviese por las noches… ¿o tal vez sería que aquella vez había movido la cabeza de un lado a otro en los brazos del éxtasis?

Se le secó la boca al imaginarse debajo del cuerpo de su jefe. ¿Quién hubiera pensado que debajo de aquellas ropas tan elegantes se escondiera un cuerpo tan fuerte y varonil?

Se enfadó consigo misma por permitir que sus pensamientos volaran de esa manera. Vanessa tomó de nuevo las fundas de las almohadas y las sacudió con violencia antes de tirarlas otra vez encima de las sábanas que estaban en el suelo. Se estaba estirando sobre la cama para sacar la esquina de la otra sábana cuando se abrió la puerta, y una voz la hizo estremecerse.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

Sintió que una uña se le enganchaba en el colchón y se le rompía; se resbaló, se le enredaron los pies y se cayó irremediablemente encima de la cama dando un grito de asombro.

Capítulo 3

CUALQUIER otra persona hubiera intentado sostener a Vanessa, pero Benedict Savage ni siquiera levantó un dedo para salvarla. Se limitó a cruzarse de brazos hasta que ella se enderezó y volvió a hacer la pregunta.

—Le he preguntado qué hace en mi habitación.

La tranquilidad de su voz estaba ligeramente empañada por la rapidez de su respiración. Había corrido. Obviamente se le había ocurrido lo mismo que a ella; estaba ahí para tratar de encontrar una prueba que negara la irrealidad de su fantasía.

Si se había sentido en desventaja hacía un rato en su estudio, no era nada comparado con lo que sentía en ese momento.

Se enderezó con brazos temblorosos, y se bajó la falda en un vago intento por recobrar la dignidad.

—Creo que es obvio —respondió a la defensiva—. Estoy haciendo su cama. —¿Por qué?

—Porque es mi trabajo.

—¿Usted hace mi cama?

Por un momento Vanessa pareció tan incómoda como se sentía. Benedict se había negado a que ella realizara los servicios más personales, los que un mayordomo normalmente hacía y que ella con gusto había hecho para el juez: soportarlo por la mañana, prepararle el baño, sacarle la ropa que se pondría. Benedict Savage le había dicho en la primera entrevista que habían tenido que no necesitaba una niñera y que le agradecería que no invadiera su intimidad a menos que se lo pidiera.

—A veces ayudo a la señora Riley con las tareas de la casa —le informó—. Como se habrá dado cuenta por las cuentas de la casa, sólo contrato más empleados cuando usted tiene invitados. No

resulta económico tener más personal a lo largo de todo el año.

Se quedó con la mirada perdida, lo que confirmaba las sospechas que ella tenía desde hacía tiempo. Ella dudo que siquiera se hubiera tomado la molestia de ver las cuentas que ella le presentaba escrupulosamente cada seis meses. Lo podría estar desfalcando sin que él se diera cuenta. Una vez que había decidido confiar en ella, le había dado carta abierta y, aunque eso era halagador para su ego, también significaba que su eficiencia pasaba desapercibida.

Desafortunadamente él ignoró todo eso e insistió en el tema del que a ella menos le apetecía hablar.

—¿En algún momento le he indicado que yo sea tan escrupuloso como para que cambien las sábanas todos los días? —dijo secamente—. Esto es una casa, no un hotel. Apenas he tenido tiempo de calentarlas y mucho menos de ensuciarlas.

—Tiene fama de ser extremadamente escrupuloso —murmuró Vanessa, pensando en el calor que había sentido por la mañana. En ese momento sí que las había calentado. Sin embargo, no podía contradecirlo.

—Pero no soy obsesivo —dijo tratando de controlarse.

—Usted no había estado aquí desde febrero, y no habíamos tenido oportunidad de airear la cama porque no sabíamos que iba a venir —inventó—. He pensado que las sábanas estarían un poco húmedas.

—Bien, pues no lo estaban —observó las sábanas en el suelo—. De hecho tenían un aroma delicioso.

Vanessa se tensó al advertir cierto deje placentero en su tono de voz, y pensó que sus palabras eran demasiado sensuales para una persona que creía tan fría.

¡Afortunadamente el perfume que se había puesto la noche anterior era tan caro, que ella sólo lo usaba cuando iba a algún lugar especial! Trató de pensar en alguna manera de desviar sus pensamientos de las imágenes que se estaban formando en esa mente tan inteligente.

—Ya que he llegado hasta aquí, será mejor que termine lo que he empezado. No puedo volver a poner las sábanas después de haber estado tiradas en el suelo. Con permiso.

La reacción de él fue instantánea e instintiva.

—Si lo cree necesario —inclinó la cabeza—, supongo que debo

reconocer su superioridad en los asuntos domésticos.

¡Qué sarcástico! En el pasado sus comentarios cínicos no le habían importado. En aquel momento, cada una de sus palabras tenía un fuerte impacto en ella.

—Gracias —dudó, esperando a que él saliera.

Benedict la miró intrigado y arqueó una ceja. Vanessa sintió que la miraba con desdén, aunque debería ser todo lo contrario. Había ganado aquella pequeña batalla de voluntades.

—Estoy segura de que tiene algo mejor que hacer que verme hacer las camas.

—No. Cuando uno está de vacaciones resulta muy satisfactorio observar a la gente trabajar.

—¿Está de vacaciones?

Benedict nunca se había quedado en Whitefield más de un fin de semana. ¿Se iría a quedar después del domingo? Vanessa no podría soportar la tensión.

Un Benedict Savage ocioso debía ser un Benedict Savage aburrido, y estando aburrido buscaría algo en lo que ocupar su intelecto; por ejemplo, resolver un enigma que en ese momento no parecía tener solución.

Para disimular su inquietud, Vanessa le dio un tirón a la última sábana y se la enrolló en el brazo.

—Más o menos —respondió, distraído, mientras ella se agachaba para recoger las sábanas—. Se puede decir que estoy entre un par de trabajos de momento.

Vanessa estaba tan acostumbrada a oír esa frase de la gente que llegaba a la casa para pedir trabajo, pensando que el trabajo doméstico no requería de ninguna habilidad, ni entrenamiento ni entusiasmo, que su respuesta fue automática.

—Estoy segura de que encontrará otro trabajo pronto.

—Me halaga su confianza. Pero de no ser así, supongo que podré cobrar el subsidio de desempleo.

—Lo siento, señor, no estaba pensando —dijo, avergonzada por aquel descuido.

—Pensé que era al contrario —musitó, estudiándola con sus ojos azules—. Parece que se deja llevar por sus pensamientos. ¿Hay algo que le preocupe, Flynn?

Otra pregunta personal sin precedente. ¡Aquél era el momento

de confesar todo y pedir su clemencia!

Pero Vanessa no creía que la tuviera. Recordaba claramente el comentario que había hecho el día de su entrevista acerca de que nunca hacía amenazas en vano, y lo había visto comportarse de un modo implacable con aquellos que tenían una actitud deshonesta o desleal. Ya fueran empleados o amigos, sencillamente dejaban de existir para él. Vanessa ya lo había desobedecido y, por si eso fuera poco, había roto la regla de oro: «no te comportarás como una mujer».

—No, ¿por qué lo piensa? —desgraciadamente se le quebró la voz.

—La veo un poco extraña esta mañana.

¡Dios!

—¿Usted cree? —comentó—. Es que su llegada me ha sorprendido —agradeció tener una excusa—. Me temo que no reacciono bien ante las sorpresas.

—¿En serio? Congreve diría que la incertidumbre es uno de los placeres de la vida —dijo suavemente, tratando de intimidarla con su inteligencia.

Pero Vanessa no se dejó impresionar. Cualquier persona que leyera podría citar a los clásicos de la literatura inglesa. Ella no había asistido a la universidad, pero le gustaba leer mucho, y lo hacía. Con cualquier otra persona hubiera disfrutado de un intercambio de citas, pero en ese momento prefería que la considerara tonta y aburrida, y completamente carente de interés.

—No de la mía —contestó Vanessa con firmeza mientras se dirigía hacia la puerta, con las sábanas.

No confiaba en aquel interés repentino por mantener una conversación. Benedict nunca había demostrado ningún interés por hablar de literatura o filosofía con su mayordomo, o su «asistente ejecutivo», como a menudo sugería que se debía llamar.

Ella no le había hecho mucho caso a aquella sugerencia. Estaba orgullosa de su trabajo. Estaba preparada para él, lo llevaba en la sangre. Su padre había sido mayordomo, y ella había crecido en un hogar en el que llevar una casa era algo cotidiano. Vanessa había crecido fascinada con la posibilidad de poder poseer algún día aquella casa que eran sus dominios, pero la vida se había encargado de hacerle olvidar aquellos sueños de juventud.

—¿No? Me sorprende. Pensaba que hacerle frente a lo inesperado era uno de sus fuertes. Nunca ha tenido ningún problema en cumplir con los caprichos más extraños de mis invitados… No le importó el cachorro de león, ni se extrañó cuando le pidieron que buscara remos para la carrera de botes en el lago, ni tampoco cuando se desmayó encima de la sopa uno de los invitados, que tenía alergia al marisco. Sin su rápida reacción, podría haber muerto.

—No he dicho que no pudiera hacerles frente —a Vanessa le pareció sorprendente que recordara todos aquellos incidentes que ella pensaba que ya habría borrado de su mente por considerarlos de poca importancia. En el momento en que ocurrieron, se había limitado a decirle unas frías palabras demostrando su agradecimiento, como si no hubiera hecho más que lo que se esperaba de ella—. Sólo he dicho que me pongo nerviosa.

—No se nota.

—Gracias —se arrepintió de haberse abierto tanto. Benedict la estaba estudiando con una intensidad que incrementaba su ansiedad.

Apretó los dedos para resistir el impulso de llevarse la mano al pelo. En cuanto el gel que se había aplicado se secara, revelaría las tonalidades color caramelo que se decoloraban fácilmente con el sol. Benedict Savage era un arquitecto, observador de pequeños detalles que otros pasarían por alto…

—Era un comentario, no un halago.

—En mi profesión, eso es un halago —respondió Vanessa.

—Ser un sirviente no es una profesión.

Vanessa se estremeció ante el desdén que encerraba aquella frase.

—Claro que no, señor. Humildemente pido sus disculpas por mi atrevimiento, señor —tenía ganas de hacer una reverencia, pero sería demasiado.

—Es demasiado servicial, Flynn. Su actitud podría confundirse con la insolencia. ¿Por qué nunca lo había notado?

Porque ella nunca había sido centro de atención.

—No he pretendido ser…

—Quiere decir que no esperaba que yo me diera cuenta. ¿Habré sido demasiado complaciente como patrón?

—No, claro que no.

—¿Adulación, Flynn? ¿Eso les enseñaban en esa elegante escuela de mayordomos en la que se graduó con honores?

Era sorprendente su buena memoria. Vanessa abrazó las sábanas contra su pecho y se negó a contestar.

—Está bien —dijo Benedict con dulzura—. Búrlese de mí. Después de todo, se puede permitir el lujo. Sabe que no puedo despedirla.

—¿No puede?

—Podría, pero eso me pondría en una situación precaria.

—¿Lo pondría?

—Me podría denunciar.

—¿Podría?

Pero lo había preguntado con demasiada curiosidad. Benedict entrecerró los ojos. Vanessa se enderezó y levantó la barbilla para tratar de establecer su superioridad física.

—Claro que podría —comentó la joven cambiando el tono de voz.

—¿Podría?

—Sí —inconscientemente jugueteó con el labio inferior.

—¿Y cómo?

Se sentía perdida en el mar turbulento de los ojos azules de Benedict. Éste, sin embargo, parecía estar divirtiéndose.

—Bueno, yo… yo…

—No lo sabe, ¿o sí? —dijo con amabilidad—. No tiene ni la más remota idea de lo que estoy hablando.

—No —trató de indicar con su tono de voz que tampoco le importaba averiguarlo.

Pero Benedict era más sagaz.

—¿No comprendió lo que le explicó el abogado del juez Seaton? —hablaba con una amabilidad exagerada—. Me aseguró que había hablado con usted después del funeral.

Vanessa frunció el ceño, tratando de recordar.

Para ella, el juez Seaton no sólo era su salvador, sino un hombre al que respetaba y admiraba y al que había llegado a estimar.

La había rescatado de la desgracia y ella, a cambio, había viajado alrededor del mundo con él, ayudándolo a resolver los típicos problemas de la edad avanzada y de una personalidad

irascible. Era solitario por naturaleza y nunca se había casado, y cuando había comenzado a tener problemas para valerse por sí mismo y a tener lapsos de memoria, Vanessa había sido una de las personas que lo había ayudado a superar su depresión y lo había animado a escribir el libro en el que todavía estaba trabajando cuando murió: la historia de su hogar adoptivo, la casa Whitefield y sus alrededores, la región de Coromandel.

Su muerte, aunque no había sido inesperada, había impresionado mucho a la joven, y en el momento del funeral todavía estaba demasiado aturdida y renegaba de cualquier cambio que pudiera ocurrirle al hogar que había encontrado en Whitefield. Se había cerrado mentalmente a cualquier comentario del joven usurpador, que quería apoderarse de su herencia con demasiada rapidez, teniendo en cuenta que ni siquiera se había molestado en visitarlo cuando estaba vivo ni se había dignado a asistir al funeral.

Cuando Benedict Savage finalmente había aparecido una semana más tarde se había dado cuenta que era completamente diferente al fallecido juez.

La hostilidad entre ellos había sido mutua y encajaba muy bien con la idea que la joven se había hecho de antemano. Y, paradójicamente, Vanessa se sentía a salvo ante la hostilidad masculina. Podía controlarla. Era el interés masculino lo que la ponía nerviosa.

—Recuerdo que leyó el testamento —dijo lentamente—. Dijo que no había dejado dinero para mí. Yo tampoco lo esperaba, yo no era parte de la familia y sólo había estado con él durante dos años. No recuerdo con claridad lo que dijo el abogado. Estaba cansada, no podía concentrarme muy bien. Yo fui la que tuvo que hacer todos los arreglos para el funeral. ¡Cuando usted llegó, ya había terminado casi todo!

—No voy a disculparme por eso —dijo tranquilamente—. George Seaton y yo éramos parientes lejanos por parte de mi madre. Es posible que él supiera que yo existía, pero yo no sabía que él existía. No dejó la casa a mi nombre, sino a su pariente masculino más cercano. No creo que haga falta decir que a mi madre no le gustó que le dijeran que ella no era más que una ramita del árbol genealógico.

Ella no sabía eso. Eso le hacía ver su comportamiento desde un

ángulo diferente. Cuando los padres de Benedict Savage habían visitado Whitefield, por única vez, le habían parecido todavía más fríos y egoístas que su hijo. Se imaginó la cara de Denise Savage, de una belleza clásica, congestionada al sentirse relegada por la parte masculina de la familia.

—Era muy machista —admitió con la sombra de una sonrisa.

—¿Y contrató a una mujer adolescente?

Aquella vez Vanessa no se quedó callada.

—Yo estaba en el lugar adecuado en el momento preciso —y por motivos muy sórdidos—. Su mayordomo había muerto después de haber estado con él durante cincuenta años. Creo que no podía soportar la idea de reemplazarlo por otro hombre y supongo que yo tuve la suerte de poder contar con su caballerosidad.

—¿Por qué dice eso?

—Se compadeció de mí —casi se le había olvidado con quién estaba hablando—. Estaba tratando de encontrar un empleo.

—Y él se aseguró que no perdiera este —comentó Benedict—. Una de las condiciones de mi herencia era que mantuviera al mayordomo al menos durante cinco años, a menos que él renunciara.

Vanessa abrió los ojos de par en par al enterarse de aquella situación. Después sintió que una oleada de furia la invadía.

—¡Pero el primer día usted me amenazó con deshacerse de mí por ser mujer!

—No es cierto. Simplemente sugerí que yo no le parecería tan condescendiente como el juez, y que usted podría sentirse más a gusto en alguna otra parte. Y creo que la palabra que utilicé fue «niña»…

—¡No sugirió nada! Se comportó de manera insultante —le recordó Vanessa con amargura—. Usted insinuó que yo no podría hacer el trabajo por mi sexo. Insinuó que había conseguido el trabajo porque el juez estaba senil. El juez no estaba senil, y usted lo sabía… ¡Y sin embargo pretendía que yo renunciara! —explotó —. ¡Me alegro de haberme negado!

Por nada del mundo le diría que se había quedado por cobardía, y no para demostrarle que se equivocaba. Ni siquiera sus comentarios podrían hacer que ella renunciara al pequeño mundo de seguridad que se había conseguido. Whitefield la necesitaba a

ella, y ella necesitaba a Whitefield. Allí la conocían por su nombre y por su trabajo, y no por su reputación.

—¡Y no era una niña tampoco! —concluyó furiosa, decidida a negar todas sus explicaciones—. Tenía veinte años y era bastante madura para mi edad —eso era lo que había provocado su caída; su aire tranquilo de autosuficiencia y un cuerpo que era un reto para algunos hombres.

—Eso me pareció; una niña grande, de movimientos lentos, con la mirada insolente de un adolescente, y que tenía la manía de mirarme por encima del hombro como si yo fuera una especie inferior. ¡Claro que no me apetecía tenerla por aquí!

De repente Vanessa se sintió fea y desgarbada, como se sentía cuando era una adolescente demasiado alta para su edad. Hacía mucho tiempo que nadie la había hecho sentirse tan torpe y no le gustaba. No le gustaba nada. Inconscientemente, lo observó con la misma mirada de antes.

—Cuando se tiene mi estatura, no se puede andar con garbo. Si me muevo con cuidado es para calcular las distancias mientras otras mujeres no lo tienen que hacer. No creo que a usted le gustara que yo estuviera todo el tiempo tropezándome con todas las antigüedades que hay por aquí. No soy lenta, y nunca lo he sido. La velocidad no es condición de la eficiencia. Creo que soy más eficiente así, que si estuviera todo el día alborotando por la casa.

Benedict pareció divertido por su discurso. Vanessa intentó rodearlo y él cambió de posición para bloquearle el paso.

—Sí, me di cuenta enseguida. ¿Por qué cree que no insistí en que abandonara su puesto? No parece cansarse con el trabajo y sin embargo todo está siempre listo a tiempo y la casa funciona como una maquinaria bien aceitada. Si no hubiera sido tan eficiente, no le habría confiado los arreglos de la casa. Nunca ha traicionado esa confianza. No la estaba criticando, simplemente le estaba diciendo la impresión que tengo de usted.

—Gracias, pero no necesitaba saberlo —dijo Vanessa con amargura. Tenía la sensación de que aquella imagen cambiaría si supiera todo sobre ella… no sólo de lo que había sucedido la noche anterior, sino las circunstancias que la habían llevado a pedirle trabajo al juez y su rápida huida de Inglaterra.

Se preguntó cómo reaccionaría si se lo contara en ese momento.

Pasaría de la sorpresa al disgusto. Ya lo había vivido antes, por parte de gente menos engolada que Benedict Savage, gente que se suponía eran sus amigos.

—Creía que ya era hora de que lo dijera, para dejar de sentirme como un intruso aquí.

—¿Intruso? —Vanessa se sentía impaciente—. No sea ridículo. La casa le pertenece, no puede ser un intruso en su propia casa.

—¿No puedo? Pero en realidad no es mi hogar, ¿o sí? Si consideramos que el hogar es la casa en la que se disfruta de la vida familiar, o una residencia en la que se tiene un arraigo sentimental, supongo que se puede decir que no tengo hogar. Creo que en los últimos cinco años no he pasado más de un mes en la misma casa.

Sus palabras denotaban nostalgia por una familia, pero Vanessa se controló para no comenzar a compadecerle. Por amor de Dios, aquel hombre era millonario, tenía todo lo que pudiera desear, y se atrevía a quejarse porque su vida no era perfecta. Había gente en el mundo, en ese mismo país, que vivía en la calle y él se estaba quejando de tener demasiadas casas.

—¡Qué terrible! —replicó y él levantó la cabeza—. Sin hogar y sin trabajo. Con razón está deprimido. Si yo fuera usted, me suicidaría.

—Si usted fuera yo, no tendría los problemas que yo tengo —contestó Benedict después de una pausa—. Y no puedo imaginarla evitando problemas. Usted es de armas tomar.

—No me gustan las armas de fuego —respondió incómoda por la exactitud con la que había descrito.

—Tenemos algo en común, algo aparte de compartir la posesión de esta casa. ¿No es eso lo que tenemos? Usted es la que hace de esta casa un hogar; usted es la que le da vida, la que le imprime personalidad…

Vanessa estaba estupefacta al pensar que la manera en la que se estaba apoderando de la casa pudiera ser objeto de especulación. Era su secreto, su pequeño capricho.

—Me gusta que la casa recupere su gloria pasada, pero yo sólo la cuido, eso es todo. Sólo cumplo sus órdenes.

—Ese argumento es discutible, ya que casi nunca estoy aquí para darle órdenes.

—Si no está satisfecho con mi trabajo…

—No he dicho eso. Al contrario, estoy encantado con la capacidad que ha demostrado en circunstancias difíciles. Las restauraciones están saliendo mejor de lo que esperaba. Cuando termine de hacer la cama, me gustaría que me mostrara los adelantos.

Aunque ponerlo al corriente del trabajo que se hacía en la casa en su ausencia era algo que a Vanessa le gustaba, la idea de pasar más tiempo a solas con él la ponía tan nerviosa, que Vanessa deseó poder rechazar la propuesta. Desgraciadamente no tenía ninguna excusa.

—Invité a algunos miembros de la sociedad histórica a una visita esta mañana. Usted dijo que no le importaba que les enseñara el lugar a cambio de que ellos nos permitieran el acceso a sus registros de la casa.

—¿La señorita Fisher es uno de ellos? —no parecía entusiasmado.

—Sí —respondió con aire inocente.

La señorita Fisher era la típica solterona. Se había encariñado con el nuevo dueño y podía ser una auténtica pesada si supiera que él estaba ahí.

—Entonces creo que será mejor que salga a pasear en el Duesenberg durante un par de horas —dijo apresuradamente—. Puede enseñarme todo después de la comida. Si eso encaja en sus planes, por supuesto.

—Claro que sí, señor —musitó con alivio.

—Y no le diga que estoy aquí —le ordenó.

—Claro que no, señor.

—Esa mujer es una lapa.

—Es cierto, señor.

—¿Se está burlando de mí, Flynn?

—No, señor —mintió.

—Bien. Puedo soportar muchas cosas de mis empleados, pero no me gusta que se rían de mí.

Era una orden.

—Nadie lo hace, señor.

Vanessa ya había advertido lo poco que reía Benedict. Aunque a veces mostraba un débil sentido del humor, nunca era espontáneo. Su sonrisa era más una mueca cínica que un gesto cariñoso. Pocas

cosas parecían sorprenderlo.

Excepto aquella mañana. Aquella mañana sí que lo había tomado por sorpresa. Como resultado, parecía haber perdido su autocontrol. Vanessa se preguntaba hasta qué punto habría perdido el control la noche anterior, cuando la sorpresa debía haber sido infinitamente mayor. Tragó con dificultad y abrazó con fuerza las sábanas que eran el testigo de su traición mientras luchaba contra el pánico. ¿No tendría la culpa dibujada en el rostro?

Aparentemente no, porque su jefe se estaba retirando, pasándose la mano por la barbilla, con la misma ansiedad infantil en sus ojos que había visto en la biblioteca. Vanessa se dio cuenta de que ya se estaba adelantando al placer de su regalo de cumpleaños.

—Supongo que los historiadores no llegarán hasta dentro de unos minutos, así que tendré tiempo de afeitarme antes de irme. Creo que voy a dar un paseo por la costa de Coromandel, tal vez por Colville o Port Jackson. Avísele a la señora Riley que volveré a comer a la una, si está segura de que para entonces se habrán ido.

—Me aseguraré que así sea, señor —le prometió.

—Bien —se detuvo en la entrada del baño y la miró por encima del hombro—. Por cierto, no me cierre.

—¿Disculpe? —se quedó helada.

—Abajo, ahora. Ha cerrado las puertas de la biblioteca cuando he salido para ver el coche. He tenido que dar la vuelta hasta la puerta principal y llamar hasta que la señora Riley me abriera.

—¿De verdad? —Vanessa lo agradeció en silencio—, Debo de haberlo hecho de forma automática. Lo siento, señor. No volverá a suceder.

Capítulo 4

AQUÍ terminan nuestros problemas —le dijo Bill Jessop a Vanessa con profunda satisfacción mientras se incorporaba frente a la piedra expuesta de la pared interior de lo que había sido el comedor de servicio—. Este último pedazo se ha secado muy bien. El escayolista podrá trabajar en cuanto usted lo desee.

Vanessa se sacudió las manos y se enderezó.

—Espero que ya no encontremos más —suspiró.

—No se puede quejar, esta casa tiene más de cien años. Creo que el verdadero problema es que el constructor original nunca la terminó. El sí era un artesano.

—Es una pena que se dejara llevar por la fiebre del oro —dijo Vanessa con el desdén de alguien a quien nunca le han interesado las riquezas—. En lugar de haberse ahogado en una mina inundada, podría haber llevado una vida tranquila y próspera si se hubiera mantenido fiel a su plan original.

—Tal vez lo que estaba buscando eran aventuras, más que el oro mismo —comentó Bill, un hombre que parecía tan rudo como los materiales con los que trabajaba—. O tal vez estaba escapando de algo o de alguien. ¿No dice que su esposa trabajó aquí como cocinera durante algunos años cuando él se marchó, y que tenía fama de ser una arpía?

—No la culpo de ser una gruñona si su esposo la abandonó —replicó Vanessa—. La vida colonial podía ser brutal para una mujer que no tenía a un hombre que la protegiera. Estoy segura de que ella hubiera preferido a su esposo a todo el oro del mundo.

—¿Usted cree? Supongo que era más práctica. «El amor compra los más altos honores, y el oro comprará al amor».

Vanessa se dio la vuelta y se alisó la falda con las manos al ver

que su jefe entraba caminando entre las escaleras y los andamios que obstaculizaban el paso de la entrada.

Había vuelto de su paseo obviamente relajado, con los ojos brillantes por el viento. Vanessa le había servido la sopa mientras él hablaba del potente coche, y después se había enfrascado en la lectura de una revista de arquitectura mientras comía, sin levantar siquiera la mirada cuando habían cambiado el plato de sopa por una ensalada, seguido por una fuente de queso y galletas. Vanessa había esperado a que él hubiera salido del comedor para contestar una llamada de negocios antes de entrar para limpiar la mesa, alegrándose de que él se hubiera olvidado de que le había pedido anteriormente que le enseñara la casa. Aquel era el Benedict olvidadizo, despistado e introvertido al que Vanessa podía manejar con facilidad.

Sintió un escalofrío al darse cuenta que instintivamente lo había llamado por su nombre de pila. ¿Cómo había podido pensar una cosa así?

—Ese punto de vista es muy cínico, señor Savage —dijo Bill Jessop con una sonrisa conspiradora—. No creo que Vanessa esté de acuerdo con usted.

Vanessa se negó a dejarse provocar; cruzó los brazos con orgullo y se mantuvo en silencio hasta que Benedict se paró al lado de ellos. Notó que él se había cambiado; llevaba una camisa de manga larga, más informal que la ropa que habitualmente usaba. Pensó que debía ser nueva. Algo que había comprado en su último viaje, ya que ella no la había visto en el armario. La tela se pegaba a sus fuertes músculos.

La miró y al ver que no contestaba puso una expresión similar a la suya.

—No es una frase mía… yo sólo estaba citando a Ovidio en el *Arte de Amar*. Esa frase en particular tiene dos mil años, pero creo que el paso del tiempo ha probado la sabiduría de sus palabras, ¿no cree, Flynn?

Vanessa no podía ignorar una pregunta directa, pero tampoco quería alimentar su ego estando de acuerdo con él.

—¿Entonces por qué no es usted un caballero, y por qué no se ha casado? —le espetó, y él se echó a reír.

Vanessa lo observó. Nunca le había visto esbozar nada más que

unas breves sonrisas. En ese momento vio cómo al animarse un poco las facciones antes inflexibles, se asomaba a los ojos de Benedict un niño travieso. Cuando reía, al igual que cuando dormía, el labio inferior parecía más lleno. Por primera vez Vanessa se preguntó la razón de su autocontrol y del semblante tenso que usaba como una máscara.

Vanessa se horrorizó al darse cuenta de que estaba observando su boca con curiosidad femenina y desvió la mirada. Se dio entonces cuenta de que él había dejado de reír y la estaba observando con intensidad.

—Tal vez sea demasiado mezquino —musitó—, como para pagar por algo que otros hombres consiguen gratis.

—¡Nadie que sepa la cantidad de dinero que está gastando en este lugar podría llamarlo mezquino! —Bill Jessop se rió.

—Él Señor Savage lo ve como una inversión —señaló Vanessa—. Espera recuperar con creces su dinero cuando la venda en cuanto las reparaciones concluyan.

—¿Pensaba que lo estaba haciendo por razones sentimentales? —repuso Benedict—. ¿Por qué habría de ser tan altruista? No tengo más vínculos históricos ni personales con Whitefield que usted. ¿Qué quería que hiciera? ¿Vivir aquí para siempre? Este lugar es demasiado grande para una persona, y además, lo estoy renovando para que funcione como posada. ¿Me imagina usted como posadero?

—Pues sí —replicó Vanessa, dejando volar su imaginación—. Está acostumbrado a ser el anfitrión de muchos invitados al mismo tiempo. La única diferencia es que le pagarían por el servicio… —se mordió el labio, preocupada por lo que acababa de decir, pero él le dirigió una sonrisa.

—Aprendí hace mucho tiempo el valor de tener cuidado con las relaciones sociales para conservar mi intimidad. Una gran etapa de mi juventud consistió en atender a invitados. Mis padres se pasaban la vida invitando a amigos y conocidos. Desgraciadamente yo no tenía hermanos ni hermanas que pudieran ser conmigo el centro de atención, así que aprendí una gama de trucos para ocultar mi timidez. Yo era un Savage y por lo tanto se esperaba de mí que fuera el centro de la atención. Mis padres hubieran estado muy decepcionados si hubieran sabido lo mucho que yo odiaba tener que

demostrar que era su hijo una y otra vez…

Vanessa estaba desalentada por la indiferencia con la que exponía su confesión. Dio un paso atrás, tratando de poner una mayor distancia entre ellos, pero no pudo deshacerse de la imagen que se había formado en su mente de un niño callado y solitario que se veía obligado a adoptar la postura de un adulto para complacer a sus padres.

Ella también era hija única, pero sus padres siempre la habían hecho sentirse alguien especial. Sintiéndose segura bajo su cariño, había sido capaz de hacer las cosas por sí misma y de cometer sus propios errores.

—No se nota —musitó.

—Espero que eso haya sido un halago.

—Podría contratar a un administrador y obtener ganancias siendo el dueño, sin tener que afrontar los problemas diarios. Tiene las características necesarias: es encantador y sin embargo sabe guardar las distancias.

—¿Por qué tengo la impresión de que no ha sido un halago? —preguntó, sin darle tiempo a contestar—, ¿Le parece que soy distante y altanero? Siempre he pensado que soy introvertido más que distante.

—Puede ser introvertido cuando quiere serlo —le concedió Vanessa recordando las veces que tenía que sacarlo de su estudio para que comiera.

A veces se encerraba con su ordenador y sus instrumentos de dibujo y abandonaba a sus invitados.

—No más que usted. Habíamos acordado que me pondría al corriente de las restauraciones que se han hecho hasta ahora.

—Estaba esperando a que me indicara el momento en el que estuviera listo —mintió Vanessa, consciente de que Bill Jessop estaba parado pacientemente al lado de ellos.

Los observaba con creciente interés.

—¿En serio? ¿Y por qué he estado horas llamando la maldita campanilla sin respuesta?

—Lo siento —Vanessa se sonrojó—, quería comentarle que las campanillas han sido desconectadas mientras se cambia la tubería.

—Ah, pero tampoco oyó mis gritos.

Vanessa arqueó las cejas; sabía que no lo había hecho. Estaba

demasiado bien educado como para caer en semejante vulgaridad.

—Claro que no.

—Empezaba a sentirme como un fantasma… caminando por una casa vacía, sin que nadie oyera mis gemidos ni el crujir de mis dientes —exageró—. Cass esperaba encontrarme con mi compañera fantasma.

—¿Fantasma? —el albañil escuchaba con atención—, ¿Ha visto a un fantasma?

—Le he hablado acerca de Meg —Vanessa lo interrumpió apresuradamente, alejándose de los dos hombres para separarlos—. No queremos interrumpir su trabajo, Bill. Señor Savage, ¿quiere que comencemos por el salón? Desde la última vez que estuvo aquí ha habido algunos cambios.

—Vi algo en mi habitación anoche —dijo Benedict, ignorando sus desesperados intentos de cambiar de tema—. Si era un fantasma parecía real. ¿Alguna vez a visto a esta Meg?

—Bueno, yo no. Pero nunca he estado aquí por la noche. He oído historias extrañas a lo largo de los años. Nadie había vivido aquí durante un par de años antes de que el juez comprara la casa y ya estaba muy abandonada. Yo en particular no creo en los fantasmas.

—Yo tampoco hasta anoche —dijo Benedict Savage secamente —. De hecho hubiera podido jurar que era tan real como usted y yo.

—Es bueno mantener un criterio abierto en asuntos como ese —dijo Vanessa rápidamente—. La existencia de fenómenos paranormales como ese ha sido muy estudiado. Y si existe algún lugar apropiado para fenómenos de ese tipo es Whitefield. La muerte de Meg no fue la única muerte violenta que ha habido aquí en los últimos cien años.

—¿Quiere decir que puedo encontrarme con otros aparecidos? —parecía intrigado—. Tal vez el *Architectural Journal* estuviera interesado en hacer un reportaje: la influencia de la quinta dimensión en la arquitectura tradicional. Si todos mis fantasmas son tan bellas, rubias y complacientes como Meg, no me costaría trabajo despertar interés…

Por el rabillo del ojo Vanessa vio que Bill estaba a punto de decirle que Meg era una pelirroja despampanante, y no una rubia.

—Sí, estoy segura de que la sociedad histórica estaría muy

interesada. A la señorita Fisher le interesan los fenómenos paranormales. Si se enterara de que ha tenido visitas del más allá vendría corriendo con la cámara y el manual de investigador, para encontrar los fantasmas ella misma.

—Más que una advertencia, eso ha parecido una amenaza, Flynn.

—Lo siento, señor —susurró con sorpresa—. Usted me ha dicho esta mañana que no quería ver a la Señorita Fisher y he pensado que tenía que hacerle ver la posibilidad. Usted ya sabe cómo es la gente en los lugares pequeños.

—La gente podría hablar, pero como supongo que usted es una persona leal, y que Bill no quiere que lo despida, no creo que esta conversación corra peligro de ser conocida.

—Supongo que será mejor que termine esa pared antes de que me despida en serio —en vez de ofenderse Bill se rió—. Me alegro de volver a verlo, señor Savage —se tocó la frente para despedirse y salió por la puerta—. La veré más tarde, Vanessa.

—Es un hombre agradable —comentó Benedict Savage—. Está haciendo un buen trabajo. Fue una suerte que Robert lo contratara.

Robert Taylor era un arquitecto especialista en restauraciones que trabajaba en la oficina de Auckland de Dane Benedict, había hecho los planos y el plan de trabajo para la posada, y había participado en la etapa inicial, hasta que él y su jefe se habían dado cuenta de que Vanessa estaba capacitada para supervisar el trabajo, e incluso para contratar artesanos a medida que se necesitaran.

—Yo fui la que contraté a Bill —le contestó Vanessa, Se llevaba muy bien con Robert, pero era un hombre muy ambicioso y oportunista—. Lo conocí a través de la sociedad histórica y vi algunos de los trabajos que ha hecho en Waihi.

—Me doy por enterado —le dio a entender con un movimiento de la cabeza que estaba al tanto de los defectos de su colega, y se colocó la mano en el corazón en gesto de burla—. Por favor no me diga que la señorita Fisher ha tenido algo que ver con esto.

—No. Madeline es experta en el área de los utensilios de cocina.

—Y en fantasmas.

—Y en fantasmas —concedió, sintiendo que se hundía cada vez más en la mentira que había tenido que inventar. Se aclaró la garganta—. ¿Por dónde quiere comenzar?

—¿No quería enseñarme la sala? Estaba un poco distraído la última vez que vine, tenía el proyecto del consorcio japonés, así que tal vez debería enseñarme todo lo que se ha hecho en los últimos seis meses. Estaré en sus manos toda la tarde.

Vanessa observó las manos de las que hablaba. Pensaba que eran demasiado grandes, como toda su persona.

También había estado en sus manos por la mañana, recordó. Ella lo abrazaba con una mano mientras que la otra descansaba entre sus cuerpos, sintiendo la vibración de los latidos de su corazón.

—¿Flynn?

Vanessa levantó la cabeza sonrojada.

—Esto… sí… buena idea. En ese caso comenzaremos por la sala. La pieza de mármol de la chimenea vino del taller la semana pasada.

Estaba tan ansiosa por huir de la intimidad de sus pensamientos que comenzó a hablar rápidamente, dándole todo tipo de detalles técnicos mientras lo llevaba por las habitaciones que todavía no estaban del todo restauradas.

El juez Seaton había tenido el entusiasmo y los conocimientos, pero no los recursos financieros necesarios para permitirse poder hacer mejoras a aquel viejo edificio y Vanessa sabía que hubiera aprobado de corazón los cambios que aquel desconocido heredero estaba realizando. Tal vez esa fuera la explicación. Sabía que Vanessa compartía su amor por aquel lugar derruido, que consideraba a Whitefield como el hogar que nunca había tenido. Él había disfrutado inspirándola con el amor que él sentía por la historia y tal vez había confiado en el sentimiento de posesión que le había inculcado para asegurarse de que se encargaría de cuidar Whitefield cuando él hubiera muerto. Le gustaba más pensar eso que barajar la posibilidad de que hubiera puesto esa cláusula en el testamento por compasión, o por la preocupación de que ella no pudiera mantenerse por sí misma.

Su orgullo fue evidente mientras le enseñaba a Benedict cada una de las habitaciones como a un alumno perezoso. Al principio, él permaneció en silencio pero después comenzó a interrumpirla haciendo preguntas cada rato, preguntas apropiadas para animarla a que dejara los hechos fríos y expresara su entusiasmo por el tema.

—Me alegro de que no piense que un baño moderno es una

traición imperdonable a la integridad de la restauración —murmuró Benedict mientras observaba el caos de las tuberías que salían de la pared de uno de los pequeños recibidores del piso de arriba, al que estaban convirtiendo en baño.

—Esto va a ser un hotel, no un museo —Vanessa se defendió—. A los turistas les gusta visitar los museos, pero no quieren quedarse en ellos si eso significa sacrificar su comodidad. Por el bien de la autenticidad tendríamos que ofrecerles una palangana con agua, y no creo que eso les gustara. En el año 1870 en esta parte del mundo todavía eran muy primitivos… el país apenas existía desde hacía unas décadas y la gente dedicaba todo su tiempo a trabajar la tierra. Mientras restauremos los sanitarios teniendo en cuenta el gusto de la época no creo que sea un problema. Además, la cocina y los baños tienen que ser mejorados para cumplir la normativa sanitaria.

—Sí, las bañeras delante de la hoguera pierden su encanto cuando sabes que hay que subir por las escaleras veinte cubos de agua caliente —comentó Benedict.

—Usted no tendría que llevarlos —observó Vanessa—. Sólo tendría que tirar del cordón de la campanilla.

—¿No tiene una buena opinión sobre mí, Flynn? —la sorprendió —. Parece creer que no soy capaz de hacer nada. Un completo inútil.

—Claro que no, señor —negó—. Pero mi trabajo consiste en evitar que tenga que realizar labores manuales en la casa.

—Cuando estaba estudiando arquitectura, durante las vacaciones trabajaba de albañil, y a mis padres no les pareció bien. Puede que dé la impresión de haber sido un niño rico y mimado, pero trato de mantener el contacto con el mundo rea!.

—Claro que sí, señor.

—¿Me va a decir «sí señor» cada vez que hable? —entrecerró los ojos.

—No, s… —se aclaró la garganta. No se había dado cuenta de que repetía aquel tratamiento cuando estaba a la defensiva—. No, claro que no.

—Odio que lo haga.

—¿Que haga qué, s…? ¿Que haga qué?

—Darme la razón en todo con esa voz tan agradable. Y no me diga que para eso le pago. Nunca he tenido mucho respeto por los

hombres que dicen que sí a todo. Ni por las mujeres.

A Vanessa no le gustó que añadiera aquella última frase.

—Aunque tengo que admitir que existen situaciones en las que prefiero que una mujer sólo sepa decir «sí» —añadió, sólo por el placer de provocarla.

Vanessa tuvo el impulso de contestarle algo, pero se resistió.

—Estoy segura de que tiene que haberlas —dejó la frase sin terminar, pero el «señor» quedó flotando en el aire entre ellos.

—Se está sonrojando, Flynn.

—Porque lo compadezco —lo desafió.

—¿Sí? —parecía tener ganas de discutir—. ¿Puedo preguntar por qué?

—Porque retar a un inferior que no puede defenderse es algo bajo —dijo con desdén.

—Estoy de acuerdo, lo que pasa es que no creo que ninguno de mis empleados sea inferior a mí. Es gente que trabaja tanto conmigo como para mí, y de ambas partes hay que dar y recibir. Su cargo puede hacerla parecer una subordinada, pero creo que los dos sabemos que usted tiene un grado de autonomía que le da una posición de autoridad. No me sorprendería que, en lo que se refiere a Whitefield, usted me considerara su inferior.

Vanessa lo miró con aire culpable y él se tranquilizó un poco.

—En cuanto a lo de defenderse —continuó Benedict con una mirada respetuosa—, creo que acaba de demostrar que es capaz de hacerlo. Me ha regañado justificadamente por mi actitud —caminó hasta la ventana desde donde se veía el patio de la cocina—. Desgraciadamente, no le puedo prometer que no lo volveré a hacer. Mi estado de ánimo ha estado muy variable últimamente. Quizá esté pasando por una crisis de edad.

Vanessa se estaba divirtiendo tanto con su depresión que se atrevió a decir:

—Encontré un bastón en el ático la semana pasada, señor Savage. ¿Quiere que se lo traiga?

—¿Ahora quién está siendo provocadora? —se dio la vuelta y esbozó una pequeña sonrisa—. Supongo que usted espera su cumpleaños con entusiasmo. Espere a que cumpla los treinta, entonces cambiará de opinión. Me sorprende que alguien tan joven se preocupe por la historia.

—Es interés, no preocupación. Y no soy muchos años más joven que usted.

—Una década —nuevamente demostró su impresionante memoria para los detalles—. Todavía está en edad de mirar hacia el futuro ingenuamente.

—Podemos aprender mucho del futuro con los hechos del pasado —dijo Vanessa orgullosa—. No soy la persona más joven en la sociedad de historia, incluso tenemos miembros que son niños de primaria. Y nunca he sido ingenua.

—Estoy seguro de que era completamente inocente hasta que llegó a la adolescencia. Debió costarle más trabajo acostumbrarse que a la mayoría de las chicas. Me imagino que le harían burla por su estatura y que todo el mundo la trataba como si fuera más madura para su edad.

Vanessa se le quedó mirando sorprendida por aquella extraña descripción de su pubertad.

—No me mire así, Flynn; no es brujería, sino inteligencia. Lo adivino porque a mí me ocurrió todo lo contrario. Se burlaban de mí porque me desarrollé tarde, tanto física como intelectualmente. Casi tenía diecisiete años cuando me cambió la voz, era muy delgado y casi no tenía músculos y estaba en un internado privado en el que la fuerza física era el criterio principal para juzgar la posición de los compañeros. Por si eso no fuera poco, tenía astigmatismo, por lo que tenía que llevar gafas. Por otro lado, al ser rechazado me vi forzado a aprender el valioso oficio de eludir problemas, que a la larga es más útil en la vida que la capacidad de pisotear a los demás, ¿no cree?

Como Vanessa permanecía callada, sorprendida ante aquella nueva faceta de la compleja personalidad de su jefe, él continuó hablando.

—Ahora le toca decir: «Indudablemente, señor», con esa voz melosa que usa para aplastar mis pretensiones.

—Ni siquiera se me ocurriría —dijo Vanessa débilmente mientras se preguntaba por qué se estaría abriendo tanto justo cuando a ella le convenía que permaneciera siendo un misterio para ella.

—Bueno, en ese caso, ¿continuamos? —se dirigió a la puerta y le indicó que pasara primero—. ¿Podría hablarme más de los

residentes anteriores? Sus investigaciones los hacen parecer reales. ¿Nunca ha tenido curiosidad por hacer su propio árbol genealógico? El abogado me dijo que su madre es de Nueva Zelanda.

—Sí —Vanessa se vio obligada a responder—. Murió hace algunos años —justo antes de que el alboroto que se había armado por la muerte de Egon St Clair cayera sobre la inocente cabeza de Vanessa. Como la joven no había querido preocupar a su padre, que vivía sumido en una profunda tristeza, había cometido errores que habían acrecentado los terribles rumores que la familia St Clair había propagado.

—Lo siento. ¿Fue un accidente, o estaba enferma?

—Una enfermedad, pero fue muy repentino —a Vanessa no le gustaba que estuvieran hablando de temas tan personales—. Tengo algunas tías y tíos abuelos y algunos primos segundos, pero la mayoría viven en la isla del sur, y ahí es donde se encuentra la historia de la familia. Mi madre no volvió a tener contacto con ellos desde que se casó con mi padre y se fue a Inglaterra —lo que Vanessa había agradecido cuando se había ido a vivir allí. Lo último que quería era una familia curiosa.

Estaban llegando a la parte superior de las escaleras y Vanessa le iba a enseñar las reproducciones hechas a mano de parte de la barandilla cuando oyó el claxon de un coche en la entrada.

—Discúlpeme, iré a ver quién es —dijo Vanessa agradeciendo la interrupción.

—No puede ser para mí. Nadie excepto Dane sabe que estoy aquí… y mi secretario particular de Nueva York tiene instrucciones de no decírselo a nadie —la acompañó a la puerta y la abrió como si él fuera el mayordomo.

—Bonito coche —comentó mientras esperaban en las escaleras de piedra a que el conductor se bajara del Range Rover.

—Es Richard.

—¿El semental? —susurró Benedict mientras observaba al corpulento personaje que se acercaba a ellos.

—Tiene un semental —murmuró Vanessa, disimulando una sonrisa.

Normalmente Richard avisaba antes de ir y, si lo hubiera hecho aquella mañana, Vanessa lo hubiera puesto sobre aviso. No podría haber escogido un peor momento para aparecer.

Se acercó a él para darle la bienvenida.

—Hola, Richard, no esperaba verte tan pronto. Antes de que pudiera contestar, Benedict Savage se interpuso, tendiéndole la mano.

—Hola. ¿Wells? Estaba comentando que no creía que nadie supiera que me encontraba en casa.

—He venido a ver a Van —Richard sonreía mientras se estrechaban las manos—. Anoche me dio a entender que usted no volvería hasta dentro de varios días.

Vanessa estaba angustiada. En el estado de ánimo en el que Benedict se encontraba, y que él mismo había confesado, no era posible que hiciera ningún comentario gracioso.

—Me está comenzando a gustar el lugar —fue lo único que dijo —. ¿Quiere pasar? Estábamos recorriendo la casa y a punto de tomar un descanso para tomar café.

Por supuesto, sería Vanessa la que tendría que servirlo. Además, el comentario de Benedict había dado a entender una familiaridad que no existía.

—No, gracias —Richard movió la cabeza—. Sólo he venido a dejarle algo a Van —sacó un pequeño frasquito de perfume—. Se te debió caer en el coche cuando sacaste las llaves.

Vanessa tuvo que hacer un esfuerzo para no arrebatárselo. En cuanto Benedict Savage lo oliera, recordaría la fragancia de su fantasma.

—Gracias, Richard —se lo metió en el bolsillo de la blusa—. Pero no tenías que haber venido para traerlo.

—No lo he hecho —dijo con su tranquilidad habitual—. Voy al veterinario y de todas formas tenía que pasar por aquí. También quería pasar a preguntarte cómo te encontrabas. ¿Ya no te duele la cabeza?

—Estoy bien, gracias —Vanessa se dio cuenta que Benedict la observaba.

—¿Se encontraba mal anoche? —Benedict parecía irritado—. Podía haberme pedido el día libre.

Richard sonrió.

—Vanessa ayer bebió demasiadas copas de champán.

—¿Sí? —por primera vez Vanessa se arrepintió de la encantadora franqueza de Richard—. ¿Estabais celebrando algo?

—La venta de un semental… y el placer de estar en compañía de una mujer tan hermosa, claro —añadió Richard.

—Claro —repitió Benedict secamente y Vanessa lo miró—. Espero que no le importe quedar en segundo lugar —dijo tranquilamente, confirmando así que se estaba burlando de ellos.

—Me halaga que a Richard le interese compartir el éxito conmigo. Su semental se está ganando la fama de producir los mejores caballos de esta zona.

—¿Quiere decir que debo esperar que mi mayordomo vuelva a cuatro patas cada cierto tiempo? —repuso Benedict.

—No llegué a cuatro patas —protestó Vanessa—, sólo estaba… —buscó la palabra adecuada.

—Cansada —continuó Richard por ella—. Van es muy callada cuando se emborracha.

—¿No canta? ¿No arma escándalos? ¿No baila encima de las mesas? —Benedict le sonrió a Richard y éste por su bondad, cayó en la trampa.

—No debería haber permitido que se bebiera la mayor parte de la segunda botella —confesó, con una sonrisa de complicidad masculina—. Pero como yo iba a conducir dijo que era responsabilidad suya que yo no bebiera más. ¿Qué podía decir yo? Claro que eso fue antes de que ella comenzara a ver el lado gracioso de la situación. Me temo que tuve que sacarla en cuanto le entró el ataque de risa.

—¿Ataque de risa? —Benedict arqueó una ceja.

Vanessa estaba rígida como una piedra, temía que Richard continuara hablando.

—Creo que ahora sí me duele la cabeza, Richard —dijo con firmeza.

—Tengo que irme ya —contestó él captando la indirecta.

—¿Está seguro de que no quiere pasar? Podemos hablar mientras Van se toma una aspirina.

—En otra ocasión. ¿Se va a quedar mucho tiempo?

—No estoy seguro. Depende —Benedict respondió con su típica discreción, y después sorprendió a Vanessa al añadir—, estoy pensando en dividir la parte superior y contratar a un gerente para que administre el hotel. No supondría mucho problema incluir algunas alteraciones estructurales, y no se necesitaría demasiada

inversión. Es posible que pronto me quede aquí permanentemente, Wells. Un hombre de mi edad ya tiene que pensar en establecerse.

—¿Por qué le ha dicho eso? —preguntó Vanessa cuando Richard se hubo marchado.

—Porque creo que su idea es buena —y después comentó con sarcasmo—: Veo que ustedes se atraen mutuamente. Hacen una buena pareja, negativo y positivo, claro y oscuro; un dios terreno y una diosa de la risa. ¡Sus hijos serían unos titanes de pura sangre! ¿Continuamos con la zona de servicio?

Se dio la vuelta, dejando a Vanessa con la boca abierta y furiosa por su insultante atrevimiento.

Capítulo 5

UNA semana más tarde, Vanessa se sentía como si un camión la hubiera atropellado. Sólo podía culparse a sí misma. Sabía que su jefe no soportaba estar sin nada que hacer durante más de unas horas. Aunque hubiera decidido que necesitaba tomarse unas vacaciones, en realidad no las quería. Se había dado cuenta después de observarlo ir y venir y cuestionar todo lo que ella hacía o planeaba hacer. Benedict se estaba rebelando contra la sutil reglamentación de su vida profesional y la sugerencia que Vanessa le había hecho de manera impulsiva le había brindado el reto perfecto.

Desgraciadamente, el método que Benedict usó para cumplir su capricho personal resultó ser tan serio, tan meticulosamente planeado y tan competitivo como todo lo que hacía. Primero, decidió que tenía que conocer todos los detalles de la historia de Whitefield y de su reconstrucción; incluso llamó a Robert Taylor para que le brindara asesoría especial, y leyó todos y cada uno de los informes de Vanessa. Después comenzó a rondar por la casa.

El Duesenberg ya había quedado en el olvido y no había nada que mantuviera a Benedict fuera de la casa. Vanessa tenía la sensación de encontrárselo cada vez que entraba en una habitación. Después de haber tenido libertad en Whitefield durante los últimos tres años, a la joven le resultó muy desconcertante tener que subordinarse a un poder superior y le gustó menos de lo que esperaba.

Ni siquiera podía continuar con su rutina diaria con tranquilidad porque Benedict la interrumpía constantemente pidiéndole información o consultas. Había sido difícil tratar de mantener las distancias entre ellos pues él había comenzado a disminuir la

formalidad, pero Vanessa había conseguido hacerlo, aunque la paciencia se le estaba agotando.

En cuanto a los intentos de Benedict de tratarla como a una igual, ella sabía por experiencia que no debía confiar en los jefes jóvenes y ricos, por muy buenos que parecieran.

Kate Riley, que no vivía ahí y sólo tenía breves encuentros con su jefe, tenía una mejor opinión de la manera en que las cosas se estaban desarrollando.

—Está resultando sorprendente, ¿no? No es tan estirado como creíamos —comentó mientras tomaban el té, tres días después de su llegada.

Le había informado que prefería la comida casera a las sofisticadas comidas que le pedía a Vanessa para sus invitados; otro punto a su favor. Habiendo nacido y crecido en el campo, Kate no pensaba que un hombre fuera un hombre a menos que comiera una cantidad suficiente de carne y de patatas.

—Sabes, creo que el verdadero problema es que nunca ha aprendido a disfrutar de las cosas —continuó—. ¿De qué le ha servido tanto dinero? Prisas, prisas, prisas… con razón nunca habla, el cerebro de ese pobre hombre debe haber estado en constante confusión. Esta es la primera vez que viene sin su secretario, y mira qué bien le ha venido. Está tan contento como un niño, y se pasa el día recorriendo la casa. Ya se sabe, «de tal palo tal astilla».

—Era un pariente lejano del juez Seaton. No les encuentro ningún parecido —musitó Vanessa.

—Ya veremos —repuso Kate.

Vanessa tuvo que reconocer más tarde que compartía al menos una de las cualidades menos admirables del anciano juez: la terquedad.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo Vanessa aprovechando su altura para impedirle la entrada a su pequeña habitación.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que esconder?

Benedict había ido a la cocina a por un refresco e iba a inspeccionar las campanas que acababan de ser colgadas en la despensa y que todavía no habían sido conectadas. Vanessa estaba limpiando una vasija de plata, concentrándose en ignorar su presencia hasta tal punto, que no había sido suficientemente rápida cuando él había descubierto la puerta que estaba al fondo de la

despensa.

—Nada —respondió, aferrándose al picaporte de la puerta y tratando de cerrarla. Desgraciadamente, Benedict ya estaba demasiado cerca de ella—. Porque no hay nada que ver. Lo único que hay que hacer es arreglar el suelo y pintarla.

—Entonces no le importará que eche un vistazo.

—Nunca había querido verla —bajó el hombro cuando él trató de agacharse.

Benedict se enderezó y le dirigió una misteriosa sonrisa. Llevaba una camisa blanca y una chaqueta cruzada, tenía la mano metida en el bolsillo del pantalón y parecía relajado, pero se percibía la amenaza latente en la cercanía de su cuerpo y en su mirada fija.

—Nunca me había interesado —dijo simplemente—, Usted se quejó de que no me interesaba por la casa. Ahora que lo hago parece no gustarle. ¿Creía que podría ponerle limitaciones a mi interés? ¿Que podría defender su santuario? ¿Me está negando el paso a su habitación, Flynn?

Vanessa tragó con dificultad. Había actuado instintivamente y en ese momento se sentía como una tonta.

—¿Y si fuera así? —preguntó.

—Respetaría su derecho a la intimidad.

Benedict levantó la mano y se quitó las gafas. Vanessa lo había visto sin ellas y se sorprendió al ver cuánto cambiaba. Al igual que su risa, sin gafas su rostro parecía menos duro. Sus ojos brillaban con fuerza, ejerciendo sobre la joven un efecto ligeramente hipnótico. Vanessa se inclinó hacia adelante fascinada.

—A menos, claro, que cambie de opinión y se aparte —musitó Benedict y de repente la agarró por la cintura y dio la vuelta con ella como si pesara menos que una pluma.

Vanessa todavía se estaba preguntando qué había pasado cuando él se volvió a poner las gafas y entró en su habitación.

—Dios mío, veo que no puede divertirse mucho —dijo bruscamente, sorprendido al ver la cama individual, el escritorio lleno de libros y el enorme y feo armario estilo Victoriano que ocupaba casi todo el espacio de la habitación. La única ventana que había era pequeña y daba a la tapia del jardín—. Con dos personas aquí esto estaría a reventar.

—Es suficiente para mis necesidades —contestó Vanessa

nerviosa.

—¡Adecuado! —explotó, volviéndose para ver si pretendía ser sarcástica. No era esa su intención, lo cual pareció molestarlo todavía más—. ¿Es usted una masoquista? No me diga que fue idea del juez que viviera en este claustro. Le permitía tantas libertades como usted quisiera… lo mismo que yo. Sabe perfectamente bien que podía haber escogido cualquier habitación de la casa.

—Bueno —se estremeció—, como de todas formas no paso mucho tiempo ahí…

—Ah, comprendo. Así que ahora yo debería sentirme culpable porque usted trabaja tantas horas que no le queda tiempo para estar en su habitación.

—No es eso lo que he querido decir —empezaba a impacientarse —. Tengo bastante tiempo libre. Lo que pasa es que no me gusta pasarlo encerrada en mi habitación. Usted dijo que no quería que la casa estuviera cerrada como una tumba cuando no estuviera aquí, que la forma más eficiente de airear una habitación era usarla, así que eso es lo que hago. Cuando leo o coso, lo hago en una habitación diferente cada vez —se interrumpió cuando se dio cuenta de que estaba pisando un terreno peligroso. En cualquier momento le iba a decir el método que usaba para airear las camas de las dieciséis habitaciones, incluyendo la suya…

—Tiene pasatiempos muy caseros, Flynn —comentó y la joven frunció el ceño, preguntándose si la estaría insultando o si sólo era un comentario inocente—. Dada su insistencia en la igualdad entre sexos, yo hubiera creído que sus intereses presentarían un matiz menos femenino. Al menos ahora sé por qué estuve a punto de pincharme con una aguja de tejer en el sofá de la sala la mañana siguiente a mi llegada. Y me he encontrado varios ejemplares de *Vogue* y *Metro* entre los *Architectural Digest* en la biblioteca.

—Yo sólo estaba siguiendo sus órdenes —dijo la chica—. Siempre recojo mis cosas antes de que usted vuelva.

—Dejando las habitaciones tan solitarias como las de las revistas —musitó.

—Creía que eso era lo que quería, señor Savage.

—Quiere decir que eso es lo que suponía.

—Nunca se ha molestado en hacerme creer lo contrarío —señaló Vanessa fríamente.

—Probablemente porque yo mismo no me había dado cuenta de lo equivocado que estaba —dijo entre dientes. Se dio la vuelta para revisar la habitación—. Definitivamente tenemos que hacer algo con esta habitación.

—Ya le he dicho que está bien —Vanessa pensaba que estaba habiendo demasiados cambios en su vida a una velocidad creciente.

¿No podía dejar que se acostumbrara a un cambio antes de iniciar el siguiente? O al menos decirlos todos de una vez, para que pudiera completarlos y terminar con el asunto.

—Adecuado para la época Victoriana tal vez, pero no para ésta. No a todo el mundo le gusta lo espartano, Flynn. ¿No le da claustrofobia dormir aquí?

Desgraciadamente, en ese momento entró Kate Riley a la despensa para buscar una cazuela y se detuvo detrás de Vanessa.

—Lo mismo le digo yo, señor Savage, aunque ya sea una adulta, pero Van dice que no le importa dormir en un lugar tan pequeño. Aunque no duerme en esta cama tan pequeña muy a menudo, si tuviera que hacerlo todas las noches, entonces tendría otra opinión.

Desapareció riendo, y por segunda vez en varios días, Vanessa tuvo el privilegio de ver a su jefe quedarse con la boca abierta.

Pensó que todo se iba a descubrir y se sonrojó mientras él la escudriñaba con la mirada.

—Y yo que pensaba que usted llevaba una vida de encierro, sin emociones, lejos de las multitudes enloquecedoras —dijo Benedict —. Otro ejemplo del peligro de las suposiciones. Esa actitud remilgada y educada es engañosa. Debe de tener mucha fama cuando incluso la señora Riley acepta sus costumbres sexuales. Sin embargo, yo no pienso ser tan generoso. Cuando dije que podía traer amigos no le estaba dando una licencia para la promiscuidad.

—No soy promiscua… —empezó a decir Vanessa

—Bien. Espero que sea sólo la cama de Wells la que ocupe de vez en cuando —la interrumpió, y añadió peligrosamente—: Al menos espero que vayan a su casa porque mientras esté en mi casa está de servicio, y no le pago a nadie para que tenga relaciones sexuales…

—Richard y yo no tenemos relaciones sexuales —siseó furiosa.

—Lo siento, hacer el amor —se corrigió sarcástico,

—¿Cómo se atreve?

—La actitud remilgada y educada ya no va a funcionar, Flynn. Me atrevo porque soy yo el que paga, de modo que tengo derecho a establecer las normas del conducta. Mientras viva bajo mi techo yo soy responsable de su salud y su bienestar, y siempre he asumido mis responsabilidades con seriedad —la miró con los ojos entrecerrados—. Con razón ha estado tan tensa y tan nerviosa últimamente. Mi presencia obviamente está limitando su libertad, no puede… hacer el amor… tanto como acostumbra. Tenga paciencia. Me iré a Auckland a finales de semana, a una entrega de premios en un instituto de arquitectos. Me quedaré a dormir en el apartamento, así que tendrá oportunidad de atender a su amante. Pero recuerde las reglas: no me importa lo que haga en su casa, pero en la mía tiene que ser tan célibe como una monja.

Vanessa deseó echarle su hipocresía en cara, pero el impulso murió en el momento de nacer. Dejaría que confundiera la amistad y el cariño con el deseo físico, pensó mientras Benedict salía.

Obviamente ni siquiera se le había ocurrido pensar que podría estar enamorada de Richard, que podría ser una romántica cuyos sueños él acababa de ensuciar. Con razón él nunca se había casado. Lo más seguro era que no reconociera el amor aunque se lo encontrara frente a frente.

Y, para demostrarle que la opinión que tenía sobre su vida personal le resultaba completamente irrelevante, fue extremadamente educada con él durante el resto de la semana, pero logró el efecto contrario al que ella deseaba obtener. En lugar de perder interés, Benedict parecía deleitarse en probar los límites de su paciencia, metiendo comentarios personales en conversaciones aparentemente inocentes.

El viernes, cuando Vanessa ya estaba al borde de la histeria, lo vio irse a Auckland, sintiendo un inmenso alivio. Había soportado con éxito la mayor parte de sus manipulaciones. Pero aquella resistencia había tenido su precio. En una semana, Benedict había conseguido elevar su nerviosismo a un nivel al que no había llegado hacía años y ella recibió con gusto la oportunidad de tomarse un respiro, aunque breve, para reconstruir sus ya endebles defensas. Tal vez cuando volviera, ya se habría aburrido de aquel absurdo juego, y las cosas podrían regresar a la normalidad.

En cuanto el BMW salió por la puerta, Richard la llamó para

invitarla a cenar, y Vanessa aceptó con gusto.

Una noche tranquila y agradable con Richard era el antídoto que necesitaba contra la sobredosis de bromas de Savage. Como decidieron cenar tarde, Vanessa se tomó su tiempo para arreglarse; se cuidó como no lo había hecho en mucho tiempo, y hasta se pintó las uñas.

Se puso un vestido nuevo de crepé negro que le llegaba a media pierna, y decidió demostrarle a Richard que estaba lista para pasar de esos amistosos besos y abrazos a algo más intenso.

Se cepilló el pelo y después se lo retiró de la frente.

Se miró en el espejo que estaba colgado de la pared de su habitación, complacida por la manera en la que la tela flotaba alrededor de sus piernas. La parte superior iba ajustada al cuerpo desde la cintura hasta el cuello con treinta pequeños botones enlazados con lazos de satén. Le había costado mucho trabajo hacerlo, pero al final había valido la pena. Como llevaba los hombros desnudos, se echó un abrigo por encima antes de salir.

—Parece un poco tenebrosa en la oscuridad —comentó Richard cuando se alejaban de la casa.

Vanessa miró hacia atrás. Encallada en un pequeño valle cercano a la carretera principal, con las faldas de la región de Coromandel elevándose como fondo y, sin ninguna señal de vida detrás de la colina, la casa tenía un aspecto muy misterioso. La planta de la casa tenía forma de T, las zonas de la cocina y de servicio sobresalían en la parte trasera. La severidad de las paredes de piedra se suavizaba con los detalles de madera que había a lo largo y alto de los dos pisos. La casa descansaba en enormes pilares de piedra extraída de los bosques de la región. La luz que había dejado encendida en la entrada contribuía a enfatizar el aspecto sombrío de los edificios.

—Eso me recuerda al fantasma de Savage, ¿ya lo ha encontrado?

—¿Cómo te has enterado de eso? —Vanessa lo miró fijamente.

—Todo se sabe —sonrió.

Vanessa gruñó para sus adentros. Debería haberse imaginado que Bill Jessop no guardaría silencio. Se preguntó si Richard sospecharía el origen del engaño.

—Melissa dice que ha estado en las oficinas del periódico, revisando archivos de hace cien años. Dice que ha sacado fotocopias

de los artículos sobre el asesinato de Meg.

—¿Sí?

Vanessa reparó entonces en que Richard había visto a Melissa Riley. ¿Habría sido una cita, o sólo un encuentro casual? Como ella misma había insistido en que no estaba lista para una relación de pareja, nunca le había importado que Richard viera a otras mujeres. Para sorpresa suya, en ese momento tampoco le importaba, y se dijo que debería estar celosa de un hombre con el que estaba pensando en…

¿Pensando en qué? Ese era el problema, todavía no sabía lo que quería de él. Podía adivinar cuáles eran las intenciones de Richard hacia ella. Sin duda, acostarse con ella, pero también estaba convencida de que Richard pensaba en el matrimonio. Tenía más de treinta años y estaba listo para sentar cabeza. El problema era que no podía imaginarse a sí misma en la cama con Richard, mientras que le costaba trabajo pensar en estar fuera de la de Benedict Savage.

El restaurante estaba lleno. Tenía mucha fama por la excelente comida que servían a precios accesibles y era muy popular entre los residentes de la localidad.

Cuando Richard vio la carta de vinos, la miró y sonrió.

—¿Quieres champán, querida?

—¿Qué te parece si pedimos vino esta noche? Creo que voy a pedir carne.

—¡Bien! Pero sólo una botella esta vez, ¿te parece bien?

Vanessa lo miró enfadada mientras la camarera se retiraba.

—Ahora ella va a pensar que soy una borracha.

—¡Qué importa! Estás preciosa esta noche —clavó la mirada en el escote del vestido que Vanessa había dejado abierto hasta el busto para darle un toque más informal.

—Bueno, muchas gracias —contestó, intentando sin éxito emocionarse por la intensidad de su mirada—. Tú también estás muy bien.

Para su sorpresa, Richard se turbó visiblemente por aquel halago. La joven sintió una inmensa ternura por él. El bueno de Richard; no podía imaginarse una sola razón por la que no debería estar profundamente enamorada de él.

Por ese motivo estuvo coqueteando con él durante toda la cena.

Estaba esperando a que le llevaran el postre mientras bebía un trago del suave vino australiano que habían pedido, cuando de repente se atragantó.

—Van, ¿estás bien?

—Sí —musitó.

Vanessa tosió y pestañeó para secar las lágrimas de sus ojos. ¡Era una ilusión, tenía que serlo! Pero entonces el hombre que estaba hablando con la camarera se dio la vuelta. Era Benedict Savage, el que supuestamente estaba en Auckland. ¡Dios! Vanessa miró a su alrededor. La camarera se había llevado las cartas al tomarles la orden y ni siquiera había un centro floral encima de la mesa para esconderse.

—Van, ¿qué te pasa? Parece que has visto a un fantasma.

¡Otra vez esa palabra! Vanessa logró sonreír. Afortunadamente Richard estaba frente a ella, de espaldas al vestíbulo. Con un poco de suerte, la camarera le diría a Benedict que el restaurante estaba lleno y él se iría. La cocina cerraba a las once, y estaban cerca de esa hora, aunque el restaurante no cerraba hasta las doce y la gente aprovechaba al máximo la velada para tomar café o bailar en el salón de al lado, donde la esposa del chef tocaba el piano. De todas formas, nadie podía entrar sin haber hecho una reserva previa. Pero si Richard lo veía, lo reconocería, lo saludaría con su amabilidad habitual e incluso hasta lo invitaría a sentarse con ellos.

—Me he atragantado con el vino —contestó Vanessa.

Cuando Benedict alzó la cabeza para mirar por encima del hombro de la camarera, Vanessa tiró el tenedor con el codo y se agachó a recogerlo.

—Oh, perdóname —mantuvo la cabeza debajo de la mesa mientras fingía recuperar el tenedor.

El corazón le latía a toda velocidad al tiempo que se felicitaba por sus rápidos reflejos.

—No te preocupes, Van. Pediré otro. De todas formas no puedes usar el que se ha caído al suelo —demasiado tarde, Vanessa comprendió que había sido un error tirar el tenedor. Richard ya estaba llamando a la camarera—. Disculpe, Kylie, ¿podría traerme otro tenedor?

Todavía medio agachada debajo de la mesa, Vanessa era sorda al murmullo de las conversaciones y al discreto tintineo de los vasos

y los cubiertos de los parroquianos. Lo único que podía oír eran los pasos de Benedict, que se acercaban rápidamente hacia ellos.

—Gracias. Déjalo, Van. Kylie ya ha traído otro.

Vanessa estaba empezando a levantarse con recelo cuando oyó que Richard se levantaba y saludaba.

—Hola, Savage. ¿Qué está haciendo aquí? Creía que iba a estar en Auckland esta noche, en la entrega de algún premio.

Vanessa se quedó helada. Abrió los ojos y vio los zapatos impecables que estaban a un lado de la pata de la mesa. Los zapatos que ella misma había limpiado la noche anterior.

—Sí, ahí estaba. Pero he decidido volver antes de lo planeado.

—Supongo entonces que viene de allí. ¿No le han dado el premio? No lo culpo por haber salido antes si no tiene nada que celebrar. Pero si ha venido a tomar una copa antes de irse a la cama, aquí no va a poder hacerlo; no tienen barra.

—Me acabo de enterar —hizo una pausa, y después continuó con cinismo—. No me gustaría parecer indiscreto, pero lo que su compañera esté haciendo debajo de la mesa, parece estarlo haciendo a conciencia. Esto, supongo que es una mujer.

—Sí viera su vestido no lo preguntaría —contestó Richard tomándoselo a broma—. ¿No te has quedado sin aire ahí abajo, querida? —dijo con un deje de diversión en la voz.

Todo aquello era tan humillante, pensó Vanessa mientras se enderezaba con el tenedor en la mano. Sabía que tenía la cara roja y que el pelo le caía sobre la cara. Estaba segura de que Benedict sabía quién era ella y que había hecho aquel comentario para avergonzarla.

Cuando por fin Vanessa se encontró con la mirada burlona de Benedict, tuvo que sufrir la humillación de ver cómo la desviaba divertido hacia su escote. Pero la diversión de Benedict desapareció cuando se fijó en la cascada de pelo de Vanessa.

—¿Flynn?

—Hola, señor Savage; me alegro de verlo por aquí —intentó esbozar una sonrisa.

Benedict la miró fijamente, y el color de sus ojos se transformó de azul a gris oscuro cuando se inclinó hacia atrás para ver mejor el pelo, que le caía a Vanessa por los hombros.

La chica presintió la llegada de una inminente explosión.

Capítulo 6

FUE Richard el que, sin saberlo, desactivó la bomba.

—¿Por qué no se sienta con nosotros a tomar una copa? —sugirió—. Van y yo estamos esperando el postre. Estoy seguro de que no le dirán nada ya que es nuestro invitado. Después de todo, no creo que vaya a ocasionar usted ningún problema.

—¿Por qué no? A menos que Van tenga alguna objeción. ¿Van…?

La joven deseó que dejara de llamarla de aquella manera.

—¿Por qué habría de tenerla? —se aventuró a preguntar.

—No lo sé… sentimiento de culpa tal vez.

—¿Culpa? —¿por qué no acababa de sentarse en vez de continuar de pie a su lado? Había una silla a un lado de Richard. No podía permitir que la asediara con la vieja táctica de quedarse de pie—. No tengo nada por que sentirme culpable —mintió.

—¿No? Me ha dejado llegar solo a una casa fría y solitaria.

Su actitud burlona hizo que el corazón le diera un vuelco.

—No sabía que iba a volver hoy. Pero de todas formas he dejado una luz encendida y la calefacción puesta —adoptó un tono conciliador.

—Pero no ha hecho nada por remediar la soledad de la casa —para su sorpresa, Benedict no se sentó al lado de Richard, sino que se sentó en un taburete, al lado de ella—. A menos, claro, que tenga en mente a mi cortesana fantasmal. Lo siento, Flynn, quiero decir, actriz… Por cierto, tiene usted un pelo precioso —continuó diciendo con la misma tranquilidad.

—¿No cree que tiene un aspecto muy diferente con el pelo suelto? —comentó Richard afablemente.

—Muy diferente. Tanto que casi no la he reconocido —dijo

Benedict.

Vanessa no apartaba la mirada de Richard, por miedo a encontrarse con la de Benedict.

—Si hiciéramos una analogía ecuestre, Wells, ¿cómo llamaría a ese color? ¿Palomino dorado?

—Los palominos tienen la piel dorada pero la crin la tienen siempre de color crema o blanca. El color de pelo de Vanessa definitivamente es bayo —Richard rió.

—Estamos en un restaurante, no en un establo —los interrumpió Vanessa, tan enfadada con Richard como con Benedict—. Si ha llegado sediento, ¿no debería pedir una copa?

Se hizo un breve silencio.

—¿Me está hablando a mí? No me había dado cuenta, no me está mirando —le susurró al oído y ella se vio obligada a volver la cabeza y a sostenerle la mirada.

¿Le estaría tendiendo una trampa o estaría ella interpretando mal sus palabras inocentes?, Se preguntó Vanessa desesperada. Benedict no había visto la cara de la joven que se había encontrado en su cama, de modo que no podía saber si era ella.

—Permítame invitarle a la copa. Va a ser más fácil si la añaden a mi cuenta —Richard interrumpió el duelo silencioso con su generosidad habitual—. ¿Qué quiere? ¿Un whisky?

Benedict asintió con la cabeza y Richard llamó a la camarera.

Benedict, que no había retirado la vista de Vanessa, bajó la voz para que sólo ella lo pudiera oír.

—Me pregunto si ese pelo es tan suave como parece —mientras hablaba, le acarició delicadamente la cabeza. Vanessa estuvo a punto de caerse de su asiento. Tenía los nervios a flor de piel—. Lo siento, ¿la he molestado? —musitó.

—No —Vanessa apretó los dientes. «No puede probar nada», se repitió nerviosa. Lo único que tenía que hacer era mantenerlo a distancia hasta que llegaran a casa, o incluso hasta el día siguiente.

—Mmm, es más suave de lo que parece —aquella vez hundió los dedos en su pelo y le apartó un mechón de los hombros. Con los nudillos rozó su piel desnuda y Vanessa se estremeció—. Y queda muy bien con su vestido negro y su piel blanca. Tiene una sorprendente variedad de colores; casi parece dorado a la luz de la vela. Y es tan suave y esponjoso…

Se inclinó hacia ella mientras continuaba jugueteando con su pelo. A Vanessa se le aceleraba el corazón cada vez que Benedict hacía una referencia a su pelo.

—¿Le importaría? —alzó la mano para apartar la mano de Benedict y se dio cuenta de que todavía sostenía el tenedor en la mano.

Resistió la tentación de clavárselo, se enderezó y sacudió la cabeza para que el pelo le cayera por la espalda. Dejó el tenedor en el mantel y comenzó a juguetear nerviosamente con él mientras trataba de pensar en algún tema inocente para comenzar una conversación.

Cuando reunió valor para mirarlo de reojo, vio que él estaba observando sus uñas cuidadosamente pintadas. Deseó que no advirtiera que estaba temblando, cerró las manos en un puño y se quedó helada cuando Benedict vio el anillo que llevaba en la mano derecha.

—Qué bonito anillo. ¿Es de plata y jade?

—Sí, lo hizo un joyero de un pueblo que está cerca de Coromandel —balbuceó y abrió la mano para enseñarle el anillo. «Artesanos locales», se dijo, no podía haber una conversación más inocente—. Esta región es famosa por la cantidad de artistas y artesanos…

—Es un diseño muy poco común. Casi se podría decir que es único.

Había algo extraño en su voz, una nota de regocijo, que puso a Vanessa en guardia. De pronto recordó que llevaba ese mismo anillo la noche que había terminado en la cama de Benedict.

—No sé, probablemente los hace por docenas para los turistas —dijo tratando de reír.

Pero ahí estaba Richard para aclarar las cosas.

—No a esos precios, Van —dijo después de haber pedido la copa—. Te acompañé a comprarlo la primavera pasada, ¿recuerdas? Te parecía muy caro hasta que la mujer te dijo que sólo hacía uno de cada modelo.

—Es como llevar una placa de identificación en el dedo —musitó Benedict con malicia.

Vanessa ya no pudo más y alzó la mano a la defensiva.

—Señor Savage, yo…

Benedict le atrapó la mano con fuerza y se la dejó de nuevo en la mesa.

—Su postre acaba de llegar con mi copa. Tiene un aspecto delicioso.

Vanessa observó la crema de chocolate que tenía frente a ella. Lo que quince minutos antes le había parecido apetitoso, en ese momento le daba náuseas.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene indigestión? —preguntó Benedict.

«Te he atrapado», parecía estar diciéndole con la mirada, y como un autómata Vanessa tomó la cuchara.

Benedict interceptó la cuchara y la guió, no a su boca, sino a la de él.

—Mmm, whisky y chocolate, una combinación excelente…

Vanessa observó hipnotizada cómo abría la boca y se metía en ella la cuchara, creando con aquel simple gesto un efecto increíblemente erótico. Cuando soltó la cuchara, Benedict se pasó la lengua por los labios. Ante aquella demostración de sensualidad, Vanessa no pudo evitar pensar en cómo serían sus besos. ¿La habría lamido con tanta delicadeza y con tanta sensualidad como lo estaba haciendo con el chocolate? Un cosquilleo le recorrió la espalda e imitó sus movimientos de manera inconsciente. Alzó la mirada y se encontró con la de él. Con aquella mirada, Benedict le demostró que lo sabía todo y ella deseó que la tierra se la tragara.

Se dio cuenta de que se estaba sonrojando y buscó con la mirada el apoyo de Richard, pero él estaba tranquilo, disfrutando de su pastel de manzana, sin darse cuenta de la tensión que reinaba en la mesa.

Nerviosa, volvió a mirar a Benedict. Parecía querer estrangularla, pero había también en sus ojos un brillo triunfal que indicaba que estaba pensando en algo menos dramático que la muerte para ella.

—Señor Savage…

Benedict esbozó una sonrisa.

—Llámame Ben, por favor… después de todo, no estás trabajando, y eso nos convierte en iguales. Además, tanta formalidad parece una tontería dadas las circunstancias, ¿no crees, Vanessa…?

—Yo…

—Una cucharada no es suficiente, ¿puedo tomar un poco más?

La estaba mirando a la boca y Vanessa lo observó a su vez ofendida.

—El mousse de chocolate, Nessie —le aclaró Benedict, llevándole la mano con firmeza al plato mientras que con el antebrazo le rozaba el pecho. Cuando la joven llenó la cuchara, él se la llevó de nuevo a la boca, Vanessa soltó el mango de la cuchara y observó aliviada que Benedict le soltaba la mano para tomar él mismo la cuchara.

—Puede comérselo todo —dijo la joven y empujó el plato en su dirección—. Y por favor no me llame con ese ridículo apodo.

Benedict arqueó una ceja, fingiendo no haber comprendido aquel comentario.

—¿Apodo? ¿Quieres decir Van? Sí, tengo que reconocer que no es muy bonito.

Richard alzó la vista al oír aquel nombre y frunció el ceño preocupado al ver que Vanessa estaba irritada,

—¿No te gusta? Yo te llamo así… ¿por qué no me lo has dicho?

—No, me refiero a Nessie, y él lo sabe —Vanessa hizo un esfuerzo para no dejar que el resentimiento contra Benedict la llevara a tratar mal a la única persona inocente de la mesa— Me parece un nombre más adecuado para una vieja niñera.

—Yo estaba pensando en el monstruo del lago Ness —contestó Benedict, divertido, y siguió con el postre—. Ya sabes: misterioso, evasivo, y aparece cuando menos uno lo espera…

—Me parece que no son buenas cualidades para un mayordomo, Savage —bromeó Richard.

—Al contrario, eso la convierte en la mejor. «El servicio más noble viene de manos desconocidas, y el mejor sirviente es el que hace su trabajo sin ser visto».

— ¿Ovidio otra vez? —Richard demostró que su memoria estaba más despierta que sus celos.

—Oliver Wendell Holmes. Estoy seguro de que esta cita aparece en los mejores manuales para mayordomos, ¿no es así, Vanessa?

—Pues sí, justo al lado de la que dice que pocos hombres son admirados por sus sirvientes: «Más de un hombre ha sido excepcional para el mundo, pero su esposa y mayordomo no han visto nada notable en él».

Benedict sonrió.

—Creo que prefiero ser excepcional para mi esposa y pasar desapercibido ante el mundo. Un romance es algo mucho más apetecible.

—Supongo que no lo dice en serio, ya que usted no está casado —atacó a su vez.

—No, de momento no. Así que sólo me quedan los mayordomos para practicar, ¿no es así? Dime Vanessa, ¿hay algo en mí que le inspire admiración?

¿Qué pretendía? ¿Estaría esperando que dijera que le parecía que era un amante maravilloso?

—¿Tal vez que se limpia usted solo los zapatos? —aventuró con falsa dulzura.

—De hecho, estaba pensando en algo más desafiante —puso una cara amarga—. Estoy seguro de que se le ocurren cosas más estimulantes que puedo hacer con las manos —replicó con una inocencia diabólica, y aquella vez logró que ella se sonrojara. Sonrió como un gato satisfecho—. Sabe, Richard, Vanessa y yo tenemos una relación que funciona muy bien para ambos, así que, si estaba intentando generar desconcierto para conseguirse su propio mayordomo, le ha salido mal.

—Me gusta pensar que no necesito generar descontentos para estar con Vanessa —Richard le sonrió a Vanessa con orgullo.

—Y para mi satisfacción, me siento obligado a señalar que yo soy el primero en recibir sus leales y devotos servicios, y en honor a la verdad, puedo decir que es la criatura más atenta que he tenido a mi servicio. De hecho, su anhelo por complacerme le da un nuevo significado a la frase: «fue el mayordomo».

Su audacia dejó a Vanessa sin habla.

—Su insistencia en hacer las camas, por ejemplo —continuó Benedict—. Yo creía que ese tipo de cosas estaba en contra del código de los derechos de los mayordomos, pero parece que Vanessa inventa sus propias reglas a medida que las necesita.

—Creo que a eso se le llama flexibilidad —Richard se rió—. ¿Así que aprueba su juego de cambiar de cama? Cuando me lo contó, yo pensé que estaba loca, pero después he llegado a pensar que tiene sentido.

—¿En qué sentido? —Benedict suspiró.

—Pues a mí no me gustaría cambiar de cama cada noche pero, como Van dijo, ella siempre ha vivido en casas ajenas y nunca ha podido sentirse atada al lugar en el que duerme. Y creo que no hay mejor manera de airear una habitación. Yo vivo en una casa bastante grande y mi madre se queja a menudo de lo difícil que le resulta librarse de la humedad que se acumula en las habitaciones que no se usan. Le dije que debería probar el método de Van, pero ella cree que sería como vivir en un hotel. Claro, Van dice que eso es exactamente lo que ella está haciendo.

Richard soltó una carcajada y Vanessa sonrió débilmente cuando sintió la escrutadora mirada de Benedict sobre ella. Ya tenía la explicación que quería. Y sin que ella hubiera dicho una sola palabra.

—Vanessa puede ser muy ingeniosa, aunque su sentido del humor a veces deja mucho que desear —repuso Benedict después de una larga pausa, pero Richard ya estaba pensando en otra cosa.

—Van, ahí está Nigel Franklin, ¿recuerdas que te he dicho que quería hablar con él sobre una yegua que me va a enviar mañana? ¿No te importa? No tardo…

—Pero… —a Vanessa no le apetecía nada quedarse sola en un momento tan crítico.

—Claro que no nos importa —la interrumpió Benedict—. No se preocupe, Richard, sé como mantener a Vanessa ocupada.

Vanessa lo observó marcharse.

—Tal vez no hagáis tan buena pareja como yo creía. ¿No es un poco torpe?

—No, sólo es un hombre sencillo —contestó a la defensiva.

—Comprendo… quieres decir aburrido.

—¡No es aburrido!

—Tal vez no lo sea debajo de la mesa, pero, ¿quién soy yo para juzgar?

—¡Estaba buscando mi tenedor! —se irguió furiosa.

—Te estabas escondiendo de mí —dio un trago a su whisky.

—¿Me culpa por eso? —ya no intentó negarlo—. Sabía que usted no podría resistirse a… resistirse a… —enmudeció al ver que arqueaba las cejas.

—¿Esperar a que reconociera la verdad?

—¡No! —su frialdad la enfureció—. ¡A arruinar mi velada con

Richard!

—¿Es eso lo que estoy haciendo?

—¡Sí!

Benedict esbozó una maliciosa sonrisa.

—¿No crees que merecías un castigo por haber mentido?

—No mentí… casi —titubeó.

—Ambos sabemos que eso es mentira. Has tenido bastantes oportunidades de sacarme de mi error y no lo has hecho. Al contrario, incluso sugeriste esa ridícula historia sobre el fantasma para ocultar la verdad. Me has engañado de tal manera que he llegado a dudar de mis sentidos. Pero ha llegado el momento de corregir tus omisiones. Y más vale que lo hagas bien.

—¿Aquí? —miró nerviosa a su alrededor. Las mesas no estaban muy separadas y había mucha gente que la conocía. Su conversación ya había atraído algunas miradas curiosas y odiaba la idea de convertirse en objeto de rumores.

—Has tenido la oportunidad de hacerlo en privado, y la has desperdiciado —dijo sin compasión—. ¿Cuántas veces puedo esperar encontrarte en mi cama?

—¡Por amor de Dios! Baje la voz —dijo Vanessa con un hilo de voz.

Para su asombro, Benedict bajó la voz inmediatamente y se acercó a ella para que pudiera oírlo.

—¿Por qué simplemente no me explicaste tu rutina nocturna nómada? No te importaba que todos los demás lo supieran. ¿Creías que yo no sería capaz de comprender lo que hacías? ¡Por el amor de Dios, más bien te hubiera felicitado por cuidar tan bien de mi propiedad!

—No es tan sencillo —siseó Vanessa.

—¿Por qué? ¿Porque yo pensé que eras una prostituta cara? Deberías haberte sentido halagada, Flynn.

—Esa es una respuesta típicamente masculina —dijo furiosa— ¿Cree que yo debería envidiar a una mujer que vende su cuerpo a desconocidos? ¿Cree que las prostitutas hacen lo que hacen por placer? —preguntó asqueada.

No era la primera vez que se sentía despreciada. El desdén de Benedict hacia que se abrieran las cicatrices de esas viejas heridas.

Benedict la miró profundamente a los ojos. Su enfado se mitigó

al ver la tristeza de Vanessa.

—Lo siento —le pidió con amabilidad—. He dicho una estupidez. Pero no estaba hablando en serio.

Sus palabras no la tranquilizaron. En su interior todavía estaba tratando de luchar contra el sentimiento de desprecio.

—Yo nunca me prostituiría —negó con firmeza—. Por nada ni por nadie… por ningún dinero.

—Lo sé.

Benedict ya no estaba enfadado, pero había una fría determinación en su mirada.

—Pero no puedo negar que esa es una fantasía masculina bastante común —continuó Benedict con franqueza—, el ser seducido por una hermosa desconocida que desaparece convenientemente después, puro placer y nada de responsabilidad. En la vida real sabemos que no es así, pero no tenemos que preocuparnos por eso cuando tejemos nuestras fantasías. Después de todo, la fantasía es la forma más segura de sexo. Estoy seguro de que la mayoría de las mujeres tienen la misma fantasía.

—Yo no —lo interrumpió Vanessa.

—¿No? ¿Cuál es tu fantasía sexual favorita, Vanessa? —apoyó la barbilla en la mano y la miró atentamente.

—No es asunto suyo —respondió, inflexible, perpleja por aquel cambio de táctica. Si lo que pretendía era que bajara la guardia, lo estaba haciendo muy bien.

—Lo es si yo formo parte de ella —se burló.

—¡Qué ridículo! —explotó Vanessa y él se rió.

—Entonces debiste sentirte desilusionada cuando despertaste en mis brazos.

—Pero no me desperté en sus brazos, ¿o sí? —repuso Vanessa con amargura—. Si yo tuviera una fantasía, seguramente no sería la de ser perseguida por un Lucifer sin escrúpulos.

—En el estado en el que me encontraba, no creo que tuviera mucho que ver con un amante demoníaco —musitó.

¿Querría decir que, llevado por el deseo, todo había terminado rápidamente? Eso la preocupaba todavía más. Vanessa se había castigado una y otra vez pensando que Benedict había disfrutado de su cuerpo indefenso a sus anchas. Daba vueltas en la cama por las noches, acosada por aquellos vergonzosas sospechas.

—Claro que esa palabra no es muy normal: Lucifer —susurró, pensativo—. ¿Estás segura de que no la estás confundiendo con otra cosa?

—Yo sé lo que quiere decir Lucifer —respondió Vanessa. ¡Encima la estaba llamando ignorante!

—También yo… así que me consideras un demonio sin escrúpulos. ¿Me estás acusando de haber hecho el amor contigo mientras dormías?

—Yo había bebido, supongo que lo notó: si no me hubiera encontrado en ese estado, no habría actuado de esa manera —por el rabillo del ojo pudo ver que Richard se alejaba de Nigel Franklin y de sus dos invitados.

—¿De qué manera? —insistió Benedict.

—Si lo supiera no estaría tan preocupada —lo miró, consciente de que Richard se acercaba a ellos.

—¿Preocupada por qué? —preguntó él mientras observaba cómo Richard caminaba entre las mesas, deteniéndose en algunas para saludar.

—Por amor de Dios, ¿qué le importa? —dijo y sonrió cuando Richard se acercó a la mesa.

—Te sorprendería —murmuró Benedict—. Pero tienes razón, este no es el lugar ni el momento. Estamos demasiado expuestos aquí. Lo que necesitamos es una excusa —alzó la voz y le tendió la mano—. ¿Bailamos? Antes de que la joven pudiera negarse, Benedict se inclinó, le tendió la mano y la condujo por los arcos hasta el salón adjunto mientras Richard los miraba sorprendido. La agarró con delicadeza, pero con firmeza, del brazo y le dio la vuelta para sostenerla contra él mientras comenzaba a moverse al ritmo de la música. Había varias parejas jóvenes bailando sueltos, pero Benedict los ignoró y adoptó un ritmo más convencional: apoyó una mano en el hombro de la joven y con la otra le sostuvo la mano.

—Pero yo no quiero bailar —protestó la joven y trató de librarse, empujándolo con la mano que le quedaba libre.

—¿Prefieres que invite a Richard a que oiga nuestras fascinantes confesiones?

—¡No se atrevería! —Vanessa se desplomó en sus brazos en una actitud que contradecía sus palabras desafiantes.

—¿Me estás retando?

Vanessa negó con la cabeza.

—¿No se siente mal, bailando con una mujer que es más alta que usted? —preguntó malhumorada.

—No. Así tengo una mejor vista de tus pechos.

Vanessa echó la cabeza hacia atrás, furiosa, y se sonrojó.

—No trates de hacer que me sienta pequeño, o mejor dicho, más pequeño de lo que soy —añadió con una timidez cautivadora—. No voy a dejar que me domines ni mental ni físicamente. Nos movemos bien juntos, ¿no crees?

—No —Vanessa apretó la boca.

Benedict introdujo la pierna entre las de ella mientras giraban.

—¿No te trae agradables recuerdos?

—¿Recuerdos? —repitió Vanessa sin darse cuenta.

—De cómo nos movimos juntos en la cama —la estrechó contra él hasta que sus senos le rozaron el pecho.

—¡Ya basta! —Vanessa trató de alejarse, pero lo único que logró fue que sus caderas se juntaran más.

—¿No recuerdas? —sus palabras se fundían con la música suave y sensual. Se rió y ella se enfureció—. Por eso no querías confesar… no sabías lo que tenías que confesar. ¿No sabes lo que hiciste aquel día, Vanessa? ¿Tan borracha estabas?

—No estaba borracha. No se de qué está hablando.

—Me refiero a que te despertaste y me encontraste desnudo sobre ti.

—¡No estaba sobre mí! —le clavó las uñas sin darse cuenta.

—No, tienes razón, casi todo el tiempo estabas tú arriba. ¿Así que sí recuerdas algo?

Benedict estaba disfrutando y, si Vanessa no hubiera estado tan nerviosa, se habría dado cuenta de que se estaba vengando de ella. Pero en aquel momento no podía pensar con frialdad.

—No recuerdo nada —tuvo que reconocer lo que él quería oír—. ¡Y tampoco quiero recordarlo!

—Mentirosa. ¿No quieres saber exactamente de qué tienes que avergonzarte? ¿Lo salvaje y desinhibida que fuiste en…?

—No —dijo furiosa—. Para mí todo fue un espantoso error. Lo reconozco, era yo. Estaba ahí, hice lo que usted dice que hice. Ahora que ya ha conseguido mi confesión, podemos dar por concluido el asunto —gruñó.

—A menos que estés embarazada.

—¿Qué? —gimió y se paró en seco en la pista de baile. Lo miró incrédula.

—¿Quiere decir que no…? ¿Ni siquiera…? —lo miró espantada —. Dios mío, no puedo creerlo —nunca se le hubiera ocurrido que un hombre tan prudente como Benedict Savage no hubiera tomado precauciones.

—Supongo que eso quiere decir que no tomas la píldora —susurró gravemente mientras la guiaba otra vez en el baile.

—¡Claro que no! —gimió lentamente.

—No está tan claro. Muchas mujeres prefieren cuidarse ellas mismas.

—Pero yo no era responsable de mis actos esa noche. ¡Usted debería haberse dado cuenta!

—¿Cómo? No se veía nada y lo que me susurraste al oído no era como para iniciar una conversación razonable.

—¿No pudo percibir el olor a vino en mi aliento? —preguntó Vanessa apresuradamente, avergonzada por sus propias palabras.

—No en el aliento, pero sí en el sabor. Pero era el mismo sabor de tu cuerpo. Cuando llegué a tu boca yo también estaba embriagado.

Vanessa apartó de su mente las imágenes que aquellas palabras evocaban.

—¿Cómo pudo arriesgarse tanto, con alguien que ni siquiera conoce?

—Ah, Dane me aseguró que estabas en excelente estado.

—¿Qué?

—Resultó que se refería al coche, ¿recuerdas? Pero en ese momento yo pensé que estaba hablando de ti, comprendes, así que…

—¿Así que no usó nada? ¿Cómo pudo? ¿No le importó que yo pudiera…?

—¿Quedarse embarazada? Me temo que estaba tan sorprendido cuando me metí en la cama y me encontré con un cuerpo caliente y deseoso que me esperaba, que perdí la cabeza. Y no me diste oportunidad de levantarme y…

—Dios mío —inclinó la cabeza y la apoyó en su hombro.

Benedict la estrechó con más fuerza. El único consuelo de

Vanessa era que le parecía muy poco probable que se hubiera quedado embarazada ya que estaba en el punto más bajo de su ciclo menstrual. Aun así, le quedaban largas semanas de incertidumbre.

—Si estás embarazada, supongo que Wells insistirá en que te hagan algunas pruebas.

—¿Qué? —levantó la cabeza.

—Para ver si el niño es suyo o mío —Benedict sonrió—. Después de todo, no creo que ninguno de los dos quiera el niño del otro. ¿Quieres que le pidamos su opinión cuando volvamos a la mesa?

A Vanessa se le enredaron los pies de nuevo. Benedict la pisó y se detuvo.

—Lo siento. ¿Quieres que volvamos con Wells? —se separó de ella y Vanessa reaccionó instintivamente.

—¡No! —casi se arrojó a sus brazos y se amparó en la seguridad del movimiento. No podía enfrentarse a Richard todavía, después de haber estado coqueteando tan descaradamente con él. Sintió un nudo en el estómago al pensar que Richard podría descubrir que había pasado una noche con otro hombre mientras que con él se había comportado como una virgen tímida—, No, la música todavía está sonando.

—Pobre Vanessa… —ni siquiera trató de disimular su placer—. Tienes una tormenta entre dos amantes.

—¡No somos amantes! —negó.

—¿Entonces qué adjetivo nos pondrías?

—¡Tampoco soy amante de Richard! —desgraciadamente, la inteligencia de Benedict era tanta como la contusión de Vanessa.

—¿Así que el semental no ha actuado para ti todavía?

—No es un semental —explotó.

—Parece que no —Vanessa sintió ganas de pegarle—, ¿Quién es el que se ha negado, tú o él?

—Richard y yo hemos tenido una relación maravillosa durante dos años —dijo secamente—. Que no esté basada en el sexo no quiere decir que no sea intensa.

—Mmm, debe de ser intensamente aburrida —estuvo de acuerdo, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar.

—Los dos somos precavidos —dijo, y después decidió tirar la precaución al viento—. De hecho es probable que nos casemos en un futuro no muy lejano. Se movieron en silencio durante unos

segundos.

Benedict la estudió concienzudamente con la mirada.

—¿Te ha pedido que te cases con él?

—Todavía no, pero… —se mordió el labio.

—Pero ahora que te has acostado conmigo te sientes culpable por no haberlo hecho con Richard y has decidido que ha llegado la hora de darle sabor a esa «relación maravillosa», ver si eres compatible sexualmente con él y decidir si te casas cuando te lo pida —adivinó con bastante exactitud—. ¿Es esa la razón por la que llevas un vestido tan sexy esta noche? ¿Es la señal que Richard esperaba? ¿Y eso dónde me deja? Supongo que en el papel de excitador, aunque yo creía que a esos los usaban para excitar a los sementales indecisos.

—¿Cómo te atreves? —farfulló. Le parecían repugnantes aquellas comparaciones.

—Es muy sencillo, mi querida Flynn —repuso arrastrando las palabras—. Sólo piensa en mí como en alguien que te ha hecho ahorrar tiempo y energía. Si no ha habido ninguna señal de combustión espontánea entre Richard y tú hasta ahora, entonces aunque le inyectes oxígeno la chispa no va a encender.

—Está hablando de sexo, no de amor.

—¿Lo amas?

Vanessa desvió la mirada.

—Vanessa, mírame —le soltó la mano para tomarla por la barbilla y obligarla a mirarlo a los ojos—, ¿Lo amas? —preguntó, tan serio y preocupado se quedó sorprendida.

—Yo… sí —tuvo miedo de haberse traicionado al dudar, y para disimular, continuó—: Supongo que ahora va a decir que si lo amara no lo hubiera traicionado con usted, por muy borracha que estuviera.

—No, no iba a decir eso —le acarició la comisura de la boca con un dedo—. No creo que tenga que decirte nada sobre tus sentimientos hacia Wells. Es la fuerza de tus dudas la verdadera traición, no lo que hayas o no hayas hecho conmigo.

—Ah, ahora cree que me conoce perfectamente —dijo, sarcástica.

—*Sé* que lo que necesitas es ser amada con locura, y creo que Wells no es el hombre indicado. Te va a decepcionar, Vanessa, y no

sólo en la cama.

—Maldito sea, ¿quién demonios se cree que es? ¡No tengo por qué soportar esto! —susurró Vanessa sorprendida por su capacidad para leer sus pensamientos.

—¿Estás pensando en dejar el trabajo, Flynn? —dijo cuando la música cesó—. No te lo recomendaría.

—¿Por qué no? —alzó la cabeza, con gesto desafiante.

—Porque si lo haces, yo me aseguraré que no puedas correr a los brazos de Richard —respondió en tono amenazador—. Creo que a él no le parecerá bien lo que has hecho conmigo.

—¿Quiere decir que se lo diría? —Vanessa palideció.

—No sólo a él. Ya sabes que ese tipo de noticias corren como la pólvora. Ya puedo imaginarme los titulares de los diarios si se enteraran de la verdadera identidad del fantasma de Whitefield Inn. ¿Volvemos con tu ardiente enamorado? Veo que no deja de mirar hacia aquí y no quiero que piense mal, ¿tú sí?

Capítulo 7

QUINCE minutos después, Vanessa, todavía aturdida, se metía en ese BMW de Benedict. Aunque por un lado se odiaba por su mansedumbre, se sentía incapaz de luchar contra aquel viejo sentimiento de impotencia que había vuelto a ella después de aquella última discusión en la pista de baile. Cuando volvieron a la mesa, Richard la había notado preocupada.

—Vanessa, ¿qué te pasa? ¡Estás blanca como el papel!

—Me encuentro mal —había contestado Vanessa—. Quiero irme a casa.

—Claro, voy a por la cuenta —Richard se había puesto de pie inmediatamente.

—No te preocupes, Wells. Yo la llevaré. No hace falta que hagas un viaje inútil. Despídete de Richard, Vanessa.

Incluso a través del velo del aturdimiento Vanessa había sentido la satisfacción del hombre que tenía a su lado. Benedict estaba disfrutando arruinándole a Richard el final de la velada.

—Buenas noches, Richard —había dicho mecánicamente.

Sólo cuando habían llegado al aparcamiento, Vanessa había conseguido reunir fuerzas suficientes para hablar.

—Mi abrigo…

—Lo recogeremos en otra ocasión. Está a salvo. Toma, ponte esto si tienes frío —le tapó los hombros con su chaqueta blanca, envolviéndola con su calor y aroma.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó cuando se subió él al coche y encendió las luces.

—Sí —respondió con la mirada fija en las luces que se desvanecían en la niebla.

—¡Por Dios, cambia de cara! ¡Si él te importa tanto, te llevaré de

nuevo al restaurante!

—¿Quién? —giró la cabeza.

—No te importa mucho, ¿o sí? —se rió al ver su expresión de asombro—. ¿En qué estás pensando entonces, Vanessa? ¿Qué ocultas? ¿O debería preguntar de qué te ocultas?

—No sé de qué…

—¡No! ¡No me mientas! —la interrumpió—. Ya ha sido suficiente. Sabes, siempre me ha intrigado por qué ocultas tu personalidad bajo todas esas capas de obediencia… «Sí, señor, no, señor». Y no trates de venderme la historia de que estás contenta con tu trabajo. Desde que el juez murió, has disfrutado controlando las cosas por ti misma durante demasiado tiempo como para abandonar tu independencia con tanta facilidad, ante mí o ante cualquier otra persona. Creo que estás comenzando a descubrir tu potencial. Esperas algo más de la vida, pero por alguna razón tienes miedo a buscarlo.

Vanessa estaba demasiado abatida para negarlo.

—No todo el mundo tiene el mismo tipo de ambición que usted, enfocada hacia un solo objetivo.

—La tenía —la corrigió—. Te alegrará saber que estoy diversificando mis intereses. Al menos, yo miro hacia el futuro y no al pasado para buscar soluciones. Por eso prefieres saturarte de historia, porque es algo seguro, ¿no es así, Vanessa? No hay sorpresas. La historia no puede herirte. Sólo lo que pasa en el presente puede hacerlo.

Vanessa rió con amargura, pensando en lo doloroso que podía llegar a ser el pasado.

Se llevó la mano a la garganta.

Los escándalos corrían como la pólvora… Con qué exactitud describía aquella frase la manera en que las mentiras volaban de boca en boca, como en el inocente juego de niños en el que se iba transformando un mensaje que terminaba convirtiéndose en un divertido disparate. Pero no había habido nada de inocente ni de divertido en los comentarios que se habían hecho sobre Vanessa. La intención había sido muy seria: destrozar su reputación y minar su credibilidad.

—Perdóname si te he asustado con esa estúpida amenaza. Te he hablado así porque estaba enfadado. Nunca te traicionaría de esa

manera. No me interesa el escándalo más que a ti. Puedes decirme cualquier cosa… lo que sea. No me asustaré.

Vanessa estuvo a punto de corresponder a aquella invitación tan amable. Estuvo a punto de flaquear, de confiar en él. Pero al ver la curiosidad que brillaba en sus ojos, se alejó instintivamente.

«No me asustaré». No, un hombre de mundo como él no se asustaría, pero aquella sórdida historia todavía tenía el poder de alarmar a Vanessa, de hacer que se menospreciara a sí misma y se sintiera vulnerable.

—Me encuentro mal —dijo entre dientes.

—Vanessa…

—Si no me lleva pronto a casa, probablemente voy a vomitar en el coche —dijo con amargura y Benedict puso el motor en marcha.

—No creas que esto ha terminado aquí, Flynn —la amenazó.

—Decídase —susurró.

—¿Qué quieres decir?

La joven se arriesgó a mirarlo.

—Me llama Vanessa cuando quiere algo, y Flynn cuando quiere amenazarme, cuando quiere ponerme en mi lugar.

—Todavía tengo que averiguar cuál es su lugar —dijo, enigmático—. Ahora pórtate como una niña buena y guarda silencio mientras me concentro. Esta ha sido una noche muy larga.

Vanessa recordó entonces de dónde había llegado Benedict y sintió el cosquilleo de la curiosidad.

—¿Quién ha ganado el premio? —preguntó con malicia.

—¿Te alegras de que yo no haya ganado? —la luz de un coche que pasaba iluminó su sarcástica sonrisa.

—Claro que no.

—Algún día te enseñaré a no mentir —farfulló—. Te gusta ver mi orgullo por los suelos. Para tu información, he sido ganador.

—Pero usted ha dicho que…

—No he dicho nada; tu semental se lo ha imaginado. Ya sabes que es un poco torpe.

—¡No puede culparlo! —se apresuró a defender a Richard—. No parecía estar celebrando nada.

—Lo estaba hasta que te he encontrado escondida debajo de la mesa y he descubierto por qué lo hacías.

Vanessa se estremeció.

—¿Si ha ganado por qué se ha ido tan temprano?

—¿Que debía haber hecho? ¿Quedarme para que me asfixiaran con una avalancha de halagos? ¿Crees que eso me gusta? No es el primer premio que gano y no será el último. Sé exactamente lo que valen.

—Pero pensaba quedarse a pasar la noche en su apartamento —repuso Vanessa.

—He cambiado de opinión. Sé que piensas que soy rígido e inflexible, pero soy capaz de actuar con espontaneidad —dijo irritado—. Tal vez sólo quería celebrar mi victoria con alguien que no tuviera una hacha que blandir.

Se hizo un tenso silencio mientras Vanessa trataba de averiguar qué quería decir con eso. ¿Se estaría refiriendo a ella?

—Debería haberme imaginado que no te impresionaría. Supongo que prefieres pensar en mí como un perdedor valiente. Siendo un hombre decepcionado, soy una amenaza menor, objeto de compasión y no de un sentimiento positivo.

—No sea ridículo.

—¿Por qué no? Ya he hecho el tonto una vez.

—Esto es absurdo.

—Estoy de acuerdo, completamente absurdo —paró el coche y se desabrochó el cinturón de seguridad para mirarla de frente.

Vanessa intentó luchar contra el placer que despertaba en ella aquel hombre que apoyaba el brazo en el respaldo del asiento. Había vuelto por ella, por algún deseo infantil de impresionarla.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó Vanessa, después de mojarse los labios.

—Para poder seducirte en una calle oscura y solitaria, Vanessa. ¿Qué otra razón puede haber?

Vanessa se sonrojó.

—Yo… ¡ah! —miró por la ventanilla y vio que estaban en Whitefield, justo frente a la entrada principal—. ¡Ah!

—¿Decepcionada?

Vanessa buscó a tientas la manija de la puerta y la movió desesperadamente.

—Todavía tiene puesto el seguro —señaló Benedict.

—Ya lo sé —con manos sudorosas, intentó quitar sin éxito el seguro.

—Vanessa…

La joven giró asustada en su asiento y descubrió que todavía tenía puesto el cinturón de seguridad y que él se inclinaba sobre ella para ayudarla a abrir el seguro de la puerta.

—¿Qué?

—¿No vas a preguntarme por qué me han dado el premio?

—Ah, sí. ¿Por qué? —preguntó, avergonzada por haber juzgado sus intenciones tan equivocadamente.

—¿De verdad te interesa?

—Claro —típico de un hombre con el orgullo herido, se dijo. Pretendía que se esforzara en recibir su perdón.

—Creí que no te gustaba mi trabajo.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Dane. Cuando vino el año pasado le dijiste que pensabas que el edificio Serjeant era un edificio aburrido, típico de aquellos arquitectos que conseguían que todas las ciudades parecieran iguales.

—Sólo me enseñó una foto y me pidió mi opinión. No sabía que el diseño era suyo.

—Uno de mis principales encargos —Benedict no parecía estar ofendido—, cuando estaba trabajando en la compañía de mi padre. Había que darle a los clientes lo que ellos pidieran. En ese caso el cliente era un reaccionario que pensaba que Frank Lloyd Wright era un loco peligroso. El edificio le vino como anillo al dedo.

—Algunos de sus diseños posteriores no me disgustan —dijo tratando de consolarlo.

—Gracias por su entusiasmo —dijo—. Sé que la arquitectura comercial es un negocio sin escrúpulos… precisamente porque hay mucho dinero en juego, es difícil llevar a cabo proyectos originales. A menudo los planos tienen que ser autorizados por un consejo, y los comités son mucho más conservadores y más difíciles de convencer que los individuos. Sólo aquellos que tienen visión, los que quieren dejar huella en el paisaje le dan completa libertad artística a un arquitecto. Por eso abandoné la compañía de mi padre y puse un despacho con Dane. Quería tener una identidad profesional propia, concentrarme en obras más pequeñas, aunque todavía tengo que hacer obras aburridas, —le hizo una reverencia amenazadora a Vanessa—. El premio fue por una residencia privada

en Piha. ¿Quieres verla?

—¿Ir a Piha? —Vanessa estaba sorprendida.

—Yo pensaba en algo más cómodo. Tengo los planos en mi estudio.

—Ah, sí. Sería muy interesante —trató, sin conseguirlo, de imaginarse qué tipo de casas diseñaría Benedict Savage.

Sin duda palacetes para millonarios y personajes de la alta sociedad; probablemente eran los únicos que podían pagarle sus honorarios.

—Me gustaría verlos, alguna vez.

—Será mejor que meta el coche en el garaje. ¿Quieres abrir la casa? Y toma, será mejor que lleves tú esto.

Sacó algo del asiento de atrás y se lo dio; era un objeto metálico. Ella observó la escultura, delgada y estilizada.

—¿Es este el premio? Es muy bonito.

—Sí, muy bonito —por su tono de voz, Vanessa supo que estaba sonriendo—. Date prisa. Hace un poco de frío. ¿Tienes llave?

—No soy una niña —abrió la puerta para salir del coche, pero algo tiró de ella hacia atrás.

—Permíteme —Benedict la liberó del cinturón de seguridad y ella salió hecha una furia con su chaqueta todavía en los hombros. Mientras subía las escaleras de la entrada, todavía podía oír su risa burlona.

Estaba comportándose como una adolescente nerviosa sin razón. Encendió las luces de la entrada y de las escaleras. Pero era lógico que estuviera nerviosa después de todo lo que le había dicho Benedict en el restaurante.

Sin pensarlo, se puso la mano sobre el estómago. Parecía satisfecho de sí mismo cuando había hablado del posible embarazo, como si no le importara que ella tuviera un hijo suyo. En poco menos de una semana había invadido su cuerpo y había penetrado tanto en su mente que la certidumbre que la había fortalecido y protegido durante los últimos años comenzaba a desmoronarse. Estaba perdiendo el control sobre sí misma, y de alguna manera tenía que recuperarlo.

Con cuidado, dejó el trofeo en la mesa que estaba a un lado del teléfono y leyó la placa. Todavía estaba allí cuando Benedict entró por la puerta que ella había dejado medio abierta. Qué rápido había

aparcado el coche, pensó Vanessa mientras Benedict cerraba la puerta y se apoyaba contra los paneles de madera para observarla.

—Me preguntaba si querría que le sirviera café —dijo la joven.

Benedict se alejó de la puerta y se acercó a ella lentamente. Vanessa retrocedió hasta llegar a una pared.

Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no encogerse cuando él se detuvo frente a ella, muy serio. Con un dedo le quitó la chaqueta. La sedosa tela se deslizó como una caricia sobre sus brazos desnudos.

—¿Ahora quién va a tratar de poner a quién en su lugar? —se burló Benedict—. Después de esta noche no te atreverás a llamarme «señor». Empieza a acostumbrarte, Vanessa.

—¿Acostumbrarme a qué?

—A nuestra nueva relación. Si vas a llevar la posada, será mejor que lo hagas con autoridad. Tienes que decidir si quieres ser mayordomo durante el resto de tu vida o si estás dispuesta a progresar.

—¿Yo? ¿Llevar la posada? —preguntó Vanessa asustada mientras intentaba alejarse de él.

Benedict se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó la parte superior de la camisa. La tela de la camisa era tan delgada que Vanessa pudo ver la silueta de su cuerpo delineada sobre la seda. La barba le oscurecía la piel de la cara. Parecía cansado, pero aun así tenía un aspecto sobrecogedoramente sensual. Aquel hombre aparentemente tan controlado, irradiaba una sexualidad avasalladora tan electrizante como sorprendente. ¿Por qué no lo habría notado Vanessa antes?

—¿No es eso lo que tenías en mente cuando sugeriste que hacía falta un gerente?

—¡No, nunca se me ocurrió! —movió la cabeza.

—¿Ni siquiera en sueños?

Vanessa desvió la mirada. No tenía la menor intención de decirle cuáles eran sus sueños.

—¿Cómo podría? —preguntó Vanessa—. No sé cómo se lleva un hotel.

—El trabajo que haces ahora es muy parecido —señaló con calma—. Cuando tengo invitados, tú te encargas de alojarlos, supervisas al personal y compras provisiones. También te estás

ocupando del mantenimiento y las obras de restauración de la casa. Creo que te sorprendería saber lo bien preparada que estás para hacer el trabajo. Un hotel pequeño como este necesita un estilo de administración muy personalizado. ¿Quién mejor que tú? ¿No te gusta la casa? ¿No te gustaría saber que no tienes que irte? ¿Que podrías quedarte a construir algo de lo que los dos estemos orgullosos? Si no te sientes capacitada, puedes hacer algunos cursos sobre administración.

Era una oferta tan seductora, que Vanessa temía cuestionar las razones que había detrás de ella.

—¿Por qué yo?

—Porque ya me he acostumbrado a tu presencia.

—Ah.

No era la respuesta que esperaba. Herida, Vanessa bajó la mirada. Por el rabillo del ojo vio cómo Benedict alzaba la mano para apoderarse de uno de los lazos del vestido.

—Deberías sentirte halagada. No es fácil que yo deje que alguien se meta en mi vida. Mi madre convirtió la manipulación en un arte, y yo todavía tengo miedo de demostrar mis sentimientos por temor a que los usen en mi contra, en particular con las mujeres. Creo que en eso somos parecidos, nos cuesta trabajo confiar, y por eso estoy dispuesto a perdonarte por haberme engañado. Creo que lo hiciste para protegerte. Pero te ofrezco una oportunidad única y lo mejor de todo es que no tienes que dejar la casa.

Mientras hablaba, Benedict continuaba deslizando el dedo por los lazos del vestido. Sólo rozaba la tela, pero Vanessa sentía que estaba trazando un camino de fuego por su piel.

—Yo confío en ti. ¿Vas a confiar en mí? Si no como hombre, al menos como hombre de negocios. Voy a ser completamente sincero contigo, Vanessa. Me encantaría tenerte de nuevo en mi cama, pero ninguna de las dos ofertas es condicionante de la otra. El hecho de que seamos o no amantes no tiene nada que ver con que yo crea que eres la persona idónea para administrar la posada. No te pondré ningún tipo de obstáculo, si no quieres que volvamos a hacer el amor, y no intentaré manipularte emocionalmente. Puedes preguntarle a Dane; es posible que no me guste perder, pero soy honesto en la derrota —llevó los dedos hasta el escote e hizo una pausa antes de continuar—. Aunque es posible que tengas que

soportarme un poco; como casi nunca pierdo, no tengo mucha práctica en ser honesto.

Vanessa abrió la boca para protestar, pero no consiguió emitir un solo sonido. Como el vestido era muy entallado, no había necesidad de usar sujetador, y se preguntó si Benedict lo habría notado. Los senos se elevaban y bajaban al ritmo de su respiración, rozando los dedos de Benedict. Él la observaba con una sonrisa, dobló los dedos bajo el suave borde de la tela y la acarició con suavidad. Acariciaba con delicadeza sus senos. A Vanessa le resultó imposible impedir que los pezones se le irguieran ante aquel placer indescriptible.

—Este vestido es muy elegante y muy sexy.

—Me lo he hecho yo —se oyó susurrar mientras pensaba que se iba a derretir.

—Vanessa la habilidosa. Tus manos son tan rápidas y tan astutas como tu lengua.

Vanessa se sonrojó.

—Me refería a tu ingenio, Nessa. ¿Qué has pensado?

—Lo que usted quería que pensara.

Benedict podría pensar que estaba acostumbrada a participar en aquel tipo de juegos, pero Vanessa estaba perdiendo el control. La única vez que había intentado algo parecido había salido muy lastimada. Lo que había comenzado como una seducción había terminado casi en violación cuando Julián St Clair había mostrado su intolerancia por su falta de experiencia. La lentitud con la que ella respondía a sus caricias le había hecho perder la paciencia.

Le había dicho que las vírgenes eran muy problemáticas y que no merecían la pena. Había hecho que Vanessa se enamorara de él y después la había abandonado como si fuera otro más de sus retos superados.

—No sé lo que pasó entre nosotros, así que no debería bromear con eso —contestó vacilante—. No es justo.

—¿Eso te preocupa?

Vanessa tragó con dificultad. Benedict no era como Julián. Para empezar era mayor y tenía más experiencia; era un hombre que había acumulado éxitos sin ayuda de nadie, no un niño mimado que se aprovechara del apellido de la familia. Y era tan paciente como tenaz, tan exigente consigo mismo como con los demás. Benedict

nunca le haría daño, al menos no físicamente.

—Claro que me preocupa.

Benedict suspiró y apartó la mano. Se quitó las gafas y se las metió descuidadamente en el bolsillo, después la agarró suavemente del cuello y la miró fijamente a los ojos. Una vez más, la joven se rindió al hechizo de su mirada.

—Lo siento —musitó Benedict mientras la atraía hacia él.

Vanessa no habría podido resistirse aunque hubiera querido, las sombras misteriosas de aquellos ojos azules eran fascinantes. La hacían desear saber quién era el hombre que se escondía detrás de aquella máscara, saber si las sensaciones que despertaba en ella con el más mínimo roce de él eran reales o tan sólo productos de la ilusión provocada por el deseo. Se dejó llevar por su abrazo a sabiendas de que era peligroso. Ella no había decepcionado a Benedict como amante… obviamente lo había complacido y había llegado el momento de saber si él la complacía a ella.

No fue el beso hambriento y apasionado que Vanessa esperaba, sino un beso largo y tierno. Benedict introdujo la lengua en la boca dulcemente para saborearla y explorar sus más recónditos rincones; después le mordisqueó suavemente el labio. A Vanessa le temblaban las piernas, tuvo que rodearle la cintura con los brazos para sostenerse. No sabía que hubiera tantas maneras de besar.

—¿Por qué lo sientes? —murmuró Vanessa cuando Benedict deslizó la boca por su cuello.

Benedict le pasó el brazo por la espalda y la hizo separarse de la pared, como si estuvieran bailando. Sin separar la boca de su cuello, la condujo hacia las escaleras.

—Ven…

—¿Adónde?

—Ya verás…

La guió suavemente a la oscuridad del piso superior sin dejar de besarla, como si pensara que al separarse de ella, el hechizo que había podía romperse. En lugar de llevarla a su habitación, como Vanessa esperaba, la condujo al estudio.

Una vez allí, se separó bruscamente de ella y desenrolló algo encima del escritorio. Vanessa advirtió con agrado que le temblaban las manos tanto como a ella.

—¿Qué haces?

—Quiero que veas esto. Los planos que han ganado el premio. Y las fotografías de la casa terminada.

—Ben… —lo miró, incrédula. ¿Cómo pretendía hablar de su trabajo en ese momento?

—Por favor —su mirada era una súplica—. Es importante para mí —le tendió la mano que ya no le temblaba, y cuando ella se la estrechó, él la atrajo con fuerza hacia él y la agarró de la cintura.

—Está construida en una colina rodeada de arbustos. Es para una pareja y sus tres hijos. Los dos artistas. Él trabaja haciendo vidrieras, por eso hay tantas en el diseño; querían dar la impresión de que los arbustos estaban incluidos en la casa y no separados por cuatro paredes sólidas. Y no tenía mucho dinero, así que tuve que incorporar muchas cosas que rescataron de demoliciones. Parte del trabajo del edificio lo hicieron ellos mismos. ¿Qué te parece?

Vanessa casi no podía pensar. Todo su cuerpo estaba pendiente del movimiento rítmico de su dedo sobre la suave tela del vestido, pero Benedict parecía ansioso por conocer su respuesta así que se esforzó por prestar atención. En cuanto se fijó en el diseño, se quedó maravillada.

—Es preciosa —la casa parecía imitar el crecimiento irregular de los arbustos, daba vueltas extrañas para no tener que cortar los árboles—. Es fantástica —lo miró con sus ojos oscuros—. ¿Tú has hecho esto?

—Debería sentirme insultado por esa mirada de incredulidad. Pero, sí, lo he hecho yo, aunque podrás darte cuenta de que no tiene la firma Savage. Uso otro nombre para este tipo de trabajos. Es una manera de poder desahogarme de las presiones, de ser creativo sin comprometer la reputación de Dane y de Benedict con nuestros clientes más conservadores… aunque mi identidad no es un secreto en mi profesión.

—¿Qué es esto? —Vanessa estaba fascinada por los detalles. Comparado con los dibujos en acuarela que había visto y con los que había ganado varios premios por su trabajo comercial, aquel plano era un mapa de la imaginación—. Parecen escaleras. ¿Adónde conducen? ¿Esos son desvanes?

—Desvanes para que jueguen los niños, y túneles entre sus habitaciones —no les dio mucha importancia y después puso una mano sobre la parte que ella estaba tratando de interpretar—,

Vanessa, no te he traído aquí para jugar a las preguntas y las respuestas, sólo quería que lo vieras, eso es todo. Para que te des cuenta de lo que soy capaz: sé interpretar las necesidades de los demás, aunque ellos mismos no sepan lo que quieren. Puedo parecer un hombre sin corazón algunas veces, pero…

—Nunca he dicho que lo fueras —protestó Vanessa. El fuego de la pasión comenzaba a desaparecer. ¿Estaría tratando Benedict de explicarle que la había besado sólo porque pensaba que ella necesitaba sus halagos?

—Hasta ahora.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó sin querer oír la respuesta.

—Esto: a menos que hayas mentido sobre tus relaciones con Wells o que tengas otro amante secreto, no puedes estar embarazada.

Vanessa tardó varios segundos en comprender lo que Benedict estaba reconociendo.

—Oh, Benedict, lo siento… —¿habría pensado que ella creería que era menos hombre por eso? Le acarició la boca con compasión y él se alejó como si el dedo estuviera cargado de veneno.

—¿Tú lo sientes?

—¿Estás seguro? Últimamente se están haciendo muchos descubrimientos sobre la esterilidad.

—¿De qué demonios estás hablando? —bajó los brazos, y la miró con ojos brillantes—. ¡Yo no soy estéril!

—¿Tienes hijos? —preguntó vacilante.

—¡No, no tengo hijos! —gritó tan ofendido que ella dio un paso atrás.

—¿Entonces cómo sabes que no eres estéril? —tartamudeó, pensando que era una pregunta lógica.

—Porque… —le interrumpió bruscamente—. No lo sé, ¿está bien? Pero no tengo ninguna razón para creer que lo sea —se pasó la mano por el pelo—. Diablos, ¿quieres dejar de confundir todo ahora que estoy tratando de confesar?

—¿Yo lo estoy confundiendo? —Vanessa no pudo evitar una sonrisa, que pareció irritarlo todavía más. Nunca lo había visto tan cerca de perder el control. Era fascinante.

—Lo que estoy tratando de decirte, Vanessa, es que no hay la

más mínima posibilidad de que yo te haya dejado embarazada aquella noche.

—¿No? ¿Quieres decir que te… este… saliste antes de…?

—No me salí —rezongó—. No podía salir de ninguna parte.

Vanessa lo miró sin pestañear y completamente ruborizada.

—¿Quieres decir que lo hicimos sin…?

—¡No hicimos nada en la cama esa noche! —explotó—. No, sí hicimos algo: dormir.

—¿Dormir?

Benedict se encogió de hombros.

—¿Dormir? —repitió. Vanessa estaba empezando a comprender.

—Sí, tú sabes, ese estado de inconsciencia en el que uno está completamente relajado.

—¡Dormir!

Benedict inclinó la cabeza esperando la tormenta que no iba a tardar en llegar.

—Eres un… ¿Quieres decir que no…?

—¿Que no me excitaste? Me temo que no —respondió.

—¿Qué tú no…?

—¿Que no hicimos el amor? No.

—¿Que pasamos toda la noche dormidos? ¿Y esperas que lo crea? ¿Crees que soy idiota? —gruñó.

—No, sólo un poco inocente. Si hubiéramos hecho el amor esa noche, Vanessa, no habrías tenido ninguna duda a la mañana siguiente. Habrías sentido cierto dolor en algunos lugares que mi educación me impide mencionar.

—¿Tu educación? ¿Te parece educado haberme hecho creer que…? ¡Bastardo! —se puso de un color rojo intenso. ¡Cómo debía haberse reído de ella!

—Ya estamos en paz, Vanessa.

Pero Vanessa no tenía ganas de hablar de justicia. Estaba tan furiosa, que le dio una sonora bofetada.

—Va una —dijo Benedict con tanta frialdad que ella lo volvió a golpear, en la otra mejilla—. Van dos.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Asustarme? —Vanessa comenzó a dar vueltas a su alrededor.

Benedict se cruzó de brazos y siguió sus movimientos.

—No tengo que hacerlo. Tú lo estás haciendo bastante bien.

Siempre me he preguntado qué aspecto tendrías cuando perdieras el control. Ahora lo sé. Deberías enfadarte más a menudo.

—Deberías avergonzarte de ti mismo —sabía que estaba tratando de distraerla. La furia se había convertido en la válvula de escape de toda la pasión que había sentido unos minutos atrás.

—Creo que deberías felicitarme por mi sinceridad —protestó—. Debo reconocer que eché un vistazo y te deseé, pero no me fue posible.

¿Estaba insinuando que ningún hombre la querría ni servida en bandeja? Vanessa vaciló, pero después retomó su furia. No permitiría que la humillara. Se había prometido que ningún hombre volvería a hacerlo.

—Pues no estabas en las mismas condiciones cuando desperté. Estabas bastante excitado.

—Normalmente, por las mañanas estoy en mejores condiciones —dijo con modestia—. Probablemente estaba soñando en lo que me esperaba, por decirlo de alguna manera. Tenía intención de hacer el amor con mi lujurioso regalo. Fue una gran desilusión darme cuenta de que sólo había sido un producto de mi imaginación.

—¡Eres repugnante! —gimió Vanessa mientras trataba de lidiar con sus contradictorios sentimientos, alivio, vergüenza, deseo…

—Soy un hombre.

—¡Eres un pervertido!

—Habría sido peor que hubiera hecho el amor contigo sin decirte nada. No hubiera sido agradable que los dos descubriéramos que eres virgen.

—¡Ya he hecho el amor antes! —lo desafió.

—Bien. Entonces no tengo que preocuparme por hacerte daño.

Vanessa se estremeció al recordar su dolorosa experiencia y se cruzó de brazos en actitud defensiva. Benedict entrecerró los ojos.

—No tendrás el descaro de pensar que yo te permitiría… —se interrumpió cuando Benedict se acercó a ella.

—No tienes que permitirme nada, Vanessa. Sólo tienes que participar como una persona adulta. Nada ha cambiado. Me deseas tanto que has llegado hasta aquí.

—No es cierto. Sólo tenía curiosidad.

—Todavía la sientes. ¿Quieres que te lo demuestre, Vanessa? Al menos he sido sincero. Más que tú.

—¿A qué te refieres?

—A tu enfado por lo que hice o no hice. ¿Es una forma de disfrazar tus propios sentimientos? ¿No estabas ni siquiera un poco excitada cuando te despertaste y me encontraste a tu lado?

—Estaba sorprendida —se abrazó con más fuerza.

—Claro que estabas sorprendida. Pero ahí estabas, casi desnuda, arropada con un hombre desnudo y excitado, completamente vulnerable a cualquier cosa que le quisieras hacer. ¿Sentiste curiosidad también entonces, Vanessa? Nunca se te ocurrió pensar en una violación, porque inconscientemente incluso entonces confiabas en mí. Así que no gritaste. Sino que me observaste. Me miraste. ¿No me tocaste? ¿Querías tocarme? A mí me habría gustado que lo hicieras. Me habría gustado despertar de esa manera, me habría gustado más que nada…

Vanessa no se atrevía a mirarlo a la cara, se dio la vuelta y trató de recobrar la compostura.

—Yo…

—Porque yo te toqué, Vanessa. Cuando me metí en la cama, te acaricié antes de quedarme dormido. Tu larga espalda y en particular ese hermoso y redondo trasero —le acarició los brazos—. Era irresistible… desnuda y cálida bajo ese camisón de seda… Estabas tumbada boca abajo, así que no pude acariciar tus pechos, pero supe que debían estar llenos y firmes porque tenías el camisón abierto y logré ver parte de ellos. Me quedé dormido pensando en que te darías la vuelta y yo probaría el sabor de tus pezones, sabría si eran grandes o pequeños, rosados o…

—¡Ya basta!

—¿Por qué, te estoy excitando, Vanessa? —hizo que se diera la vuelta, tomándola por sorpresa. Pareció satisfecho al ver su cara sonrojada y le acarició el pelo con ternura.

—No te preocupes, no voy a forzarte a hacer nada que no quieras. No voy a presionarte, pero tampoco permitiré que niegues tus sentimientos, ni los míos. ¡Te advierto que tengo intención de hacer realidad mis fantasías!

Capítulo 8

VANESSA levantó la cabeza y dejó que el viento le alborotara la melena que le caía por los hombros. Metió las manos en los bolsillos de su cazadora y continuó paseando por la playa, pisando con cuidado para no resbalar con las piedras.

A diferencia de las playas de arena fina y blanca de la costa este de Coromandel, la mayoría de las playas de la costa oeste eran de abruptas rocas; en el agua, formaban pequeños peñascos que servían de refugio a colonias de cangrejos. Tras la línea de la marea alta había viejos maderos cubiertos de algas entre montones de piedras de una gran variedad de colores.

Vanessa oyó el chillido de una gaviota que volaba en círculos sobre el mar. Observó su vuelo en el cielo pálido y gris, y envidió su libertad. A veces ella deseaba poder volar en libertad para alejarse de sus problemas. Pero sólo podía andar y así nunca podría escapar de ellos porque el mayor de sus problemas era ella misma. Se dio la vuelta para volver por el mismo camino por el que había llegado y se quedó helada. Inmediatamente se corrigió, el mayor de sus problemas no era ella misma, sino uno que estaba frente a ella y se acercaba con calma y a paso seguro entre las rocas. La joven esperó a que se acercara un poco antes de preguntar.

—¿Qué haces aquí?

Benedict se encogió de hombros. Bajo la cazadora de cuero negro llevaba un jersey color crema.

—Pasear.

—Tú nunca paseas —gruñó.

—Sólo porque no suelo tener tiempo suficiente. Pero hoy he decidido salir y pasear un poco antes de que se me acumule la grasa.

—No creo que tengas que preocuparte por eso —miró su esbelta figura.

—Gracias.

—No era un piropo, es la verdad —dijo, irritada.

—Gracias de todas maneras. Tú también estás muy delgada.

Estaba observando sus largas piernas, enfundadas en unos vaqueros.

Vanessa se retiró el pelo de los ojos y trató de recoger los mechones sueltos con un pañuelo que llevaba en el pelo.

—¿Me has seguido? —preguntó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me parece una coincidencia muy extraña, eso es todo.

—Como sólo hay una carretera principal por aquí, no es tanta coincidencia. He visto tu coche aparcado y he decidido parar.

Lo dijo como si hubiera sido un gesto no premeditado, pero, ¿a dónde se dirigía por aquella carretera? Por lo que ella sabía, Benedict no era un hombre al que le gustara viajar por el campo por placer, así que sólo había una respuesta.

—Has dicho que podía tomarme la tarde libre —lo retó.

—He sugerido que nos tomáramos la tarde libre —la corrigió—. Y tú te has escapado en cuanto te he dado la espalda.

—No me estoy escondiendo. Sólo quería respirar un poco de aire fresco y estirar las piernas.

Desde el encuentro que habían tenido dos semanas atrás, Vanessa estaba intentando poner entre ellos una distancia que él estaba decidido a acortar.

Una noche Benedict había invitado a Richard y a su madre y le había pedido a Vanessa que hiciera el papel de anfitriona. La joven se había visto obligada a sonreír y a actuar con naturalidad mientras que por dentro estaba tan enfadada, que los ojos le brillaban como nunca, lo que había provocado miradas de curiosidad de la Señora Wells.

Durante la cena Richard había metido la pata al hablar del trabajo que Vanessa estaba haciendo para el editor del juez Seaton, con los apuntes que este último había reunido sobre la historia del Thames. Richard, animado, había contado las dificultades que Vanessa había tenido que afrontar para resumir numerosas cajas de notas y seleccionar ideas escritas que había dejado en papeles

sueltos en su tiempo libre. Antes de que la cena terminara, Vanessa ya se había visto obligada a aceptar la ayuda de Benedict.

Desde entonces, pasaba gran parte de su tiempo libre con Benedict en el escritorio de la biblioteca, resuelta a tratarlo como un mueble más, aunque tenía que reconocer que su ayuda servía para que el libro avanzara con mayor rapidez.

—Justo lo que yo tenía en mente —dijo Benedict haciéndole volver a la realidad—. Podemos estirar las piernas juntos. ¿No crees que el ejercicio es aburrido sin compañía?

—No.

Benedict la miró divertido.

—En ese caso podrás continuar y yo me quedaré a una distancia prudente.

—¡No seas ridículo!

—No soy yo el que está siendo ridículo, Vanessa —dijo con amabilidad—. ¿Qué crees que tenía en mente cuando he sugerido que no trabajáramos hoy?

—¿También tengo que decirte lo que pienso? —Vanessa se dio la vuelta, pero él logró ver que se sonrojaba—. ¿No tengo derecho a un poco de intimidad?

—Puedes tener todo la que quieras. Nunca te he forzado a contarme ninguna confidencia.

—Siempre lo haces —explotó.

—Pero con sutileza, nunca a la fuerza.

Vanessa lo miró con infinita frustración, consciente de que Benedict tenía razón. Mientras habían estado encerrados trabajando con el manuscrito del juez, ella le había revelado más cosas de sí misma de las que deseaba, ya que hablar sobre ella era la única manera de contener la oleada de confidencias que él amenazaba con hacer.

No quería sentir ningún tipo de curiosidad sobre su personalidad contradictoria y oscura. No quería saber que llevaba gafas desde que tenía doce años de edad y que se le habían empañado la primera vez que una mujer lo había besado cuando tenía quince años.

No quería saber cosas que enternecieran a su vulnerable corazón, como que su infancia había estado dominada por las expectaciones, casi opresivas, de sus padres, de un padre

autoritario, por culpa de cuyas normas rígidas e inflexibles su hijo había crecido esperando nada menos que la perfección y de una madre que esperaba demasiado de él socialmente, siendo igualmente estricta y represiva. En la familia Savage, no era posible expresar ningún tipo de sentimiento. Sólo se brindaba afecto cuando éste se ganaba con un comportamiento adecuado o con los buenos informes académicos.

Benedict había aprendido bien las lecciones de su infancia. Hacia fuera había sido el hijo perfecto. Nunca se había rebelado de adolescente, había cumplido lo que se esperaba de él en la escuela y en la casa. Se había incorporado a la compañía de su padre nada más graduarse de la universidad y había continuado la tradición de la familia, considerando las casas y las pertenencias e incluso a la gente como inversiones.

Pero en el fondo, habían trabajado otras fuerzas, la curiosidad intelectual y la ambición que su padre le había inculcado entraban en conflicto con el puesto que ocupaba en la empresa familiar. Con el paso de los años, Benedict se había dado cuenta de que lo que su padre esperaba de él no era demasiado, sino demasiado poco; la cima del éxito profesional de Benedict era heredar la compañía cuando su padre se retirara y entonces su trabajo consistiría en continuar con la dinastía Savage.

Al cumplir veintiocho años de edad, Benedict había reconocido que él no era el hombre que su padre quería que fuera, y que nunca lo sería. Quería más, y lo quería a su manera.

La separación se había hecho con la dignidad usual en la familia Savage, una fría discusión en la que padre e hijo se habían negado a ceder. No había habido explosiones sentimentales. Benedict seguía viendo a sus padres de vez en cuando, aunque su madre había hecho que no le quedara duda de que estaba muy decepcionada de él y que le negaría su aprobación hasta que superara esa rebelión infantil en contra de su padre y volviera a la familia.

Benedict había comentado que, como de todas formas la actitud de su madre hacía él nunca había sido cariñosa, no le importaba la situación creada.

Sin embargo, el conocerlo más no le servía a Vanessa para llevarse mejor con él.

—Creo que ya he tomado bastante aire fresco —dijo,

desesperada, y se volvió.

Como era de esperarse, Benedict la siguió, pero en vez de vigilar sus propios pasos, la observaba a ella; de pronto, resbaló en una piedra y cayó en un charco.

Vanessa estiró la mano instintivamente para ayudarlo, pero la retiró apresuradamente al verlo sonreír agradecido.

—Gracias.

—¿Cómo se te ocurre venir a pasear por aquí con esos zapatos? —quería escapar de esa sonrisa—. Ahora voy a tener que llevar los pantalones a la tintorería. ¿Por qué no te has puesto algo más práctico, como unos vaqueros?

—No sabía lo que íbamos a hacer. Además no tengo vaqueros.

Aquello parecía imposible en una persona de su generación y Vanessa lo miró con curiosidad.

—¿Qué te pones cuando te apetece descansar? Bueno, tú no tienes tiempo de descansar.

—Hasta ahora no he tenido necesidad de hacerlo —comentó—. Tal vez tú me puedas enseñar a relajarme, Vanessa.

Vanessa permaneció callada hasta que llegaron al coche. Se detuvo y frunció el ceño al ver una cesta de mimbre, que le resultaba familiar, en el asiento delantero.

—¿De dónde ha salido eso?

—Kate. ¿Vamos a comer en la playa?

—¿En la playa?

—Kate me ha dicho que tú le habías comentado que querías venir a la playa y que te habías ido antes de que pudiera prepararte algo de comer. Me ha comentado que te gusta comer en la playa cuando el tiempo lo permite. Se ha imaginado que tenía muchas cosas en las que pensar y que se te había olvidado pedirlo.

Vanessa maldijo su exagerado sentido de responsabilidad que le había impedido salir sin decir adonde iba. Sin embargo, también comprendió con agrado que el vacío que sentía en el estómago no se debía por completo al efecto que Benedict tenía sobre su sistema nervioso.

—No tengo hambre.

—Bien, yo sí —la miró, escéptico—, así que puedes sentarte y verme comer antes de que nos vayamos.

—¿Nos vayamos? —en ese momento se dio cuenta de que sólo

había un coche—. ¿Dónde está tu coche?

—Uno de los obreros me ha dejado aquí. Vive en Tapu y se dirigía a su casa a comer.

—¿No das muchas cosas por hecho?

—No creo que seas capaz de marcharte y dejar a tu jefe plantado.

—¿Es una amenaza? —entrecerró los ojos.

—No seas paranoica… Por amor de Dios, Vanessa, ¿qué crees que puedo hacerte en una playa pública?

Levantó la cesta y se dirigió hacia un inmenso árbol cuyas ramas torcidas caían sobre una pequeña colina que había a un lado de la carretera. Al cabo de un momento, Vanessa lo siguió.

Cuando llegó a su lado, Benedict ya había estirado un mantel en el césped.

—Espero que no me estés mirándome constantemente mientras como. Siéntate. Aprende a relajarte, Vanessa —se burló. Se sentó encima del mantel, se quitó la chaqueta y empezó a buscar en la cesta.

Vanessa se sentó también, siendo consciente de la soledad que los rodeaba. Estaban en un lugar completamente aislado, entre la playa y la carretera. Era sorprendente el calor que hacía al estar protegidos del viento, tanto que Vanessa se desabrochó la cazadora y se la quitó.

—Estamos en un nido muy agradable —musitó Benedict, reproduciendo los pensamientos de la chica con una exactitud enervante—. Y mírate a ti. Tranquila como un pajarillo. ¿Prefieres café o champán?

Vanessa observó entonces la copa de cristal tallado que le ofrecía, los cubiertos de plata y las servilletas de lino, blancas y almidonadas, que había puesto sobre el mantel.

—Café, por favor.

—Eso está bien, tienes que mantenerte despejada —dijo mientras sacaba un termo de acero inoxidable y le servía el café en una taza—. ¿Leche y azúcar?

—No, gracias.

Le dio la taza y se sirvió una para él antes de desenvolver parte de la comida, que era mucho más vulgar que lo que había encima de la mesa, pensó Vanessa divertida. Kate sabía lo que se necesitaba

para disfrutar de una buena comida al aire libre, sin importar lo rico que uno fuera: pastel de carne y huevo, pollo frío, queso, pan recién hecho y pepinillos que Vanessa había ayudado a preparar.

—Es desconcertante que mientras que yo tengo que preguntar las cosas más simples sobre tus gustos, tú sepas todo de los míos —murmuró Benedict mientras ella probaba el café.

—No todo —respondió Vanessa de manera automática.

—De todas formas me siento en desventaja.

No era una gran victoria, pero saber que de alguna manera lo hacía sentirse inseguro la alegraba. No pudo evitar una pequeña sonrisa.

—Bueno, ahora sabes cómo me gusta tomar el café.

—Mmm… También podrías comer algo, aunque sé que no tienes hambre.

Se le estaba haciendo la boca agua, así que ni siquiera se molestó en protestar cuando él cortó dos trozos de pastel y los sirvió en dos platos. Con movimientos un poco exagerados, Benedict desdobló una servilleta y la colocó sobre sus piernas antes de darle su plato.

—¿Crees que sería un buen mayordomo? —preguntó conteniendo una sonrisa.

—¡Dios mío, no!

—Es una respuesta muy tajante —se estiró, se apoyó en un brazo y comenzó a comer su trozo de pastel. —¿Por qué?

—Porque eres… eres demasiado… —se interrumpió, no se atrevía a continuar.

—¿Soy qué? ¿Demasiado qué?

—Demasiado viejo.

Benedict dejó de masticar.

—¡Claro que no!

A Vanessa no le gustó el brillo que había en los ojos de Benedict, así que se apresuro a explicar lo que había dicho.

—Demasiado viejo para cambiar. Estás acostumbrado a que todo se haga a tu manera. No te puedo imaginar obedeciendo órdenes sin discutir.

—¿Estamos hablando de mí o de ti? —la interrumpió, sarcástico —. Soy arquitecto, mis clientes me dan órdenes constantemente.

—Yo tenía la impresión de que sólo aceptabas los proyectos que

te gustaban —dijo Vanessa secamente—. ¿No dejaste la compañía de tu padre por eso? Tienes que reconocerlo, no podrías permanecer en un trabajo en el que tuvieras que estar siempre cumpliendo órdenes. Tienes que llevar las riendas constantemente.

—Yo no he notado que tú seas particularmente respetuosa.

—Me das tiempo libre y después esperas que acuda mansamente a tu llamada.

—Mansamente no —le sonrió—, no soy tan optimista. Pero si no quisieras estar aquí conmigo, Vanessa, te habrías ido y me habrías dejado envuelto en una nube de polvo. Pero no lo has hecho. Y no me digas que ha sido por respeto a mi autoridad. Te burlas de eso cuando te conviene. Este asunto es entre Benedict y Vanessa, hombre y mujer, no jefe y empleada.

—En realidad no quiero…

—Sí que quieres. Me quieres y tienes miedo. Tienes miedo de que eso te haga vulnerable. Demonios, los hombres también son vulnerables. Mucho más. No podemos ocultar que una mujer nos excita. Mírame. ¿Crees que me gusta tener tan poco control sobre mi persona?

Señaló su cuerpo. Sin comprender a lo que se refería, Vanessa siguió su mano con la mirada y se sonrojó al advertir la prueba de su masculinidad. Inmediatamente desvió la mirada.

—¿Avergonzada? ¡Imagínate cómo me siento yo!

Vanessa se sonrojó todavía más y Benedict soltó una carcajada.

—Bueno, tengo que reconocer que no todo es malo. De hecho… una parte de todo esto es bastante buena. La pregunta es, ¿qué vamos a hacer?

—No vamos a hacer nada —dijo Vanessa, temblorosa— Y si crees que puedes acosarme sexualmente para…

—¡Acosarte sexualmente! —se incorporó tan bruscamente, que derramó parte del café en el pantalón. Limpió la mancha descuidadamente con la manga del jersey y continuó—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Vas a usar tu… tu posición para… para amenazarme…

—La única amenaza está en tu cabeza —Vanessa comprendió que estaba verdaderamente enfadado—. ¿Qué tiene que ver que trabajes para mí con que nos encontremos atractivos el uno al otro? Está bien, perdí la cabeza al principio, pero tenía derecho, ¿no

crees? ¿Te he dicho alguna vez que te voy a despedir si no haces el amor conmigo?

—No, pero…

—No. ¿No te dije exactamente lo contrario? ¿Y te he tocado alguna vez contra tu voluntad?

Casi no la había tocado en las dos últimas semanas, y por eso ella se había fijado tanto en él… Porque se había encontrado a sí misma mirando sus manos y su boca, recordando sus caricias y preguntándose…

—No, pero…

—¿Te he sugerido algo mientras trabajábamos en ese condenado libro? ¿Me he comportado de alguna manera que no sea amistosa?

—No, pero…

—¿Pero qué? He tenido que tener mucho cuidado contigo para no asustarte, para darte la oportunidad de que me conozcas como persona, ¿y ahora me acusas de acoso sexual? Dios mío, ¿de verdad crees que estoy tan desesperado? ¿Tan despreciable te parezco?

Estaba gritando. Benedict Savage, el hombre tranquilo y calmado, le estaba gritando. Y maldecía como si fuera un adolescente.

—No, claro que no —reconoció débilmente.

—¿Entonces te importaría decirme exactamente qué es lo que te hace sentirte tan indefensa ante mi deseo? —la miró de tal forma que Vanessa se encendió.

—¡Eso es! —exclamó—. Tu forma de mirarme.

—¿Mirarte? ¿Así que mirar también está prohibido? Creo que tendrás que ser más precisa. Vanessa.

—No quiero hablar de eso.

—¡Yo tampoco!

Con un ágil movimiento, Benedict saltó entre los platos, se abalanzó sobre ella y se sentó a horcajadas apoyándose en sus brazos y piernas. Vanessa cayó de espaldas, sorprendida.

—¡Ya basta! —lo empujó con las dos manos por el pecho para mantenerlo a distancia.

—¿Quién soy?

Vanessa parpadeó, el aro de luz que se formaba alrededor de la cabeza de Benedict le impedía ver nítidamente su rostro.

—¿Qué?

—Mi nombre. ¿Quién soy? —exigió mientras permitía que ella se hiciera la ilusión de que podía mantenerlo a distancia—. Ya no me llamas señor y tampoco te puedes acostumbrar a decir señor Savage. Pero te niegas a llamarme Benedict. No me gusta ser nadie. ¿Por qué no tratas de llamarme Ben? ¿Recuerdas que una vez me llamaste así? Di Ben, Vanessa.

—Por amor de Dios.

—Dilo —se quitó las gafas.

—¡Está bien, demonios, Ben! —respondió, salvaje—. Ahí está. Ya lo he dicho Ben, Ben, Ben.

Su grito provocador fue acallado bruscamente. No hubo ningún vestigio de la ternura, de la delicadeza con la que la había besado la última vez. En aquella ocasión se comportó de manera agresiva y dominante. Fue un beso duro y exigente. Durante los primeros segundos de aquel salvaje contacto, ni siquiera le permitió el lujo de dar una respuesta; la besaba como si fuera un hombre sediento que necesitaba extraer hasta la última gota de aquel festín de sensualidad antes de que le fuera arrebatado.

Vanessa supo desde el primer momento que no le iba a negar nada. Sólo Benedict podía hacerla sentir así, tan furiosa, tan frustrada y a la vez tan excitada que ya no le importaban las reglas ni las insignificantes restricciones que había fabricado con tanto cuidado para gobernar su pacífica vida.

—Dilo de nuevo —gimió con voz ronca.

Vanessa pronunció su nombre con un suspiro doloroso de placer.

—Ben…

Lanzó un suave gemido de triunfo y el beso se transformó; cada vez era más duro y su creciente intensidad hacía que aumentara también la excitación de ambos. Vanessa deslizó las manos por sus hombros y Benedict presionó suavemente con las rodillas para que la joven abriera las piernas lo suficiente para que él pudiera quedar entre ellas.

—Dios, me encanta oírte pronunciar mi nombre —le levantó la cabeza con una mano y le quitó la pañoleta con la otra. Hundió la cara en la melena de Vanessa y después volvió a su boca.

Mientras la besaba, deslizó la mano hasta alcanzar la parte de atrás de la rodilla de Vanessa; le levantó entonces la pierna para que aumentara su más íntimo contacto. Vanessa no pudo reprimir

un gemido.

—¿Te estoy haciendo daño? —preguntó Benedict mientras se separaba para observar su expresión.

—Sí… —tenía los ojos cerrados y una expresión tensa.

—Entonces déjame mirarte —se inclinó hacia un lado y ella abrió los ojos al sentir que estaba desabrochándole la chaqueta de lana.

—¿Por qué siempre llevas ropa con tantos botones pequeños? —gruñó, estaba tan inmerso en su tarea, que no se dio cuenta de que ella lo observaba sorprendida.

Vanessa observó lo que estaba haciendo y se dio cuenta de que ni siquiera intentaba desabrocharle los botones de una manera ordenada, sino que estaba descubriendo sus pechos lo más rápidamente que podía. Instintivamente, puso la mano sobre el botón superior.

—No. Quiero hacerlo. Quiero ver —exclamó Benedict con impaciencia. Le sostuvo la mirada mientras desabrochaba otro botón, después se detuvo y extendió las manos sobre sus pechos.

—Puede venir alguien —musitó Vanessa.

—Nadie puede vernos. Estamos a salvo en nuestro pequeño nido —repuso Benedict sin quitarle la mirada de encima. Le desabrochó el resto de los botones—. Quieres que te vea. ¿No es cierto, Nessa, que quieres que termine con el dolor que los dos tenemos?

Vanessa se preguntó si Benedict se desilusionaría al ver el sujetador tan poco seductor que llevaba.

Benedict bajó la mirada y sonrió al ver las copas sencillas.

—¿Dónde se abrocha?

Vanessa se dio cuenta de que lo que estaba pidiendo era su aprobación, no las instrucciones de uso, y le respondió casi sin aliento.

—A-aquí —señaló, nerviosa, entre los senos.

Vanessa se quedó muy quieta mientras él retiraba los dedos lentamente para liberar, con destreza, sus senos de su prisión. Los ojos le brillaban como llamaradas azules.

—No —dijo la joven en un susurro.

—Oh, sí… mira… —se inclinó hacia adelante y jugueteó con un dedo con el pezón desnudo.

Ella lo miró y él volvió a acariciarla.

—Tan suave y sedoso… —murmuró, absorto en aquella erótica caricia—. Son unos capullos bellos y rosados… mira cómo se endurecen al tacto… —movía el pezón con los dedos y ella sentía llamaradas de placer que le llagaban al centro de su ser.

Benedict se recreó en aquella caricia una y otra vez antes de tomar todo el pecho con la mano, admirando el marco que sus dedos formaban alrededor de aquella madurez floreciente, alzándola, alabándola con sus ojos y con sus palabras y finalmente, para su placer, con la boca.

Vanessa movía la cabeza mientras Benedict chupaba las cremosas crestas y buscaba las perlas que él mismo había excitado tan meticulosamente. La lamía con extrema delicadeza al principio y después con un apetito voraz, consiguiendo que Vanessa se olvidara de todo y no pensara en otra cosa que en el intenso deseo que crecía en su interior.

Pero una oleada de un terror primitivo la sacudió cuando Benedict presionó para hacerla sentir su deseo en el centro de su femineidad. Él estaba listo para ella, pero ella no lo estaba… nunca lo estaría. No podía ver nada, pero podía sentir su tamaño. Temía que llegara el momento en el que Benedict perdiera completamente el control, porque su corta experiencia le había enseñado que entonces empezaría el dolor para ella.

Vanessa no fue consciente de sus gritos de pánico, hasta que Benedict se interrumpió para acallar los gritos que salían de su boca.

—Está bien, cariño, está bien.

—No, no… —casi estaba sollozando y se movió entre las piernas de Benedict, atormentada por el devastador conflicto entre el deseo y la duda—. Duele.

—Lo sé —la besó y la sostuvo con fuerza—. Lo siento, no pretendía que llegáramos tan lejos… Al menos déjame hacer esto…

Vanessa sintió que le ponía la mano en el estómago; oyó el chasquido del botón de los vaqueros, el zumbido metálico de la cremallera y después sintió que los dedos de Benedict exploraban entre sus piernas, tocando, deslizándose con una facilidad impresionante. Y en ese momento volvió a desearlo todo, el placer, el dolor persuasivo…

—¡No! —se puso rígida y se sumió en una profunda oscuridad,

como había sucedido la vez anterior, cuando la agonía había sido tan intensa que se había desmayado. Pero estando con Benedict luchó contra ello, decidida a no darse por vencida, a no quedar indefensa. La oscuridad la sofocaba, se pegaba a sus ojos y a su boca hasta que desapareció disuelta en una conmoción helada.

Abrió los ojos y vio a Benedict arrodillado sobre ella. Le estaba mojando la cara y el cuello con una servilleta empapada en champán.

—Qué desperdicio —se quejó automáticamente al ver que vaciaba más licor burbujeante en la servilleta y gimió cuando le puso el frío trapo en el cuello.

—No va a ser ningún desperdicio, créeme —levantó la servilleta y ella se sorprendió al ver que se acercaba para chuparle suavemente el cuello—. ¿Contenta? ¡Ahora dime quién demonios es Julián!

—¿Julián…? —el color que le había llegado a la cara desapareció de nuevo.

—El hombre con el que pareces haberme confundido. El bastardo al que le suplicabas que no te hiciera daño.

—Lo siento… —trató de incorporarse y se cubrió los pechos con la chaqueta.

—Yo también —la obligó a tumbarse de nuevo—. Quiero saber qué te hizo. ¿Te violó?

—Yo… no.

Hizo un gesto de incredulidad con la boca.

—No nos vamos a ir hasta que me lo digas, Vanessa. No voy a pagar por los crímenes de otra persona. ¿Quién es ese Julián?

—Un hombre al que conocí —apenas podía sostenerle la mirada —. En Inglaterra.

—¿Estabas enamorada de él?

—¡No! —desvió la mirada—. Sí… No sé.

—Decídete.

Estaba enfadado, pero Vanessa sabía que no era por ella.

—Por favor, primero, déjame abrocharme la chaqueta.

Durante un instante terrible la joven pensó que se iba a negar, ya que le miraba fijamente los pechos, pero después musitó una respuesta violenta y comenzó a buscar entre los platos. Encontró las gafas y se las puso mientras ella luchaba primero con el sujetador y

los vaqueros, y después se abrochó los pequeños botones de la chaqueta. Cuando resultó obvio que la tarea era demasiado difícil para sus dedos nerviosos, Benedict la ayudó. Cuando terminó la agarró por la barbilla.

—Ahora, Vanessa, habla.

No iba a aceptar una negativa y, después de la devastadora intimidad que habían compartido, Vanessa tampoco era capaz de resistirse.

—Julián era el hijo del hombre para el que yo trabajaba como mayordomo en Londres —dijo débilmente—. A él le gustaban los retos y yo era suficientemente inocente y estúpida como para ofrecerle uno. Era mi primer trabajo y no tenía familiares ni amigos en Londres. La situación de la familia era muy tensa. Egon St Clair y su esposa estaban pasando por una ruptura y sus dos hijas mayores y Julián iban a casa de vez en cuando y participaban activamente en las discusiones.

Vanessa se separó de Benedict y se sentó.

—Así que cuando Julián comenzó a prestarme atención yo agradecí su bondad, y me sentí halagada… él tenía treinta años, era rico, atractivo y sofisticado. ¿Qué chica insignificante de diecinueve años no se habría sentido así? Y me ofreció una bonita imagen de sí mismo; la de un romántico torturado, niño rico incomprendido que deseaba redimir su vida con el amor de una mujer buena y sencilla. Caí como una idiota. Pero lo único que él quería era una noche de placer, una oportunidad de alimentar su ego… Así que no fue una violación, porque me acosté con él por voluntad propia.

—Pero cambiaste de parecer en el camino, ¿no fue así? Vanessa, si en algún momento te forzó, fue una violación.

—Ya te lo he dicho. Yo lo deseaba… traté de disfrutar, pero él… yo no podía… —se contuvo y se estremeció. Miraba fijamente al mar—. No me extraña que se enfadara al final.

—¿Te pegó?

—No, nada de eso. Julián era muy fuerte; sólo me sostuvo mientras… —se estremeció—. Sólo me hizo algunos moretones —concluyó el relato para no tener que contar los detalles más escabrosos—. Estuve enferma durante un par de días…

—¿Era la primera vez? —preguntó Benedict furioso—. ¡Tu primer amante y el muy egoísta lo arruinó!

—Sucedió hace muchos años —Vanessa estaba confundida por la vehemencia de sus palabras—. No tiene nada que ver contigo.

—Sí tiene que ver si te vas a desmayar cada vez que estés a punto de llegar al clímax en mis brazos.

—¡Benedict! —se cruzó de brazos para protegerse de la sensación que renacía en sus pechos dolorosos. Pequeños espasmos de placer la recorrieron de pies a cabeza—. No puedo permitirme que esto vuelva a suceder —dijo desesperada—. No.

—¿Por qué? Soy gratis, no te costaré nada —replicó él, intentando aliviar la tensión con una broma.

—¡Eso es lo que él dijo, y al final me costó todo lo que tenía!

—¿De qué estás hablando?

Había llegado el momento de que lo supiera. Tal vez así terminara aquella terrible agonía. Él la rechazaría antes de que fuera demasiado tarde. La despediría y ella se arrastraría con el orgullo por los suelos, pero con su frágil corazón todavía intacto.

—Estoy hablando de por qué me fui de Inglaterra cuando lo hice — dijo con una voz tan dura como la expresión de sus ojos—. Tenía que hacerlo. No sólo me acostaba con Julián. No. También tuve relaciones con su padre, aunque estaba gordo y era tan viejo que podría haber sido mi abuelo. No me importaba porque sabía que era rico —las palabras salían como un torrente de su boca—. Todo lo tenía muy bien planeado. Me introduje en casa de Egon y después lo seduje en la cama conyugal y lo convencí de que echara a su mujer a la calle. Me aseguré de que alejara al resto de la familia y después conseguí que escribiera un nuevo testamento en el que los desheredaba y me dejaba toda su fortuna. Después, él murió de un ataque al corazón, probablemente porque yo le inyecté una burbuja de aire en las venas por la noche mientras estábamos en la cama. Lo que pasa es que la autopsia nunca lo pudo demostrar, así que salí libre.

—¿De qué demonios estás hablando? A pesar de su expresión de asombro, ella sabía que Benedict empezaba a comprender lo que se escondía tras aquellas sucias mentiras. Los St Clair habían hecho correr el rumor. Aquella familia le había robado, casi al mismo tiempo, la virginidad y el honor. Cuando el rumor se había apagado, ella ya era una desheredada de la sociedad, limpia sólo ante los ojos de su padre y del juez Seaton, que había sido amigo

personal de Egon St Clair y conocía la avaricia de Belinda St Clair y de sus vástagos. El juez se había sorprendido tanto como Vanessa de que Egon decidiera hacerla cómplice inconsciente de su venganza póstuma hacia su esposa al nombrarla su heredera. El juez había sugerido que demandara a los St Clair por difamación y a los periódicos por calumnias, pero Vanessa sólo quería que la pesadilla terminara. No podía enfrentarse a más publicidad. Tener que enfrentarse a tantos curiosos la había llevado al borde de la locura.

—No te preocupes. No me sirvieron de nada mis horribles crímenes —le dijo a Benedict, odiándolo por quedarse tan callado, tan tranquilo, por no hacer preguntas—. Tuve que rechazar el dinero para evitar un juicio. Me sorprende que no recuerdes nada; la noticia apareció en los periódicos de todo el mundo. Era una historia que lo tenía todo: sexo, chantaje, fraude y asesinato. Nada llegó a los tribunales, pero sólo porque yo fui más astuta que la policía; no pudieron encontrar una sola prueba que respaldara los cargos. Pero quizá no te sorprenda lo que acabo de contarte. Siempre has pensado que había algo sospechoso entre el juez y yo. Tal vez tenías razón. Una mujer con mis antecedentes…

Se interrumpió. Benedict tenía la cabeza inclinada hacia abajo y le temblaban los hombros. La joven pensó que iba a levantar la cabeza y arrancarle el corazón con unas palabras brutales. Pero entonces Benedict la miró y Vanessa pudo ver que se estaba riendo… riendo…

Al principio, Vanessa no pudo dar crédito a lo que oía. Se puso de pie de un salto.

—¿Te parece gracioso? Es muy divertido ver mi vida arruinada.

Se dio la vuelta para salir corriendo, pero Benedict la agarró del brazo.

—¡No, Vanessa! Escucha.

—¿Escucha? Tú… —trató de abofetearlo, pero él la agarró del brazo.

—No me estaba riendo de…

—Déjame, mentiroso.

—Vanessa —la sacudió—. No puedes decir todas esas cosas y esperar que yo me lo tome en serio. Además, si toda esa ridícula historia tiene algo que ver con la realidad, estoy dispuesto a comerme mi sombrero. Claro que me he reído. Para cualquiera que

te conozca la idea de verte como una malvada cazafortunas es completamente ridícula. ¡Lo que sabes sobre el arte de la seducción podría escribirse en la cabeza de un alfiler! No tienes ni idea de lo que puedes excitar a un hombre. ¿Ahora, por qué no te tranquilizas y me hablas de tu oscuro pasado con calma, en lugar de escupírmelo a la cara? Has conseguido la reacción que merecías…

Y también él, pensó Vanessa unos momentos después, mientras lo miraba por el espejo retrovisor, parado en medio de una nube de polvo mientras ella pisaba el acelerador. Estaba furioso, todavía resonaba en los oídos de Vanessa lo último que le había gritado.

—No puedes escapar eternamente de tus sentimientos, Vanessa. No permitiré que conviertas a Whitefield en tu refugio privado para escapar de las sucias complicaciones humanas.

Al menos ella había dicho las últimas palabras. Después de cerrar violentamente la puerta del coche, había gritado a su vez.

—¿Por qué no? Tú lo haces. Nunca he pensado que aparecieras en Whittefield de la nada a pasar unas vacaciones inocentes. También tú estás escapando de algo, así que no me vengas con sermones que te vendrían mejor a ti.

Capítulo 9

FUE un milagro que Vanessa no se matara mientras conducía hacia Whitefield. Las lágrimas casi le impedían ver la carretera.

No era masoquista, se dijo furiosa. En la playa se había dado cuenta de que era mucho más vulnerable de lo que había sido hacía cinco años. Lo que sentía por Julián había sido algo superficial. Aunque su rechazo y su traición le habían dolido terriblemente, había superado su tristeza despreciándolo y perdonándolo por su inmadurez.

A Benedict era imposible despreciarlo. Era cruelmente sincero sobre sus intenciones. Estaba buscando una amante, no a una compañera para toda la vida. Estaba rechazando su amor incluso antes de que se lo ofreciera.

Bueno pues aquella vez sería ella la que lo rechazaría, se dijo Vanessa cuando llegó a las puertas de Whitefield. Un cóctel de tentación y desafío había conseguido hacerla perder la razón. Sus sentimientos hacia Benedict eran pura química, y ella se oponía firmemente a las dependencias químicas.

No estaba enamorada de él. Se negaba a estarlo. Se apegaría a su plan original y se enamoraría de Richard. Sería amable y tierna con él; Richard nunca le provocaría sentimientos que ella no pudiera controlar.

De repente Vanessa pisó el freno y derrapó, estuvo a punto de chocar contra el Corvette amarillo que estaba aparcado con el capot abierto.

Un hombre bajo de pelo castaño corrió escaleras abajo y abrió la puerta del coche de Vanessa tan de repente que la joven estuvo a punto de caerse.

—Por Dios. ¿Es usted, Flynn? —preguntó y su incredulidad se

transformó en grata sorpresa—. ¡Creía que era Mario Andretti!

Vanessa se enderezó.

—Benedict… el señor Savage no me dijo que pensaba venir, señor Judson.

Judson sonrió al verla tan confundida y la observó atentamente mientras ella se peinaba con las manos el pelo, alborotado por el viento.

—Vivo para sorprenderlo —musitó, fingiendo no haber visto las marcas que las lágrimas habían dejado en sus mejillas—. Aunque creo que esta vez soy yo el sorprendido. La señora Riley me ha dicho que ustedes dos habían ido a pasar el día fuera. ¿No ha vuelto Ben con usted?

—No se lo he pedido —contestó sonrojada.

Estaba buscando las palabras más adecuadas para contar lo ocurrido cuando una mujer salió de la casa.

Tenía casi treinta años, era pequeña y tenía una figura perfecta. Era tan frágil como hermosa. Su pelo rojo enfatizaba la palidez de su piel y el brillo de sus ojos verdes.

—¿Ya has averiguado dónde está Benedict, Dane? ¿Quién es ella? —la mirada divertida con que la examinó hizo que Vanessa se enderezara.

—Soy la mayordomo del señor Savage.

—¿Está bromeando? ¿Está bromeando, verdad? —la mujer arqueó las cejas y miró a Dane, quien movió la cabeza con una sonrisa mientras sacaba una maleta de su coche.

—Bueno, supongo que a Benedict le gustan las excentricidades. ¿Cómo la llama?

«Cariño» estuvo a punto de responder Vanessa.

—Flynn.

—Bien, Flynn, entonces será mejor que ayude a Dane a traer las maletas.

—¿Van a quedarse?

—Claro que vamos a quedarnos —respondió la mujer, impaciente. Por su acento debía de ser americana y Vanessa se preguntó si sería la novia de Dane. Era una suerte que Vanessa hubiera asumido ya su personalidad profesional porque el siguiente comentario no habría podido resistirlo una mujer enamorada.

—No he venido desde tan lejos para que me metan en un hotel.

Benedict y yo tenemos muchos planes que hacer. Tiene muchas presiones y comprendo que necesite un descanso, pero tiene que tomar alguna decisión acerca de nuestro compromiso.

—¿Compromiso? —repitió Vanessa.

—Sí. Soy Lacey Taylor —pronunció su nombre como si esperara aplausos, o al menos un indicio de reconocimiento.

—El… el señor Savage nunca ha hablado de su prometida —logró decir Vanessa.

—Benedict es un hombre muy reservado. Supongo que no ha considerado necesario hablar de sus relaciones personales con el personal doméstico —le informó—. Ahora, tal vez pueda enseñarme mi habitación para que pueda refrescarme antes de que él vuelva, donde quiera que esté. Ven, Dane.

Tras esa orden, se alejó de ellos.

Vanessa miró a Dane Judson intrigada.

—¿Por qué me siento como un perro al que están llamando? —dijo el hombre—. Si ve a Ben antes que yo, dígale que no me culpe. Cuando a Lacey se le mete una idea en la cabeza es muy difícil no sucumbir y no creo que a Ben le hubiera gustado que llegara sola.

—¿Pero… quién es?

—Una arquitecta; bastante astuta. Trabaja en la compañía de su padre. Sus padres son muy amigos de los Savage.

Fantástico. Inteligente y atractiva, y ya era casi parte de la familia. Si Vanessa no hubiera estado tan furiosa, habría estallado en lágrimas.

—¿Desde hace cuánto tiempo ella y Ben… el señor Savage están comprometidos?

—Pregúntemelo dentro de un par de horas y podré contestarle —dijo Dane secamente mientras recogía las dos maletas y se metía en la casa, dejando a Vanessa llevando la otra, mientras trataba de descifrar las últimas palabras de Dane.

¿Quería decir que el compromiso también había sido un secreto para el mejor amigo de Benedict? De hecho, nunca había visto en sus dedos un anillo de compromiso.

Averiguó por qué un par de horas más tarde, mientras servía el té en la sala.

Cualquiera que fuera la relación de Benedict con Lacey Taylor, no estaba enamorado de ella. Su lenguaje corporal hablaba a gritos.

Mientras Lacey se deshacía con cada palabra que él decía, Benedict estaba a la defensiva. Sin embargo Lacey se comportaba como si su frío comportamiento fuera un cumplido.

Dane le guiñó el ojo a Vanessa cuando la joven se inclinó para ofrecerle un trozo de pastel.

—Menos mal que estoy yo aquí para guardar las formas. Como puede ver, el galán apenas puede mantener las manos quietas —susurró malicioso.

Como Benedict estaba de pie al lado de la ventana, lejos de Lacey, con las manos detrás de la espalda, aquel comentario hizo que Vanessa tuviera que morderse el labio para no soltar una carcajada muy poco profesional.

Cuando se enderezó, cruzó la mirada con Benedict y se apresuró a borrar la sonrisa de sus labios.

No sabía cómo había vuelto de la playa, pero había tardado una hora y había llegado hecho una furia, dando un portazo que había hecho que toda la casa se estremeciera y llamándola a gritos. Afortunadamente sus inesperados invitados habían aparecido para aplacar su mal genio y desde entonces Vanessa le estaba agradecida a Lacey por haberse pegado a él como si fuera una lapa.

En ese momento, Benedict la estaba observando con una expresión extraña. Vanessa se le acercó con la bandeja frente a ella a modo de escudo protector.

—¿Qué te estaba diciendo? —preguntó en voz baja mientras Lacey respondía a una pregunta de Dane—. Lo que sea, no le creas. No sabía que pensaban venir.

—Supongo que no —lo miró tranquila—. Debe parecerte muy extraño tener a tu pretendida amante y a tu futura esposa bajo el mismo techo.

Benedict entrecerró los ojos, pero Vanessa se dio la vuelta inmediatamente para servir el té antes de retirarse, consciente de que Benedict la seguía con la mirada.

Más tarde, Benedict se las arregló para escaparse de sus invitados y llevarla afuera.

—No es lo que parece, Vanessa. Lacey no es mi novia, demonios —le dijo, furioso.

—Que extraño. ¡Ella parece creerlo!

—Hemos salido juntos en algunas ocasiones. Bueno, más que

algunas —reconoció—. Pero eso es lo único que hemos hecho. Salir. Nunca le he pedido que se casara conmigo. No tienes por qué estar celosa.

—¿Celosa? —dijo, como si nunca se le hubiera ocurrido esa posibilidad y vio cómo él arqueaba las cejas.

—¿Benedict?

Benedict maldijo entre dientes al oír los tacones que acompañaron la llamada.

—Será mejor que te vayas, Benedict —le dijo Vanessa—. Tu prometida se está poniendo nerviosa.

La cena fue todavía mas reveladora. Cuando Vanessa entró al comedor con la sopa, Benedict se volvió a Lacey, pretendiendo ser el tipo de hombre para el cual los sirvientes son invisibles y dijo que, como ya le había contado en numerosas ocasiones, no tenía intención de seguirles el juego a sus padres y que no tenía la misma opinión anticuada que ellos sobre el matrimonio.

En respuesta, Lacey le dio unas palmaditas en ¡a mano.

—¿Benedict, no estás llevando esta rebelión contra tus padres demasiado lejos? ¿Y que más te da que te hayan dicho que les gustaría que nos casáramos? Esa no es razón para sacrificar tu futuro. Y es insultante para ambos que sugieras que me quiero casar contigo para consolidar nuestras herencias. Siempre he disfrutado de tu compañía y nos llevamos muy bien. ¿Creo que desde que nos conocemos nunca hemos discutido? Y no puedes negar que nuestras carreras y nuestro pasado son compatibles. ¿No estás de acuerdo, Dane?

—Sí, increíblemente compatibles —musitó Dane obediente, recibiendo a cambio una mirada furiosa por parte de su amigo.

Benedict se pasó toda la cena rezongando cada vez que Lacey expresaba su opinión acerca de su destino en común.

Sentada entre aquellos dos hombres vestidos con elegantes trajes, Lacey estaba en su ambiente, pero cuando llevó el café, Vanessa ya no se atrevía a mirar sus hermosos ojos verdes. De hecho, compadecía a la hermosa y mandona señorita Tyler. Benedict había hecho todo, excepto bostezar para demostrarle su falta de interés, y ella ni siquiera lo había notado.

Con razón nunca discutían. Obviamente, Lacey no había conseguido despertar al hombre apasionado que se escondía tras

una máscara de sofisticación.

Cuando Vanessa sirvió las copas y pidió permiso para retirarse, Benedict se reclinó en su silla y dijo con voz dulce:

—¿Vas a dormir en tu cama esta noche, Vanessa?

La temperatura del comedor bajó diez grados en dos segundos.

—Creía que se llamaba Flynn —dijo Lacey cortante.

—Flynn es el apellido —le informó Benedict, sin retirar la mirada de su presa—. ¿Vanessa?

La joven podía imaginarse perfectamente lo que estaba pasando por la mente de la otra mujer. Y también por la de Dane Judson.

—Sí —explotó y después continuó con una explicación acerca de la ventilación de las habitaciones—. ¿Ya puedo retirarme, señor? —preguntó cuando terminó.

Para su espanto, Benedict se levantó y se dirigió hacia ella.

—No seas tan estirada, Vanessa, no tenemos que fingir delante de mis amigos —le pasó un brazo por el hombro y la hizo dirigirse hacia la puerta—. ¿Me disculpáis un minuto?

En el pasillo, Vanessa se zafó y corrió a la cocina. Pero Kate se había ido después de fregar parte de los platos y no había nadie tras quien pudiera esconderse cuando Benedict llegó.

—¡Sal de aquí! ¿Sabes lo que deben estar pensando? —le gritó —. Y más después de la estúpida pregunta que me has hecho. Ya me pisoteó una vez la reputación un niño mimado y no pienso dejar que vuelva a ocurrir. ¡Vuelve con tu prometida!

—Ah, no. No puedes convencerme de que todavía crees que sea mi prometida después de haberla visto en acción —dio un salto hacia atrás cuando ella abrió el grifo. El agua saltó sobre los platos del postre y estuvo a punto de mancharle la camisa de seda.

—Por amor de Dios, Vanessa, no se trata de tu reputación, ni de la mía —dijo mientras se estiraba para cerrar el grifo con tanta fuerza que Vanessa no pudo volver a abrirlo—. No trates de asustarme con tu sórdido pasado. Lo único que me importa de lo que pasó en Inglaterra es que te hirió tanto que marcó tu actitud hacia el amor y el sexo. Te pido una disculpa si he sido muy grosero contigo, pero estaba enfadado por tu falta de confianza hacia mí. Yo sé que eres incapaz de hacer las cosas de las que te acusaron. ¿No es un ejemplo de mi fe en ti?

Vanessa no estaba de humor para ser coaccionada. Se dio la

vuelta y se encontró atrapada contra el fregadero. Alzó la cabeza, beligerante.

—¿y?

—Y… lo que has dicho en la playa de que necesitaba escapar no estaba del todo alejado de la verdad. Sí necesitaba un cambio, pero durante las últimas semanas Lacey aparece donde quiera que yo vaya y yo pensaba que no sería capaz de seguirme hasta aquí. A Lacey no le gustan los pueblos pequeños. Ni Sydney es suficientemente grande para ella.

Benedict cambió de expresión y se dirigió a Vanessa en un tono que amenazaba con derribar todas las defensas de la joven.

—Ella no me quiere, Vanessa. Mis padres le han hecho creer que yo estoy deseando que me ayude a reintegrarme en la familia, y Lacey es ambiciosa, no soporta perder, en nada.

—No puede obligarte a ir al altar, por amor de Dios —Vanessa tenía sentimientos contradictorios—. Lo único que tienes que hacer es decir que no…

—Ya lo he hecho. Y ella me dice que lo que pasa es que me da pena dejar mi vida de soltero.

—Es una mujer inteligente; en algún momento lo comprenderá.

—Sí, si me comporto de forma brutal en público estoy seguro de que la humillaré y no volverá a hablarme, pero ella no se merece tanta crueldad. No estoy enamorado, pero antes de que a ella se le metiera la idea del matrimonio en la cabeza, teníamos una amistad muy bonita, y como profesional, se merece todos mis respetos.

Se quitó las gafas y parpadeó.

—¿Comprendes que no quiera humillarla, Vanessa? —dijo lentamente y apoyó las manos en el fregadero, a ambos lados de ella—. Si Lacey supiera que hay alguien más en mi vida me culparía a mí y no a ella misma por haber fallado en atraparme…

Con las caderas, la empujó contra el mueble de acero y con la punta de la lengua acarició sus labios cerrados.

—¿Quieres fingir que hay algo entre nosotros?

—No creo que tengamos que fingir —cuchicheó Benedict mientras le mordisqueaba el labio de Vanessa.

—No voy a mentir… —Vanessa se estremeció.

—Lo sé. No tendrás que hacerlo… —la sostuvo por la cadera mientras flexionaba las rodillas para presionar sobre la falda.

—Lacey no se va a creer que hay nada serio entre nosotros… mientras puedas tener a alguien como ella…

—Lo creerá —su boca estaba sobre la de ella, exigiendo ser correspondida—. Si tiene la sensación de que estoy locamente enamorado de ti, su orgullo exigirá que sea en serio.

Para Vanessa, aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría.

—Si finjo…

Las mentiras habían destrozado su capacidad de confiar, habían estropeado su relación con Benedict desde el principio. Secretos y mentiras. Incluso estaba comenzando a mentirse a sí misma diciéndose que no lo amaba. Y si flaqueaba y se convertía en su amante, ¿a quién utilizaría después Benedict para librarse de Vanessa cuando su amor se convirtiera en una carga?

—No… —le tiró del pelo bruscamente para que la soltara y cuando él levantó la cabeza sorprendido ella se escabulló y se escondió detrás de la mesa de la cocina—. ¡No, no, y no! No voy a caer en ese juego. Lacey Taylor es tu problema, arréglalo tú. ¡No esperes que te ayude a hacer el trabajo sucio!

Benedict retrocedió y murmuró algo para tranquilizarla. Pero la joven no quería que la tranquilizaran, quería ser amada, sin sentirse culpable.

Durante los dos días siguientes, todo volvió a la normalidad. Lacey Taylor parecía no darse cuenta de la amabilidad insultante con la que se trataban Benedict y su mayordomo. Claro que estaba demasiado ocupada quejándose de todo, desde la falta de aire acondicionado hasta el pequeño tamaño de los baños. Se quejaba tanto, que Vanessa dudó que tuviera tiempo para fijarse en nada más que en su propia incomodidad. Dejó muy claro que estaba en Whitefield sólo porque Benedict estaba ahí, aunque él se pasara casi todo el día encerrado en su estudio con la nariz enterrada en una montaña de contratos «urgentes» que su colega le había proporcionado.

Dane Judson era completamente diferente y Vanessa se resignó a la irreverencia con la que insistía en hablar de Benedict con ella. Dane tenía una actitud cínica hacia la vida en general y hacia el amor en particular, pero hacía reír a Vanessa.

—¿Celebración? ¿Qué tipo de celebración? —preguntó Vanessa

al ver a un animado trío en la sala el tercer día después de la llegada de Lacey Taylor.

Benedict esbozó una mueca al ver su expresión de asombro.

—¿Qué crees que podría ser, Vanessa? —la retó cruelmente.

—Es una fiesta de aniversario para esta vieja posada de la que Ben parece haberse enamorado —la respuesta de Dane rescató a Vanessa de su inmovilidad. ¡Una fiesta de cumpleaños, no de compromiso!—. Dice que el sábado cumple ciento veinte años así que ha decidido hacer una fiesta para celebrarlo.

—Una fiesta de disfraces —anunció Lacey—. Yo voy a traer el mío de Estados Unidos. Conozco un lugar fantástico en la Aldea…

—No exageres, Lacey; es una fiesta sencilla, no el acontecimiento social de la temporada —dijo Benedict secamente —. Esto es para la gente que de alguna manera ha estado involucrada con la casa, así que quiero que el ambiente sea relajado e informal. La señora Riley dice que va a comprar las cosas a la asociación de padres de la escuela, que necesita fondos, y los miembros de la sociedad histórica van a alquilar los disfraces.

—¿Ya has hablado con alguien de la sociedad histórica? —preguntó Vanessa, intentando comprender los verdaderos motivos que habían impulsado a Benedict. ¿Por qué tanta sociabilidad de repente? No creía que sólo estuviera tratando de aliviar el aburrimiento de Lacey.

—Mmm. Sí, con la señorita Fisher. ¡Que mujer tan encantadora y entusiasta!

Que hablara en aquellos términos de una mujer de la que siempre estaba huyendo, era la señal inequívoca de que estaba tramando algo.

—Pero… ¿la semana próxima? —Vanessa tartamudeó—. No tendrás tiempo de organizar las invitaciones y mucho menos de contratar a más empleados.

—Las invitaciones se pueden hacer verbalmente y no necesitaremos más personal. Va a ser algo sencillo, como una fiesta familiar, aunque vamos a invitar a todo el pueblo. La mayoría de la gente se va a alegrar de poder ayudar en lo que pueda. Así que tú vas a estar también, Vanessa, pero disfrazada, como todos nosotros —se apoyó en el respaldo de la silla y la examinó de arriba abajo—. Y creo que tengo el disfraz idóneo para ti.

Perfecto. Excelente. Vanessa no confiaba en aquella sonrisa de cocodrilo. Antes de verse absorta por el remolino de actividad que generó la brillante idea de Benedict, se aseguró de que la señorita Fisher le consiguiera un disfraz adecuado y lo escondió en su habitación.

Pero a las siete de la noche del sábado siguiente Vanessa estaba tan distraída por las numerosas cosas que requerían su atención que se le había olvidado probarse el vestido, y cuando lo hizo, se dio cuenta de que no le quedaba bien.

Entre otras cosas, porque no era el vestido que con tanto cuidado había colgado en su armario. Aquel era sencillo y elegante, apropiado para una dama victoriana. El que encontró, en cambio, era de satén carmesí, con encaje negro y un escote demasiado pronunciado.

No encontró el otro vestido por ningún lado y cuando Vanessa encontró una caja en el armario con una torera negra supo por qué.

La letra precisa y elegante de la tapa de la caja no necesitaba firma.

> *Estoy seguro de que reconoces el vestido. Es una copia del vestido de Meg que saqué de los archivos del juez. Tuve que adivinar el color, pero la costurera me aseguró que el resto lo había copiado fielmente del original.*

¿Te atreves?

Aquella última frase la había garabateado como pensándolo después de escribir lo primero.

¡Como si pudiera ser manipulada por un reto infantil! Ni siquiera de niña Vanessa había podido aceptar un reto sin sopesar todas las consecuencias.

Pero a veces era muy difícil tomar una decisión, pensó, recordando nerviosa que Benedict había ordenado que aquella persona que no fuera a la fiesta disfrazada tendría que pagar una multa. Tenía el presentimiento de que cualquier multa que exigiera causaría más problemas que aceptar aquel estúpido reto. Tal vez él esperaba que ella eligiera la multa. Y después de la difícil semana que había tenido, lo último que quería era enfrentarse a otra decisión.

Casi se acobardó cuando vio los resultados de la batalla que había tenido que librar para abrocharse el corpiño. Era tan estrecho que casi no podía respirar, y los pechos, empujados hacia arriba, casi se le salían de las copas. Al lado del sostén negro su piel parecía muy pálida. Cuando se puso las medias negras sostenidas con ligas carmesí, su aspecto fue aún más sexy.

«No sabes cómo excitar a un hombre».

Acababa de aprenderlo. Pensar que Benedict había escogido aquel atrevido vestido la hizo estremecerse.

Cuando terminó de ponerse el vestido, ya no le pareció tan ofensivo. Afortunadamente la modista había incluido una cremallera que no estaba en el vestido original, debajo del brazo.

Pero incluso con el vestido puesto, Vanessa se sentía como si estuviera desnuda. Cada vez que respiraba la lujuriosa abundancia que se salía por el escote la obligaba a bajar la mirada. Casi no podía ver los botines negros a menos que se inclinara sobre el pecho, pensó mientras se cepillaba la melena y se aplicaba el maquillaje en mayor cantidad de lo normal.

Le pareció sorprendente la cantidad de gente que ya había llegado cuando finalmente reunió el valor suficiente para salir de su habitación unos minutos antes de que la fiesta comenzara oficialmente. Como nadie quería perderse ni un minuto de diversión, la gente había llegado antes de lo previsto «para ayudar», aunque pronto decidieron que la mejor manera de ayudar era crear un ambiente alegre y divertido.

Después de asegurarse de que las mujeres de la asociación de padres de familia de la escuela local tenían todo bajo control, Vanessa se permitió ser introducida en el ruidoso flujo de amigos, conocidos y desconocidos. La hilaridad que despertaban los disfraces brindaba la excusa ideal para romper el hielo, tal y como Benedict había planeado.

La noche era perfecta y calurosa y no pasó mucho tiempo antes de que la gente abandonara la casa y saliera al garaje, donde se había colocado un pequeño escenario para el conjunto musical. La multitud de invitados fue el escondite perfecto para Vanessa y durante la primera hora, hasta que el atardecer se convirtió en una oscuridad aterciopelada, estuvo dando vueltas. Se tropezó una vez con Dane, que le estaba sirviendo ponche detrás de un naranjo a

una pastora que no dejaba de reír. La pastora llevaba una falda verde y una camisa del mismo color ajadas. Dane era Don Juan, le dijo éste, y le guiñó a Vanessa el ojo mientras observaba el pronunciado escote de su vestido.

Al cabo de un rato, Vanessa vio a Lacey a lo lejos, disfrazada de Reina Isabel I. Estaba debajo de unos olmos, al lado de una de las barras. Benedict era uno de sus cortesanos, vestido de blanco y negro como un puritano, y Vanessa, con maliciosa alegría, vio que estaba fuera de lugar al lado de su reina.

Después de un rato, mientras esperaba en el garaje en el que todos bailaban, a que Richard volviera con otro vaso de ponche, alguien deslizó el brazo por su cintura, haciéndola echarse hacia atrás.

—Hola, Meg.

—Benedict.

Benedict no se movió, y Vanessa no se dio la vuelta. Aquel pequeño instante de intimidad era demasiado precioso para compartirlo, incluso con él.

—Te acusaría de tratar de eludirme —musitó—, pero con ese vestido creo que no podrías hacerlo.

—¿De quién es la culpa? ¡Yo no quería ponérmelo!

—Pero lo has hecho —la abrazó con más fuerza.

—No me ha quedado otra opción.

—Siempre hay opciones, Meg. Las que no tomamos a menudo son tan reveladoras como las que tomamos. ¿Quieres bailar?

Hizo que se diera la vuelta y la miró. No miró sus pechos, sino su boca pintada de rojo. Le acarició el pelo.

—¿Quieres bailar, Meg?

—Estoy esperando a Richard. Ha ido a traerme una copa.

—Está hablando con Lacey —se giró para mirarlo—. Deja que se quede ahí. Además no lleva disfraz —la miró de nuevo y se quitó el sombrero.

—No ha tenido tiempo de alquilarlo, acaba de volver, ha estado diez días en Melbourne. Ha vuelto esta misma noche, casi ha tenido que venir directamente desde el aeropuerto.

— ¡Mala suerte! —Benedict no parecía estar impresionado—. Tendrá que dar algo de valor por su ofensa. Tú puedes ser la multa que tiene que pagar, Meg —la condujo entre las parejas que

bailaban.

—No sabía que los puritanos podían hacer algo tan frívolo como bailar —comentó mientras lo seguía.

—Ah, podemos se seducidos con los placeres carnales como cualquier otro mortal. Sólo tenemos que sentirnos más culpables que ellos después —la sostenía por la cintura con las dos manos mientras empezaban a bailar.

—Me temo que lo que yo sé de seducción podría escribirse en la cabeza de un alfiler —respondió Vanessa con arrogancia.

—¿Quién fue el tonto que te dijo eso? La verdadera seducción no es algo que se sepa, es algo que se es…

No apartaba la mirada del escote del vestido. Se le dilataron las aletas de la nariz, al reconocer el aroma distintivo que había percibido en su cama.

—Sólo sé tú misma, eso es lo único que tienes que hacer para seducirme.

—Quieres decir que sea Meg —dijo ansiosa. Con aquel vestido no se suponía que fuera ella, sino una fantasía erótica llevada a la realidad.

—Quiero decir que seas Vanessa —le informó—. La Vanessa furiosa e irresistible. ¿Sabes porqué te he pedido que bailáramos?

Negó con la cabeza, mareada, y Benedict respondió la pregunta con tal franqueza que a ella le costó trabajo respirar.

—Quería ver cómo se movían tus adorables pechos. Quería verlos temblar al ritmo de tu respiración, de tus suspiros. Recuerdo su sabor, lo turgentes y henchidos que estaban cuando los sostuve con mis manos… ¿Tú crees que alguien se daría cuenta si bajara la boca para posarla ahí… en esa hendidura lechosa y suave…?

—¡Yo lo notaría! —Vanessa se agarró a sus brazos, gimió y echó la cabeza hacia atrás.

— Por amor de Dios, Vanessa, no te hagas la doncella victoriana, no vayas a desmayarte ahora —dijo divertido, pero se alarmó cuando ella arqueó las espalda y cayó sobre sus fuertes brazos…

Profirió una negativa cuando alguien se ofreció a ayudarlo mientras sacaba a Vanessa del garaje en el que se estaba celebrando el baile y la llevaba hasta el viejo establo. Con el pie, cerró la parte inferior de la puerta cuando estuvieron adentro; al menos allí tenían un poco de intimidad, aunque no una completa tranquilidad, pues

la parte superior de la puerta permitía que entrara la luz amarilla, el insistente ruido de la música y las voces de la gente.

—¿Vanessa? ¿No te vas a desmayar, o sí? —preguntó mientras la apoyaba contra la pared, con el brazo sobre su espalda para protegerle los hombros desnudos de la áspera pared de madera.

Vanessa se apretó el estómago y negó con la cabeza.

—No, es que por un momento no podía respirar. Es por estar aprisionada en este vestido, no puedo respirar y bailar al mismo tiempo. ¡Gracias a Dios las mujeres se liberaron de este tipo de ropa hace años!

Respiró hondo varias veces.

—No ha sido el baile lo que te quitó el aliento —dijo Benedict con voz ronca—. He sido yo —y después de decir aquella verdad hizo lo que había advertido que quería hacer mientras estaban en la pista de baile. Al sentir que hundía la boca voluptuosamente en sus pechos, Vanessa sintió pánico otra vez. Cerró los ojos poco a poco, y fue olvidando sus temores.

Qué manera más adorable de morir, pensó cuando una oleada de placer hizo que volviera a correr dulcemente la sangre por sus venas. Mientras continuaba hundiendo la boca en los tiernos pechos de Vanessa, Benedict deslizó la mano desde el tobillo hasta la rodilla de la joven. Vanessa sentía que se encendía una llama en cada uno de los rincones que Benedict acariciaba.

—Abre la boca, necesito estar dentro de ti —le pidió Benedict mientras sacaba la mano de detrás de su espalda para apoyarla en un seno medio desnudo posesivamente mientras que buscaba sus labios, hambriento, incluso a través de varias capas de satén, Vanessa podía sentir el deseo que lo consumía y de repente nada le importó más que mitigarlo. Le sostuvo la cabeza con ambas manos para compartir con él un placer que ambos sentían, llevada por una feroz pasión hasta que abrió los ojos justo a tiempo para ver…

A Richard alejándose, tratando de esconder galantemente a la pareja que estaba dentro del establo de la figura que estaba a su lado. No fue suficientemente rápido. En un segundo, se reflejaron en Lacey todo tipo de expresiones, desde la curiosidad, la sorpresa, incredulidad hasta el enfado antes de dar la vuelta y salir corriendo.

Vanessa se enderezó y empujó a Benedict, que ni siquiera al darse cuenta de que no estaban solos consiguió aplacar su deseo.

—Dios, Richard y Lacey —susurró desesperada— Deben de haberse dado cuenta de que dejábamos el baile y han venido a ver si algo andaba mal.

—Tenían que enterarse alguna vez. Ahora tal vez Wells deje de atosigarte y decida buscar otra mujer… —la satisfacción que Benedict expresaba con crueldad fue un doloroso golpe para Vanessa.

—¿Esto es parte de algún astuto plan, verdad? —lo acusó—. Que nos vieran mientras salíamos y que Lacey nos siguiera, que nos descubriera en una situación comprometedora… —pensó en el aspecto que debía tener con la falda subida hasta la cintura y la mano de Benedict entre sus piernas y en el pecho—. Dios, lo tenías todo planeado.

—¡Claro que no! ¿Cómo iba a saber que te ibas a desmayar en mis brazos?

—Me has utilizado. Me habías prometido no hacerlo, pero me has utilizado —chilló Vanessa—. ¿Cómo voy a poder creerte después de esto? Por Dios, te odio.

Lanzó una golpe con el puño cerrado, pero él la agarró con fuerza y le torció el brazo detrás de la espalda.

—¡Ya basta!

Con la misma mano aprisionó el otro puño de Vanessa y después la llevó casi a rastras por la puerta trasera hasta las puertas del jardín que daban a la biblioteca, la única habitación de la casa que estaba cerrada para los invitados. Mientras Vanessa luchaba y se retorcía, él buscó las llaves en el bolsillo del pantalón y abrió la puerta. En cuanto entraron, la cerró, corrió las cortinas y encendió la luz de la lámpara del escritorio antes de ir a la puerta que daba al pasillo para asegurarse de que estaba cerrada. Las paredes estaban construidas a prueba de ruido. Vanessa se frotó las muñecas y reunió el valor para decir:

—¿Qué crees que estás haciendo?

— Sé exactamente lo que estoy haciendo —Benedict se dio la vuelta y se quitó la capa y la camisa mientras se acercaba a ella—. Estoy creando la intimidad más estricta para que hagamos el amor. Sin distracciones, sin interrupciones, sin que haya lugar a malos entendidos más tarde. Tal vez pueda enseñarte a confiar en el placer que puedo darte, por lo menos. Al menos será un comienzo.

¿Quieres quitarte el vestido, o quieres que lo haga yo?

Vanessa se llevó las manos al pecho para intentar tranquilizarse. Observó el pecho y el estómago de Benedict, brillantes por el sudor. Los ojos le brillaban con una intensidad sobrecogedora. Era la brutal imagen de un hombre excitado.

Se desabrochó los pantalones mientras observaba la inquieta mirada de Vanessa. Se inclinó para quitarse las botas y los pantalones entallados y después se enderezó de nuevo, completamente desnudo. Completamente vulnerable. Resplandecía de deseo.

—Dame una oportunidad, Vanessa —exigió, su excitación aumentaba por la expresión con la que ella observaba su desnudez —. Déjame demostrarte que cuando estoy contigo no existe nadie más para mí…

Vanessa elevó la mirada. Retiró la mano de sus pechos. Benedict se acercó a ella… Y entonces se desató el huracán. Casi sin darse cuenta de lo que ocurría, Vanessa se encontró tendida en la alfombra, al lado de Benedict. Tenía las piernas alrededor de su cintura esperando que llegara el momento de unirse lo más íntimamente posible con él.

No había habido tiempo para el pánico. Estremecido de placer al verla despojada del vestido, Benedict se había tumbado de espaldas y había subido a Vanessa encima de él, para disfrutar viéndola arquear la espalda. Le había desabrochado el sujetador y había dejado en libertad sus senos; los había acariciado con ansiedad, con manos y boca, mientras se movía debajo de ella, permitiendo que ella marcara el ritmo de su encuentro. No iba a penetrarla hasta que ella lo deseara de verdad.

No hubo ningún dolor cuando la tumbó y se puso encima de ella con un movimiento ágil. Se abrió paso con los dedos a su interior y cuando estuvieron por fin unidos, los envolvió una espiral de pasión que los arrastró entre abrazos, besos y gemidos hasta las más altas cotas de placer.

Más tarde, Benedict la sacó de su estado de deleite absoluto, haciendo que se sonrojara con un pródigo piropo.

—Ya ves, al menos podemos hablar sinceramente el uno con el otro con nuestros cuerpos —murmuró mientras la ayudaba a vestirse. Le besó los pechos con ternura antes de subirle la

cremallera y después se vistió.

—¿Qué podría ser más sincero que una pasión mutua?

Vanessa observó a su puritano pecador cuando se dirigía a abrir la puerta del pasillo. Con eso le estaba indicando que el maravilloso idilio había terminado. Tenía en el corazón el dolor de saber lo que nunca más poseería. A menos que se arriesgara…

—¿Amor mutuo, tal vez? —se aventuró a decir con valentía.

Benedict se quedó parado, con la mano en el picaporte de la puerta, tan impresionado por la sugerencia que Vanessa supo que había cometido un terrible error.

Antes de que pudiera decir nada, vio que Benedict se tambaleaba, pues alguien acababa de abrir la puerta de repente.

Unos minutos más tarde, el grave error que Vanessa acaba de cometer estaba siendo discutido con los padres de Benedict, que estaban horrorizados y que no perdieron tiempo en señalar las consecuencias de que Benedict se dejara acompañar por una mujer con el dudoso pasado de Vanessa. ¡Y Benedict parecía estar de acuerdo con ellos!

Capítulo 10

EL apartamento estaba a oscuras y Vanessa maldijo la falta de luz cuando se le cayó la llave y tuvo que buscar a tientas y con dedos temblorosos sobre el frío suelo de mármol.

Después le costó trabajo encontrar el interruptor y, cuando al fin lo encendió, pestañeó desorientada al encontrarse dentro de una habitación de paredes blancas. Le llevó algunos segundos recordar que tenía que llegar hasta la ventana que había a su izquierda y saludar al hombre que la esperaba en la calle.

El Corvette amarillo partió con un rugido y Vanessa observó las luces rojas que brillaban al dar la vuelta en la esquina.

Se preguntó por qué Dane tendría tanta prisa para llegar a donde de repente decía que tenía que ir cuando no había hecho nada más que perder el tiempo durante el trayecto de Thames a Auckland. Habían tardado más de tres horas en hacer un viaje que normalmente se hacía en hora y media. Había conducido al menos veinte kilómetros por hora por debajo de la velocidad límite, había parado para reponer la gasolina y el aceite en dos estaciones diferentes y otras dos veces a revisar el motor.

Después de pasar Huntly, había decidido que tenía hambre y se había metido en un restaurante; allí había pedido tal cantidad de comida, que se había entretenido una eternidad, mientras Vanessa tomaba un café, y él trataba de persuadirla de que reinterpretara la escena que la había echo salir volando de Whitefield sin sacar siquiera una muda de ropa o un cepillo de dientes. Hasta había tenido que pedirle prestado a Dane el abrigo para tapar el disfraz que llevaba y no escandalizar a los clientes del restaurante.

De alguna manera, le había parecido simbólico abandonar Whitefield tan vacía de pertenencias como de orgullo. Lacey la

había presentado maliciosamente a los padres de Benedict como la amante, y no había podido encontrar un momento mejor para avergonzarlo más pues era obvio lo que habían estado haciendo en la biblioteca con la puerta cerrada.

La pareja mayor se había enterado de la fiesta por Lacey y habían decidido ir a lo que ellos creían era la fiesta de compromiso de su hijo. En su lugar se habían encontrado con que había caído en las garras de una mujer sin escrúpulos que trataba de ascender en la escala social.

Vanessa había tenido que soportar la vergüenza de oír a Aaron Savage decirle a su hijo:

—¡Por amor de Dios, si quieres dormir con la servidumbre, al menos ten la decencia de ser discreto! ¡Una mujer trabajando de mayordomo! Siempre me he preguntado qué te habría hecho aceptar un arreglo tan cuestionable —había dicho Denise Savage con desdén—. ¡Y ahora mis peores temores se ven confirmados! ¿No te importa el dolor que nos ocasionas a tu padre y a mí? ¿Sabes el daño que esto podría hacerle a la reputación de la familia si se enteraran los periódicos? Dios sabe que hay gente a la que le encantaría tener la oportunidad de utilizar el escándalo para avergonzar a tu padre. Lo que hagas repercute en nosotros… Y tampoco estás siendo justo con esta… esta persona. ¿Te atreverás a presentársela a tus amigos? Claro que no, porque es de muy mal gusto, Benedict. Aunque temporalmente estés ciego, debes darte cuenta que seríamos el hazmerreír de todo el mundo si trataras de introducirla en los ambientes en los que nos movemos.

Vanessa esperaba que Benedict saltara y defendiera su honor. Pero él había permanecido en silencio y. cuando finalmente ella había intentado defenderse, Benedict le había dicho que se callara y que le permitiera oír todo lo que sus padres le querían decir.

Al final, ella había salido en tal estado, que había estado a punto de tropezar con Dane. Benedict estaba tan absorto en lo que sus padres le decían que ni siquiera se había dado cuenta de que ella había salido. Al mirar por última vez, Vanessa se había dado cuenta del parecido familiar.

La cara de Benedict estaba tan blanca como la de su madre y su porte arrogante era tan parecido al de su padre que era como ver al mismo hombre con unos cuantos años menos. Quizá su aventura

había sido el último acto de rebelión contra su familia.

Vanessa se dirigía hacia las puertas de Whitefield cuando Dane la había alcanzado, y por mucho que le había suplicado, no había podido disuadirla de la obsesión de llegar al aeropuerto de Auckland, por el medio que fuera, aunque tuviera que ir andando hasta allí, hasta que él había accedido a llevarla. Tenía que irse a casa, seguía repitiendo. Iba al único lugar que le quedaba, el hogar de su corazón, su familia, al amor y la comprensión de su padre en Los Ángeles. Él nunca se había avergonzado de ella.

Se había negado a volver a la casa, siquiera para hacer las maletas y no había querido prometer que esperaría a Dane mientras él lo hacía. Al final él había cedido y había ido a buscar su coche.

Mientras conducía, hablaba sin cesar y le decía lo buen hombre que era Benedict en el fondo y que, si Vanessa lo amaba, le debía el beneficio de la duda, que los padres de Benedict eran unos reaccionarios, que no debería dejar el país, sin hablar primero con Benedict.

Vanessa se había negado a contestar hasta que él le había hecho notar, cuando casi habían llegado Auckland, que como ella no tenía dinero ni pasaporte no podía dejar el país inmediatamente. Había insistido en que se quedara en su apartamento a pasar la noche hasta que pudiera llamar a su padre. Para entonces, lo único que Vanessa quería era irse a la cama, enterrar la cabeza en la almohada y llorar a sus anchas y en privado.

Se había quedado un poco desconcertada cuando, después de horas de preocupación, Dane la había dejado sin más en la puerta con la llave, pero ella había supuesto que estaba respetando su derecho a la intimidad. Obviamente a él no le costaría trabajo encontrar una cama en otro lugar.

Cama…

Preocupada fue a la escalera de caracol. No recordaba haber estado tan cansada en su vida. Sacudió la cabeza para tratar de aclarar sus pensamientos.

La primera habitación de arriba era un baño y, cuando encendió el interruptor y se miró en el espejo, Vanessa se estremeció. El vestido carmesí la hacía parecer más pálida y pudo ver varias marcas ligeramente rojas en sus pechos. ¿Sus padres las habrían visto? ¡Con razón se habían horrorizado!

Vanessa de repente se dio cuenta de que todavía estaba impregnada con el perfume de su abandono. Podía oler a Benedict en su piel. Con odio, se desprendió del odiado vestido y de la indecente ropa interior.

La ducha caliente cumplió su cometido, le alivió el cuerpo dolorido y limpió las últimas evidencias de la pasión, aunque no había nada que pudiera lavar las pequeñas marcas de sus pechos, su estómago y sus piernas. Las lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha mientras se preguntaba qué habría ganado con su cobardía. Si Benedict no había luchado por su honor, ella tampoco había hecho nada por el de él. ¿Y si él también estaba solo y herido en ese momento?

Apartó aquel pensamiento de su mente, se envolvió en una toalla y se cepilló con fuerza el pelo. Tiró la toalla al suelo, algo nada normal en ella antes de salir desnuda a la única habitación del piso.

Con la ligera luz de la luna que entraba por la ventana pudo ver la silueta de una cama a un lado de la pared, pero la ignoró y caminó por la habitación atraída por la imagen melancólica de la ciudad que dormía.

Encendió una lámpara que había estado a punto de tirar al acercarse a la ventana y abrió la cortina. Respiró el aire de la ciudad.

Se dio la vuelta con una sonrisa burlona en los labios, y se quedó helada. La cama ya estaba ocupada. La luz que cruzaba el suelo desde la lámpara que estaba detrás de ella era más que suficiente para revelar que el ocupante era un hombre. Estaba boca abajo, con los brazos extendidos, y la cara enterrada en una de las cuatro almohadas que estaban alineadas contra la cabecera.

Vanessa cerró los ojos y sacudió la cabeza, segura de que se trataba de una alucinación.

Miró otra vez, y se acercó a la cama, sin querer confiar en la evidencia que sus ojos cansados le mostraban.

Sobre las sábanas blancas de seda, se veía la espalda del intruso. Se movía al ritmo lento de su respiración. Vanessa se sintió ofendida. ¿Cómo se atrevía? Se inclinó y de repente cada músculo de esa larga y sensual espalda masculina comenzó a moverse. Cuando se dio la vuelta, Vanessa se encontró frente a un par de ojos

azules.

—Hola, Ricitos de Oro. ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Q-que estás haciendo… cómo has llegado hasta aquí?

—Mujer de poca fe —susurró. Benedict se levantó apoyado sobre un codo y la agarró por la cintura, ejerciendo la presión exacta para hacer que se sentara en la cama, frente a él. Era tanta su sorpresa, que Vanessa había olvidado que estaba desnuda.

—¿Dónde podría estar, sino aquí con la mujer que amo? —preguntó.

Era un sueño.

—Esta es la habitación de Dane.

—No. Este es mi apartamento, Nessa. Estabas destinada a terminar aquí. En mi habitación, en mi cama… en mi vida.

—Pero… tú no puedes estar aquí.

Benedict le besó la mano y se la llevó al pecho, y ella pudo ver que tenía marcas en la piel. Sintió el latir de su corazón.

—¿Te parece que esto es una ilusión? Dane me llamó por teléfono desde el primer sitio en el que parasteis. Le hice prometer que te traería aquí, pero que tenía que retrasarse lo suficiente para que yo llegara primero. Gracias a Dios el piloto que me ha traído es abstemio, porque yo lo había invitado a la fiesta y le he hecho una oferta a la que no se podía negar. Ni siquiera le he dejado cambiarse de ropa antes de ir al aeropuerto.

—¿Qué han dicho tus padres?

Benedict se sentó y la sábana cayó sobre su regazo. La sonrisa se borró de sus labios y dijo escogiendo las palabras con cuidado.

—Son mis padres, Vanessa. Es posible que a veces no me gusten, pero siempre serán mis padres. Si tu vas a ser parte de mi vida, entonces ellos tienen que ser parte de la tuya, y tendremos que aprender a manejarlos juntos. Pero esta noche yo tenía que dejar que se desahogaran antes de que me oyeran. Sé por amarga experiencia que tratar de discutir punto por punto con ellos sólo les permite ganar el control. Así que ellos han dado su punto de vista y después yo les he aclarado varias cosas. Les he dicho que te amaba. Que si me obligaba a escoger entre ellos y tú, tú siempre ganarías. Tal vez no nos hablen durante un par de años cuando nos casemos, de hecho, si tenemos suerte, durante más de un par de años, pero soy su único hijo y terminaran cediendo.

Los ojos de Vanessa estaban oscurecidos por el deseo. Él estaba hablando de algo permanente… de amor. De matrimonio… como si ambos supieran que era una decisión tomada hacía tiempo.

—Las cosas que han dicho… cuando me has pedido que me callara, me has dejado irme así, y yo he pensado…

—También le he dicho a Lacey que se fuera —la interrumpió—. Había cosas que les tenía que decir en privado; viejas rencillas que arreglar, se puede decir, y algunas reglas que tenia que establecer para el futuro. Nunca más hablaran de ti o a ti de esa manera —suspiró—. Supongo que debería haberme dado cuenta de que con sólo mencionar la palabra «escándalo» te asustarías. Mi única excusa es que estaba tan eufórico en ese momento porque habías mencionado la palabra amor, que no se me ha ocurrido pensar que pudieras sufrir otra crisis de confianza tan pronto.

—Yo… me pareció que te había sorprendido cuando te lo dije.

—Lo estaba. No podía creer que fuera tan fácil. Sabía que podía hacerte sentir pasión, pero no que te hubiera impresionado lo suficiente como para sacar a tu corazón de su pequeño refugio.

—¡Sí, me has parecido muy impresionante! —bromeó Vanessa, llena de confianza cuando él le acarició el pecho—. Arrogante, pero impresionante —metió la mano entre las sábanas.

—Con razón montas un escándalo a donde quiera que vayas. No tendrás que darme una inyección mortal, querida; sólo continúa haciendo lo que haces con esa mano y yo mismo me moriré.

Hizo aquella metáfora deliberadamente, pero la felicidad de Vanessa permaneció intacta. Saberse amada le dio la seguridad que necesitaba para reírse de sus anteriores miedos.

—¿Estás tratando de hacerme perder la sensibilidad?

—Creo que yo soy el que necesita perder sensibilidad. Quería hacerlo muy despacio la primera vez porque no quería hacerte daño, pero tú has respondido demasiado bien y me he dejado llevar. Tenía miedo de que pensaras que yo no era mejor que ese hombre que te hizo tanto daño… que te sintieras decepcionada…

—Todo ha sido tan rápido que no he tenido tiempo de sentirme decepcionada —dijo Vanessa con ternura.

Él sonrió abochornado y tiró de ella para que se tumbara sobre él.

—Sabes, todavía no me has dicho que vas a casarte conmigo,

debería amenazarte con dejarte sin mis favores hasta que digas que sí.

—Si lo haces, tendrás que vértelas conmigo —Vanessa se retorció y ambos se estremecieron.

—Sí, por favor —gimió. Ambos se rieron y él la besó—. ¿Quieres que vivamos en Whitefield? Tú vas a administrar el hotel y yo voy a diseñar casas mágicas. ¿Y quién sabe? Tal vez… —se detuvo y le brillaron los ojos—. Nessa… ¿recuerdas cuando te engañé en el restaurante y te hice creer que podías estar embarazada?

—Sí —lo que entonces habría sido una tragedia, era un símbolo de la felicidad que los esperaba.

—Yo, este, cuando… en la biblioteca… sé que he sido muy irresponsable… pero se me ha olvidado.

Vanessa tuvo la tentación de bromear, pero lo miró con infinita ternura.

—Supongo que será mejor que acceda a casarme contigo. No sería bueno añadir un hijo ilegítimo al escándalo que le voy a traer a la familia Savage.

—El único escándalo, Nessa, es que te quiero tanto que me voy a sentir muy desgraciado si no me dejas demostrártelo ahora mismo…



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.